

# SOBRE LAS DUNAS

GUILLERMO GAXIOLA





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctor en Ciencias Computacionales

**José Raymundo Marcial Romero**

*Secretario de Docencia*

Doctora en Ciencias Sociales

**Martha Patricia Zarza Delgado**

*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Ciencias de la Educación

**Marco Aurelio Cienfuegos Terrón**

*Secretario de Rectoría*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Luja**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Ciencias del Agua

**Francisco Zepeda Mondragón**

*Secretario de Extensión y Vinculación*

Doctor en Educación

**Octavio Crisóforo Bernal Ramos**

*Secretario de Finanzas*

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

**Eréndira Fierro Moreno**

*Secretaria de Administración*

Doctora en Ciencias Administrativas

**María Esther Aurora Contreras Lara Vega**

*Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional*

Doctora en Derecho

**Luz María Consuelo Jaimes Legorreta**

*Abogada General*

Doctora en Ciencias de la Educación

**Yolanda Eugenia Ballesteros Senties**

*Secretaria Técnica de la Rectoría*

Licenciada en Comunicación

**Ginarely Valencia Alcántara**

*Directora General de Comunicación Universitaria*

Doctor en Ciencias Sociales

**Luis Raúl Ortiz Ramírez**

*Director de Centros Universitarios y  
Unidades Académicas Profesionales Región A*

Doctora en Ciencias de la Educación

**Sandra Chávez Marín**

*Directora de Centros Universitarios y  
Unidades Académicas Profesionales Región B*

# Sobre las dunas

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Luja**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración

**Jorge Eduardo Robles Alvarez**

*Director de Publicaciones Universitarias*

20° Premio Internacional de Narrativa  
“Ignacio Manuel Altamirano” 2023

*Jurado*

Tryno Maldonado, México

Jaime Mesa, México

Mauricio Carrera, México

*Comité organizador*

María de las Mercedes Portilla Luja

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

**GUILLERMO GAXIOLA**

**S O B R E L A S  
D U N A S**



**Universidad Autónoma del Estado de México**

*"2023, Commemoración de los 195 Años de la Fundación del Instituto Literario del Estado de México"*

Gaxiola, Guillermo, 1985-.  
Sobre las dunas / Guillermo Gaxiola.  
1ª ed.  
Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2023.  
193 p. ; 22 cm.

ISBN: 978-607-633-645-8

1. Narrativa mexicana.

**PQ7298.417.A95 S63 2023**

Primera edición, julio 2023

*Sobre las dunas*

Guillermo Gaxiola

Universidad Autónoma del Estado de México  
Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro  
Toluca, Estado de México  
C.P. 50000  
Tel: 722 481 1800  
<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt):  
1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-645-8

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez  
Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras  
Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis  
Corrección de estilo: Ariana Cuadros Pedral  
Diseño y formación: Eva Laura Rojas Almazán  
Ilustración de portada: Carlos Alberto Badillo Cruz  
Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza



*Querían saber por mí si siempre has  
estado igual de loco, dijo el juez. Creen  
que es cosa del país. El país, que los vuelve locos.*

*Meridiano de sangre*  
CORMAC MCCARTHY

*En el desierto  
vi una criatura, desnuda, bestial,  
que, agachándose en el suelo,  
sostenía el corazón en sus manos,  
y se lo comió.*

*Dije, «¿está bueno, amigo?».  
«Está amargo-amargo», me respondió,  
«pero me gusta porque  
está amargo y porque es  
mi corazón».*

*En el desierto*  
STEPHEN CRANE

*Into this house, we're born  
Into this world, we're thrown  
Like a dog without a bone  
An actor out on loan*

*“Riders on the storm”*  
THE DOORS



## CONTENIDO

Presentación	11
I	15
II	37
III	59
IV	85
V	117
VI	159
VII	177
Epílogo	189



## PRESENTACIÓN

A lo largo de su vida institucional, la Universidad Autónoma del Estado de México ha difundido el trabajo intelectual de quienes cultivan la literatura. En virtud de ello, desde hace dos décadas se estableció el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”; intelectual liberal, precursor en el ámbito de la cultura y educación.

La obra narrativa reunida en esta vigésima edición del Premio convoca a escritoras y escritores que dominen la lengua española, a fin de dar a conocer nuevas manifestaciones literarias, refleja un sinnúmero de expresiones y manifestaciones de la sociedad, inmersas en las historias guiadas por las palabras de sus autores.

En esta ocasión, el jurado estuvo integrado por Tryno Maldonado, Jaime Mesa y Mauricio Carrera, reconocidos escritores mexicanos quienes eligieron, de entre las 285 obras recibidas, provenientes de 20 países, la obra *Sobre las dunas* de Manuel Guillermo Ortiz Gaxiola como ganadora del certamen.

Al ser el libro factor esencial para el desarrollo de los seres humanos, nuestra Universidad publica las obras

reconocidas de estos certámenes, las cuales se integran a su vasta trayectoria editorial, estimulando así la creación artística entre la comunidad universitaria.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

*Rector*

ARMA UNA CRUZ CON DOS RAMAS secas y la coloca en la cabecera de la tumba improvisada. Después se hincó sobre el montón de tierra y extiende sus brazos y manos como quien espera una limosna. Urde en su imaginación un par de oraciones dirigidas a un dios desconocido; las dice en voz alta emitiendo sonidos profundos desde su garganta antes sellada y aquello proviene de un lugar dentro de su corazón que él desconoce o que ha olvidado. Junta las manos y coloca su puño con diez briznas enredadas en el pecho; agacha la cabeza y no piensa nada: deja que el silencio agudo de la madrugada le absorba la sensación de pesadez que insiste en tirar de él y hundirlo en una oquedad. Luego de un rato se pone de pie, entra a la casa en ruinas que había compartido con su madre y toma sus pertenencias. Ensilla al caballo gris y pone el fardo en la grupa del animal.

Desde su montura ve la casa y piensa en prenderle fuego. No lo hace. Toma el camino hacia el sur. Va al paso, diciendo cosas, largas retahílas de palabras solo para él, para la negrura de la noche que se lo traga y para su madre muerta, y sus palabras no las escucha nadie porque está en medio de la nada, como a orillas del mundo.



## I

LOS CASCOS DE SU CABALLO bajo la noche y el jadeo del perro a su lado son los únicos indicios de existencia en aquel páramo insondable. Se detiene un momento y otea el terreno azulado; respira hondo y dice, quedamente, la palabra “paciencia”. Ya sea para sus animales o para él mismo, aquella tranquila voz parece adornar el camino antes de que el vacío del desierto la aniquile para siempre. Da dos palmaditas en la cabeza al caballo a modo de caricia y le suelta unas palabras amistosas al perro; se reclina sobre las crines del caballo y escucha su respiración. Sus exhalaciones lentas y sosegadas empiezan a sincronizarse. Aguza su oído y alcanza a recibir el lejano aullido de un coyote que le trae el viento quebradizo y acomedido de la madrugada. Una vez erguido, empieza a trotar. Alarga un rato sus pensamientos sobre su madre muerta y piensa un rato en Marcus. Entiende que no tiene otra opción más que regresar a México ante la inminente desaparición de su vínculo con su madre porque ella se estaba muriendo. Cuando estuvieron de acuerdo, como si de un contrato con cláusulas precisas se tratase, ella deja de respirar y el silencio abraza a Juan Charvel durante las siguientes horas, antes de decidir

enterrarla en el patio de la cabaña. Inmóvil en la habitación, a expensas de la luz solar que va haciéndose más débil y pequeña conforme pasan las horas, ve cómo las paredes enmaderadas dejan su color y adquieren el mismo monótono negro que inunda todo en rededor: el cuerpo inerte y el rostro de su madre dibujando una mueca, y sus pestañas inmóviles y su boca tiesa, el catre en el que está echada, los retratos colgados de parientes olvidados, las cruces y las vírgenes van hundiéndose en aquella mancha bruna y tenaz hasta que Juan regresa de donde está, perdido en su interior. Entonces busca una pala que no encuentra; termina ayudándose de un pico oxidado que nunca había visto en casa. Cava un par de horas hasta hacer una abertura adecuada para el cuerpo enjuto de la mujer. Cuando la toma en sus brazos la rigidez se ha esparcido por todo el cuerpo. La deposita con cuidado y comienza a echar la tierra; le cubre primero el rostro como para evitar testigos de lo que está haciendo. Sigue con las piernas y el resto del cuerpo. Antes de echar la última palada, Juan recuerda a la persona que lo tiene en esa situación de huida apresurada. Pensé que era mi amigo, se dice, y luego se hinca y dice lo que él cree puede ser un rezo, pero no sabe por qué lo hace.

El día empieza a clarear cuando el repicar de unas campanas lo distrae de sus pensamientos; hay un pueblo cerca y se encamina hacia el sonido de metal que con indiferencia escupe aquella parroquia. Juan Charvel no sabe, como nunca nadie sabe, que en las afueras de la amplitud del desierto todo está ya proscrito y dispuesto.

\*\*\*

La guerra ha terminado cuando él y su madre llegan a la cabaña de la montaña. En una cima, después de un camino

que había sido marcado y después desdibujado por la maleza y el ramaje, la casucha se mantiene en pie, aunque lucha cada día contra la humedad y el moho. Juan, un chico de 17 años en ese entonces, baja los costales del carromato en el que viajaron por varias semanas; mientras, su madre lo espera a la entrada de la cabaña y lo observa con lástima. Aquí es, le dice un tanto decepcionada. Sí, madre, responde él e intenta darle una sonrisa. Están rodeados por altos abedules de ramas flacas y la blancura en sus troncos los hace parecer fríos y nevados a pesar del calor; sin embargo, el viento encuentra la manera de cruzar entre las maderas y refrescar a los recién llegados. Ella, baja y menuda como siempre, tiene los brazos cruzados y aquella posición la hace ver más pequeña; alza sus ojos negros y hundidos como buscando al cielo, pero a su mirada solo le cae la danza de las hojas en las alturas y breves instantes de luz azulada se dejan entrever a capricho del viento. Él la mira con el último fardo en la mano y le pregunta si deben entrar ya como para desviarla del llanto que se le venía. Sí, contesta.

La puerta podrida cede casi gratuitamente al sentir una presencia humana a sus afueras y una masa transparente de humedad y muerte les pega en la cara; algo parecido a los huesos de un zorro muerto se ilumina por la luz tenue que llega desde la entrada y parece recibir a los visitantes bajo el marco de la puerta. Más allá de esa mancha luminosa en el suelo todo está oscuro: las ventanas se han ido cerrando por una capa de polvo a lo largo de los años y no hay tregua a la luz. Él es el primero en entrar, remueve los huesos del animal y estos se hacen polvo con cada movimiento de su bota izquierda. Luego se pasea un rato por el recibidor que no tiene ni un mueble, va al fondo y encuentra dos habitaciones vacías; en una de ellas hay un agujero en el techo por el que entra un cilindro iluminado que se estrella en el piso y muestra partículas de

polvo bailando en el aire. Cuando regresa a la entrada, mira la silueta diminuta de su madre aún bajo la puerta; no se ha movido un centímetro.

—No hay nadie —le dice.

—Ya lo sé, hijo.

—Entonces vamos a limpiar.

—Sí —responde la mujer.

Terminan ya muy entrada la noche. Han limpiado todo en silencio y han metido sus cosas también sin hablarse. Cuando cree que han terminado, él se sienta en una de las sillas del comedor y cree sentir la presencia de ella a su lado; toma la lámpara de gas y la enciende: nota el rostro roto de su madre que ha estado llorando en silencio. Él no sabe qué decir y estira su mano para tocarla.

\*\*\*

Lo primero que él ordenó fue la breve biblioteca que su padre le había heredado; puso los libros en un aparador sucio que nadie se había atrevido a robar en los años de abandono de la cabaña. Luego dispusieron de las habitaciones, es decir, echaron al piso las mantas en las que dormirían a partir de ese día. Durante los siguientes meses hablaron lo necesario: los monosílabos iban y venían mientras él salía a cazar lo que encontraba, casi siempre liebres o aves, y ella cocinaba con la leña que le llevaba también su hijo. El caballo, que estaba ya viejo, salía a pacer en los alrededores y regresaba siempre antes del mediodía a la parte trasera de la casucha en donde encontraba a su dueño leyendo. Hacia abajo, en el escenario montañoso y ondulado, cientos de árboles se alzaban y el verdor se le metía en la mirada cuando Juan levantaba la vista de su lectura; oteaba un rato el panorama y luego metía su

rostro en el libro y volvía a leer, concentrado, hasta que su madre salía al patio y le decía que ya estaba la comida. Los sonidos de animales a los alrededores ponían en alerta al chico durante los primeros días, pero poco a poco se acostumbró al aullido, al berrido y al estridulo de los bichos y entendió que ellos también tenían derecho a la vida porque, al igual que él y su madre en el país en el que estaban, eran invasores de esos terrenos aislados.

Aquella tarde lee un extraño libro sobre la libertad de los hombres; no hay autor porque falta la mitad del tomo, pero Juan tuvo que empezarlo porque la reserva de lectura había amainado. Escucha las patas del caballo acercarse como cada tarde, y, detrás de ese sonido, una respiración cansada, y luego aparece la figura de un hombre que queda congelado frente a él. Blanco como fantasma, el hombre lleva un chaleco de vaca y una camisa roja de botones; la sombra del sombrero le tapa el rostro que se descubre luego de echárselo para atrás. Sus pelos amarillos como de canario comparten el color con las cejas y, debajo de estas, los ojos azules miran al mexicano sentado con su libro. Se inspeccionan un par de segundos.

—No traigo arma —le dice el rubio.

—Yo tampoco.

—¿Es usted mexicano?

—Sí, señor.

—¿Ya supo que la guerra terminó?

—Así es.

—Y ustedes perdieron.

—Yo creo que ustedes no ganaron.

—Cierto, pero estas tierras son independientes ahora.

—Lo sé.

—¿Y qué hace aquí?

—Aquí vivo con mi madre.

—¿Y su padre?

—Ha muerto en la guerra.

—¿Era soldado mexicano?

—No, él era de Tennessee y no era soldado.

—Su padre era un yanqui.

—Sí, señor.

—Bien. No quiero problemas.

—Yo tampoco.

—He venido siguiendo al caballo, pensé que no tenía dueño.

—No se preocupe.

—No lo hago. Me llamo Marcus.

—Me llamo Juan.

—¿Qué tienes en la mano, Juan?

—Un libro.

—¿Sabes leer?

—Sí, señor.

—¿Y de qué trata ese libro, Juan?

—De la libertad, señor.

Marcus intenta encontrar una nueva pregunta o un comentario sobre el tema del libro, pero no se le ocurre nada. Asiente con la cabeza y se vuelve a poner el sombrero. Le quiere preguntar al mexicano si sabe leer bien, pero la imagen de la mujer flaca en la puerta trasera que da al patio lo detiene. Marcus la saluda con un gesto del sombrero y la mujer vuelve a la casucha como si hubiera visto una aparición.

—Perdón —le dice el rubio—, no quise molestar.

—No se preocupe, señor.

—Me regreso de donde vine, chico.

—Sí, señor.

—Fue un gusto.

—Lo mismo digo, señor.

Marcus da la vuelta y comienza a bajar la empinada cima de la montaña. Juan entra a la casa y encuentra a su madre cubierta por las mantas en las que duerme.

—Madre —le dice.

—¿Quién era ese?

—No lo sé, un hombre.

—Es yanqui.

—Sí, madre.

—No quiero que vuelva.

—No creo que vuelva.

—Está lista la comida.

—Gracias, madre. ¿No vienes a comer?

—No tengo hambre.

—Él no volverá. No es soldado, no traía ni arma, estaba perdido.

—De verdad no tengo hambre —y la voz salía de entre las sábanas.

—De acuerdo —le dice Juan.

Cuando abre la olla de barro entiende que la pobreza les ha pegado de nuevo y divide en los dos platos la poca comida: una pata de conejo y dos papas. Vuelve con su madre y comen en silencio.

Al siguiente día Juan alista un arco porque se le ha acabado la munición; saldrá a cazar. Hace brillar las puntas de una de las flechas y ajusta los nudos de su arco jalando los mecates hasta hacer chillar la madera. Cuando tocan a la puerta, él ha terminado de reforzar el arco y lo toma como si fuera un apache; se acerca a la puerta y lanza una pregunta. Soy Marcus, escucha al otro lado.

—Dígame, Marcus, ¿qué puedo hacer por usted?

—pregunta el chico al momento de colocar la flecha.

—Quiero hablar contigo, chico.

—Por aquí podemos hablar.

—Estoy desarmado, hijo. Yo soy un empresario, no un asesino.

—Eso no lo sé.

—Es verdad, ¿pero cómo puedo saber yo que tú no tienes un arma contigo?

—Usted es el que ha venido hasta acá a buscarme.

—Es verdad. ¿Entonces no abrirás la puerta?

—Necesito que me diga qué quiere, Marcus.

—¿Sabes leer?

—Ya le he dicho ayer que sí.

—¿Sabes contar?

—Sí. Del uno al infinito.

—Quiero decir si sabes cómo usar los números.

—¿Sumarlos?

—Sí, eso.

—Sí, señor.

—¿Crees que puedas enseñarme? Te pagaré.

Juan destensa el arco y abre la puerta. Marcus espera, sombrero en mano, y mira al mexicano con su rostro joven y moreno y ahora le puede distinguir un ligero bigote disperso encima de los labios; le nota ahora la quijada cuadrada y recia y sus ojos negros y profundos.

—¿Para qué quiere saber sumar? —le pregunta el chico.

—No quiero que me vean la cara —responde Marcus.

\*\*\*

Marcus Smith tarda un mes en reconocer que aquellas figuras en el papel eran su nombre; otro mes le toma reconocer otros significados además de su nombre: árbol, manzana, silla, codorniz y caballo, y en su cerebro forma una extraña

asociación entre los sonidos y los garabatos en el papel y quiere que las letras sean parte también de la imagen que se forma en su cabeza cuando las va leyendo lentamente hasta que Juan le aconseja que no haga eso.

—¿Por qué? —pregunta el hombre rubio.

—La mayoría de las palabras no tiene nada que ver con su representación en la realidad.

—Cómo no, si yo pongo “perro” en el papel es la misma imagen que me creo en la cabeza. El perro es el mismo en el papel que en la realidad.

—Quiero decir que las letras que forman la palabra “perro” no serán un perro, es decir, que no tienen la figura de un perro como usted se imagina, Marcus.

—Pero, si tomo la primera letra de “perro” y la pongo como una cabeza de perro y luego su cuerpo se hace con las siguientes letras, entonces sí puedo hacer un perro con la palabra perro.

—La palabra “perro” es una palabra que quiere abarcar a todos los perros: los flacos y los gordos, los pequeños y los grandes, los blancos y los negros. Es una palabra para todos los perros, no para el perro que hace con sus letras al escribir la palabra. Además, “perro” en inglés es diferente a “perro” en español.

—¿Cómo es en español?

—Perro.

—Ya veo.

Al tercer mes Marcus comienza a llevar los papeles de su negocio. Pide a Juan que le enseñe a leer los documentos: todos, con membrete en la parte posterior de la hoja y al centro, tienen la leyenda “Smith constructores y asociados”. La mayoría de los papeles son contratos entre la compañía y el Estado; otros menos son permisos, y todos, sin excepción,

tienen un monto a pagar en plazos. Juan le explica y, a pesar de no conocer bien a bien los detalles, le dice a Marcus en qué consiste cada uno y los repasa con él por varios días para clarificar el significado de algunas palabras. Cuando terminan de revisarlos todos es viernes y no se verán hasta el lunes. El rubio le pregunta si la semana siguiente pueden comenzar con los números. Sí, le dice el chico, y el hombre sonríe. Cuando se vuelven a ver, Marcus llega con un carromato cargado de muebles: dos camas con colchones y un comedor nuevo, un nuevo estante para los libros del chico y una estufa de hierro para la madre. Esta se había ido acostumbrando a la presencia del hombre rubio en la casa, pero los primeros días lo observaba desde su habitación y, cuando él sentía su mirada, ella cerraba la puerta y no salía en todo el día; una vez que supo que el hombre no representaba ningún peligro, comenzó a cocinarles la comida que Marcus les llevaba cada miércoles.

Le enseña a sumar y a restar y le dice que con eso es suficiente para llevar su negocio. En una ocasión Marcus lleva varios dólares de diferentes denominaciones y hace una simulación de pago; se equivoca un par de veces, pero las correcciones de Juan lo hacen sonreír porque siente que ha aprendido algo. Luego de varios meses de lecciones, Marcus le pregunta a Juan si él, Juan, cree que con lo que ya sabe puede seguir con el negocio sin que le vean la cara.

—Yo creo que puede llevar bien su negocio, Marcus. Con lo que ha aprendido puede defenderse de cualquier fraude.

El hombre se queda pensativo un rato. Están sentados en la mesa del comedor nuevo y están rodeados de notas y números y contratos falsos que escribía Juan para poner a prueba a Marcus. Luego le dice al chico:

—¿Por qué estás aquí, hijo?

—No entiendo lo que me dice.

—¿Cómo llegaron aquí?

—Mataron a mi padre.

—Ya me lo has dicho, ¿pero por qué a este sitio?

—Esta casa era de mi abuelo, el padre de mi padre, y madre nos condujo hasta aquí.

—¿Venían huyendo de algo, de alguien?

—De la guerra, señor.

—A tu padre lo mataron soldados, ¿cierto?

—Creo que ya es tarde, señor Marcus. Lo acompañó por el camino.

Salen y el rubio se monta en su caballo y ambos bajan por el camino que está de nuevo señalado: Marcus había mandado a sus trabajadores a limpiar la maleza y lo habían dejado dispuesto. La noche los cubre y Marcus nota que el chico sigue con él, a su lado, caminando lentamente como su caballo; en días pasados, cuando lo acompañaba, Juan se quedaba a unos cuantos metros de la cabaña, pero en esa ocasión siguió. Están rodeados por los abedules blancos, pero su color había sido minimizado por la bruma que los devoró cuando el sol se escondió detrás de la montaña. Juan se detiene de pronto. Le quiere encontrar el rostro a Marcus para hablarle de frente:

—Hace un año apilaron un montón de cadáveres cerca de nuestra casa. Los cuerpos eran el resultado de las batallas entre fronteras y el capitán o el general del lado de acá había decidido que era buena idea tomar a los muertos y depositarlos en nuestros terrenos, a escasos metros de casa. Esos salvajes sabían que aquello era nuestra propiedad y lo hicieron con la intención de molestar a mi padre, quien había elegido para esposa a una mexicana de Sonora; él había rechazado unírseles en combate años atrás. Todos los muertos venían de la masacre en Mecha: los soldados habían escuchado rumores de que ahí se asentaba un puñado de mexicanos y los querían

tomar desprevenidos hacia medianoche. Eso era falso, pero ya habían tirado la primera bala y no había vuelta atrás. Niños, ancianos, madres embarazadas y, claro, todos los jóvenes y adultos hombres habían sido asesinados. Quemaron el pueblo y ahora se ha perdido en la memoria de la humanidad.

Marcus no puede verle el rostro en medio de la oscuridad, solo escucha la voz que ha adquirido de pronto un tono maduro y de paciencia como ocurría en las lecciones. Él recuerda los rumores de la masacre de Mecha, pero no le dice nada al chico y este vuelve a hablar:

—La noche anterior al tiradero de cuerpos, lo recuerdo bien, veía un latente pulso sobre el cielo que se intensificaba y luego se detenía; el cielo, antes de que el sol se fuera, estaba manchado de un naranja intenso; las nubes de humo adquirían una oscuridad más intensa que la noche más solitaria y sin estrellas. Se revolvían aquellas nubes negras en el cielo y el espectáculo de aquel latido del mal en el mundo nos tenía enganchados a un tiempo, al terror y a la fantasía a mi madre y a mí. Mi padre fue quien nos despertó de aquel tiempo indeterminado. Con la serenidad estoica que le caracterizaba nos dijo que entráramos a casa y nos resguardáramos en la habitación; nos dijo que ese día había terminado y que no había más que ver. Pero mi querido padre se equivocaba porque la sangre celestial se fue desparramando hasta nuestras cabezas e iluminó todo en rededor. Poco dormimos aquella noche. Antes de acostarnos los tres en la cama, mi padre mencionó lo siguiente: la maldad se ha vertido sobre el mundo y seremos testigos de ello. Lo dijo en español aunque él era de Tennessee, como ya le he dicho. Mi madre se persignó, pero mi padre detuvo aquella señalización corporal con su mano; delicadamente le tomó el brazo a mi madre y, mirándola a los ojos, negó con la cabeza. Creo que ese gesto era la renuncia

ante alguna intervención divina; renunciaba a toda presunta protección que la gracia pudiera otorgar ante un mundo en el que no podía intervenir. Entrada la madrugada escuchamos ruidos afuera. Mi padre tomó su revólver y miró por la ventana; nos pidió tranquilidad y salió. Vimos cómo se acercó a un grupo de hombres uniformados con harapientos uniformes deslucidos y una carretilla con algo parecido a unos cuerpos humanos; intercambiaron unas palabras y mi padre hizo un ademán explicando la dimensión de sus terrenos; los soldados se miraron entre sí y uno se fue y volvió con el que parecía ser un general. Él y mi padre se apartaron del grupo de sujetos y estos últimos empezaban ya a amontonar personas sin vida y desnudas; volvieron a hablar un momento y mi padre negaba con la cabeza y tenía los ojos clavados en el piso. Levantó el rostro y nos observó a través de la ventana y vi la expresión más triste que puedo recordar; creo que se sintió derrotado y humillado frente a su familia. Sentí una lástima infinita y quise besarle, abrazarle y decirle que aquello no importaba. Volvió. Mi madre y yo seguimos mirando cómo dejaban cuerpo tras cuerpo, y mi padre lloraba en silencio en la cocina. Luego de un rato un soldado entró sin llamar a la puerta y tiró tres palas para sacar la tierra. Yo pensé que querían que caváramos nuestras propias tumbas; aquello me pareció una original manera de morir: cavar la propia tumba. Aún lo creo, pero no me emociona. Salimos y la montaña de muertos ya era algo considerable. No estaban los soldados. Cada uno de nosotros tomó una pala y se dirigió hacia aquel culto a la muerte. Nadie dijo una palabra. Y cavamos. Cavamos hasta formar un gran agujero, una fosa común para aquellos pobres diablos. Nos tomó todo el día hasta entrada la madrugada del siguiente día. El trabajo, dijo mi padre una vez, es gratificante si es para un hombre justo; aquello era todo lo opuesto a la justicia. El

cansancio era real. Mi padre comenzó a separar a los muertos uno a uno: los más grandes, los medianos y los pequeños. Claro que yo iría tomando a los más chicos, a los niños y las niñas, niños quemados, asfixiados, baleados; daba igual porque todos tenían la cabeza dura como una roca y el rostro compungido y azulado, bañado por la luz de la luna como una linterna de gas que alumbraba al monstruo dentro de una caverna. Los fuimos tirando, le digo, todos sin ropa, sufrientes y malolientes. En el grupo de muertos había dos embarazadas, sus hijos estaban muertos también, sin embargo, por un error de maniobra de los soldados al transportarlas o tal vez a propósito, una de ellas tenía una abertura en el vientre y la cabeza del feto se asomaba con una sonrisa burlona como avisando que él se había salvado del mundo y que no sería parte de la broma. Terminamos, aunque no pudimos regresar la tierra al hoyo porque no podíamos más con nuestras almas y cuerpos. Dormimos, creo que por dos días seguidos, como queriendo confundir a la muerte con nuestros ojos cerrados y conciencia ausente para no despertar más. Mi madre solo despertó para llorar por días en los que mi padre y yo enterramos por fin aquella masa maloliente de seres humanos. Habían pasado un par de semanas cuando volvieron los soldados.

La voz de Juan titubea. Marcus lo escucha y lo siente y solo ve la negrura del horizonte y del rededor.

—¿Qué hicieron los soldados? —pregunta el hombre rubio como con temor o pena o vergüenza.

—Los soldados —continúa el chico— tenían una misión clara: matar a mi padre. Así lo hicieron: nos despertaron tocando a la ventana que teníamos a un lado de la cama para confundirnos; sin mediar palabra, un hombre entró a la habitación y, desde la oscuridad, descargó su rifle sobre mi pobre padre que no tuvo tiempo de reaccionar. Le dejaron

un hueco en el pecho. Lo dejaron confundido y alarmado. Lo dejaron como un hombre sin esperanza ni fe, tirado en la cama y bañado en las lágrimas de mi madre. Yo no recuerdo haber llorado desde entonces. Estaba en ese momento, y durante el último año, en un estado de embrutecimiento traumático; veía al mundo como una marea de hechos y conexiones grisáceas, sin color ni olor ni nada más: hechos, cosas sin sentimientos ni moral. Creo que pienso lo mismo, pero ya no sé qué pensar, señor Marcus. Sí creo que la zona en la que estamos puede decirnos cómo comportarnos, y eso me da alivio porque pienso que nadie tiene la culpa por el mal en el mundo, pero sigo creyendo que las elecciones de los hombres tienen algún valor. Y luego, señor Marcus, conozco a alguien como usted, y me hace reafirmar mis creencias.

Marcus escucha de nuevo la voz temblorosa del chico. Traga saliva.

—Chico —le dice— yo tengo un hijo, ¿sabes?

Juan no sabe qué decir y solo afirma con la cabeza, pero el gesto es imperceptible en la noche profunda que los ha arropado ya en medio del bosque.

—Mi hijo —continúa Marcus— no sabe leer tampoco.

—Entiendo —alcanza a decir Juan. Siente un dolor en el pecho.

—¿Puedo traerlo a él el lunes y así le enseñas lo que me has enseñado a mí?

—Sí, Marcus, puede traerlo.

—Te pagaré el doble. Juan quiere decirle que la cuota puede quedar igual, pero calla y vuelve a asentir con la cabeza.

—¿Estás de acuerdo? —le pregunta el rubio que no ha visto a Juan.

—De acuerdo —le responde secamente.

Juan no acompaña más por el camino a Marcus. Quiere

distinguir su silueta en la noche, pero no puede. Entiende que será el tutor de los Smith a partir de ese día. No comprende cómo debe sentirse. Escucha a lo lejos un lobo aullar y otros más le siguen replicando y emitiendo aquel sonido como de curva. El chico siente ganas de llorar.

\*\*\*

Tiene que hacer memoria para recordar cuántos años pasó enseñando al hijo de Marcus y a los trabajadores, e hijos, de Marcus. Poco a poco su figura como el profesor de la montaña se le fue imponiendo sin que él se percatara, y solo cuando vio su grupo de cinco o seis chicos pudo comprender que su papel de educador estaba ya consumado. Nunca le molestó su posición frente a los trabajadores de la compañía. Marcus, como es natural, disminuyó las visitas: cada 15 días o una vez al mes llegaba con suministros y platicaba hasta la noche con el chico, que poco a poco se transformó en un hombre serio y reservado. Marcus le hablaba de los nuevos contratos, de los problemas que enfrentaban en la construcción de los puentes ferroviarios y con la falta de materiales; nunca ahondaba en la vida con su esposa y en la relación con su hijo, pero siempre se detenía en saber cómo estaban Juan y su madre y, cuando esta comenzó a ponerse enferma por una extraña intoxicación, Marcus pagó al médico y lo llevó personalmente hasta la montaña. Después de aquella enfermedad, la madre de Juan fue deteriorándose y nunca pudo abandonar la cama y ahora él debía atenderla: le ayudaba con el orinal, la limpiaba y le cocinaba. Entre el padecimiento y las lecciones, poco tiempo le quedaba para él mismo y, en el último verano antes de la muerte de su madre, tuvo que disminuir la cantidad de chicos para poder leer. De nuevo dispuso una silla en el patio

de la cabaña y, de nuevo, todas las tardes, escuchaba al caballo volver de entre los abedules hasta que ya no volvió más y Juan entendió que se había ido a morir solo como los gatos. Se percató pronto, en sus sesiones de lectura, de otro cambio en el horizonte: los árboles sobre las montañas que antes llenaban el valle fueron desapareciendo y ahora un grupo de personas que se veían como hormigas trabajaba allá en el abismo verdoso de los montes; la construcción del puente avanzaba sin pausa y, desde la posición en la que estaba Juan, aquella obra aparecía como un dedo de un gigante de hierro. Las sesiones de lectura eran más complejas y solitarias: su madre se quejaba durante horas y su vocecita adolorida llegaba a los oídos de Juan como un pálido susurro de la cercanía de la muerte, y la ausencia de su caballo que lo miraba en silencio cuando leía lo hacía sentir abandonado; aquella mirada plácida sobre él era como un arropo cálido y, ahora que había desaparecido, sentía que el viento frío del invierno se le metía entre las ropas. Marcus, por su parte, notaba el ensimismamiento de Juan y, cuando se enteró de la huida del caballo y su posible muerte, apareció entre los abedules una tarde, como cuando se conocieron, pero llevaba ahora un andaluz gris como una rata y a sus pies un lebrél escocés con el mismo tono plumizo sobre el pelaje. Son tuyos, le dijo a Juan y él bautizó como Niebla al equino y Humo al can. Los tres, hombre, caballo y perro, tuvieron pocos días de una especie de felicidad cuando iban conociéndose. Sin embargo, Juan se fue haciendo a la idea de la desaparición de su madre y terminó por pasar horas al lado de la cama, contándole su día aciago y cosas del perro y el caballo; ella habló poco y en una de esas le dijo:

—Llévame a México o, si muero antes, vete tú.

Él entendió la súplica, aunque sabía que eso no pasaría nunca: todo era ya muy tarde y, aun si la petición hubiera

aparecido meses atrás, no podía dejar su vida monótona y rutinaria porque había comprendido que eso era lo que tenía y que no buscaba nada más: había ya elegido. Así se lo había dicho años atrás a Marcus cuando este le había propuesto arreglar un matrimonio con una sobrina de su esposa. El empresario no discutió la negativa del chico y solo le dijo que no olvidara que las elecciones de uno solo podían realizarse si el entorno era favorable. Juan no entendería esas palabras hasta que salió de la cabaña, sin madre y con sus animales a cuestas.

\*\*\*

Muda su cama a la habitación de su madre cuando nota que su respiración comienza a estropearse y luego de que el médico le dijera que no había vuelta atrás. Duerme ahora a su lado y se despierta cada hora y pone su mano en el rostro para sentir su respiración poco profunda, y ese hálito corto, como si fuera un gesto absurdo de su vida, lo tranquiliza lo suficiente por unos minutos para entrar en una duermevela constante.

En la madrugada del día en que ella muere, Juan Charvel sueña: él y ella se encaminan hacia un lugar desconocido; Juan no lo sabe, pero presiente que caminan sin rumbo. Ella va montada en el caballo gris de su hijo y él dirige al animal por caminos sinuosos. No siente calor. El sol se está alejando por el horizonte y empieza a manchar el cielo de rojo sangre; el suelo polvoso, las montañas y la escasa vegetación toman ese color carmesí como absorbiendo todo y le llena la vista a Juan con manchas granates porque las cosas de alrededor van perdiendo sus formas. Ninguno de los dos se inmuta ante la imagen del horizonte deformado y siguen su marcha. Ella pregunta a Juan si la extraña. Le responde que no puede

extrañar algo que tiene consigo. Ella pregunta si va a volver a México y él dice que sí, que volverá, pero que ahora debe descansar. Ella sigue soltando preguntas, pero Juan no las entiende y no contesta nada porque solo escucha un ruido distorsionado; tiene la mirada fija en el camino. Siente el brazo izquierdo más pesado al dirigir al caballo y vuelve el rostro y su madre no es más su madre, sino que ahora es Marcus quien va en la silla. Juan siente miedo. No quiero hablar ahora, le dice al hombre rubio. De acuerdo, responde este. Sigue el camino bajo aquella mancha roja; mira de nuevo hacia su madre y ella ha vuelto. Tranquila, sonriente y bañada de la luz carmesí ella se va peinando y su pelo le cubre la mitad del rostro. ¿Es un nuevo peinado?, pregunta él. Así es el estilo del infierno, responde ella con una voz dulce y maternal. Se detienen. Juan se acerca a su madre y ella se inclina un poco para poder mirarle de cerca, él le descubre la cara apartando los cabellos: una mitad conserva la normalidad y placidez de su rostro; la otra es descarnada, con una cuenca llena de gusanos retorciéndose que toman el lugar del ojo y miran a Juan. Todo es rojo. Juan se sobresalta y quiere gritar; ella se inclina de nuevo en el caballo y lanza una carcajada como de zorro. Me quiero despertar, le dice a ella. No, responde. Espera. Vamos. Juan Charvel toma las riendas una vez más y retoman el camino. ¿Quién soy?, pregunta su madre. Juan quiere responder, pero frente a ellos hay una cueva y en la boca de esta les espera Marcus que los mira, les hace una reverencia y les invita a pasar. Juan Charvel y su madre se acercan. Vamos, dice ella. No hay nada allá dentro, contesta Juan. Vamos, repite ella. Él suelta la rienda y el caballo y su madre son tragados por la cueva. Él mira alejarse a su madre. ¿Puedo despertarme, mamá?, pregunta Juan. Un sonido del fondo de la cueva brota y él despierta y lo primero que hace es poner su mano en el rostro de ella. Luego

de varios segundos que se han estirado en la espera, siente aquel vaho en el dorso de su mano.

Aún es de madrugada. Juan sale al patio y se sienta en su sitio. Escucha a Humo acercarse medio dormido, medio contento, y se estira enfrente de él y luego se le pone a los pies. Escucha un martilleo lejano, allá abajo en las obras del puente, y mira al valle casi vacío de abedules; nota que han construido algunas cabañas sobre el páramo. Se queda varias horas en su sitio: con el sonsonete de hierro al fondo y con su perro en los pies. El sol aparece a su espalda y colorea el mundo; él tirita de frío y exhala vapor como un ferrocarril herido.

Entonces ve a Marcus salir entre los abedules.

\*\*\*

Necesito hablar contigo, le dice Marcus. Juan asiente con la cabeza y responde que irá a ver a su madre. Unos minutos después regresa al patio en donde el empresario rubio le espera. Le da la espalda y cuando lo escucha da la vuelta.

—¿Cómo sigue? —pregunta.

—Mal, Marcus.

—Lo lamento, Juan.

—No puedo hacer nada.

—No, Juan.

—¿De qué querías hablarme? —dice Juan en tono resignado.

—Juan, sabes que te respeto.

—Sí, Marcus.

—Estoy agradecido con tu ayuda a lo largo de los años. Creo que he demostrado ese agradecimiento y he cumplido como un amigo agradecido. Te he dado trabajo, he intentado que no les falte nada a tu madre y a ti.

—Sí, Marcus. Yo sé todas esas cosas.

—Ya sé que las sabes.

—¿Entonces?

—Necesito hablarte de algo, Juan.

—Ya me lo has dicho.

—Son negocios, ¿sabes? Yo vivo de mi constructora, de contratos. Tú lo sabes.

—¿Has encontrado otro precepto para los hijos de tus trabajadores? Si es así, dímelo sin más vueltas, Marcus. Dime las cosas claras porque mi madre se está muriendo en la habitación y no puedo perder más tiempo.

—No, Juan. No es eso. Tú puedes continuar tus lecciones, pero no aquí. No en esta zona.

El mexicano mira de nuevo el valle limpio de abedules y entiende todo. Asiente con la cabeza.

—Este terreno es de mi padre, Marcus, era a su vez de su padre y nos lo ha heredado a mi madre y a mí. No tengo porqué contarte esta historia, tú la conoces.

—Juan, ustedes solo llegaron a habitar la cabaña; no tienen ningún papel que avale lo que dices.

—El haber dado con esta cabaña es más que prueba de que sabíamos hacia donde dirigirnos y a donde llegar. Nadie habría venido aquí más que alguien que sabía que esto existía.

—¿Y crees que eso se le puede decir a un juez que avale la compra de los terrenos?

—Daré mi testimonio si es necesario, Marcus. Yo no tengo miedo de enfrentarme a jueces porque sé que es verdad.

—Tú eres un mexicano, Juan.

—Sí —dice él y siente que la sangre se le enfría por el rostro. Ha abierto un poco la boca como para contestar, pero no le salen las palabras.

—No tienen peso tus palabras aquí, chico. Lo siento.

—Estas son las tierras de mi familia.

—No más, Juan. No más. Ayer se las compramos al Estado y hoy empezaremos con la poda hasta llegar acá.

—Pero si yo vivo aquí —le dice él y aquello suena como una plegaria porque su voz tiembla indecisa entre el dolor y la impotencia.

—No tienes por qué vivir aquí, chico. Regresa a tu país. Escucha, conozco a un hombre llamado Casimiro Gómez, vive en Sonora, en Bacerac, ustedes son de ahí, ¿cierto? Ve con él, tiene tierras, puedes trabajar para él y vivir entre los tuyos como una persona normal.

—Yo no tengo a nadie, solo a mi madre y se me está muriendo.

—Lo lamento, Juan. Piensa en la oferta.

—Tú no lamentas nada. Todo fue por el dinero, como siempre.

—Chico, agradece que vine primero a notificarte de esto y no envié a los matones; te di esto, el darte la cara, un destino y decírtelo yo mismo, con mis palabras.

—Tú no me has dado nada. —Juan le da la espalda y entra a la cabaña. Escucha a las afueras a Marcus.

—Eres un malagradecido —le grita—, como todos los de tu país de muertos de hambre.

Y aquello fue lo último que escuchó de ese hombre.

Entrada la tarde, le promete a su madre que volverá a México y minutos después la mujer deja de respirar. La tiene agarrada de la mano.

## II

HA ANDADO UN DÍA ENTERO después de salir de un pueblo cuando lo alcanza la tormenta. Juan la había advertido la noche anterior cuando notó una masa negra en el horizonte. Según el mapa que ha trazado, está a tres jornadas del pueblo de Higgins así que tendrá que encontrar refugio; sin embargo, todo lo que tiene enfrente son páramos y árboles aislados y esqueléticos. Siente una gota gruesa en la corona de su sombrero y nota cómo, poco a poco, en el suelo de aquel lugar, pequeñas manchas cafés aparecen como símbolo de ataque. Toma a Humo y se lo pone en la cruz del caballo. El agua comienza a caer y lo golpea con fuerza. Cabalga bajo la fría cortina de agua. Los rayos caen de manera aislada a su alrededor como misiles sin cálculo, y la oscuridad de la noche se ha intensificado por el recubrimiento de las nubes en el cielo. Cuando una seguidilla de relámpagos caprichosos puede iluminar por más de tres segundos el llano amplio y lodoso, el mexicano ve la boca de una cueva y se dirige hacia allá. Se resguarda ahí dentro, bajo una gruesa montaña.

Charvel se saca las botas y tira el agua que han acumulado, desensilla a su caballo y empieza a quitarse el pañuelo que le

cubre el cuello y coloca todo en el suelo. Verifica que el perro esté bien y luego mira asombrado por unos minutos a aquel espectáculo de agua y electricidad hasta que un ruido hacia los adentros de la cueva lo pone en alerta. Humo empieza a ladrar. La mano izquierda de Juan baja con cautela hasta encontrarse con su cartuchera; toma su revólver y espera hasta que le duelen las piernas y el frío se le mete en el pecho. Cambia de posición sin dejar de mirar aquella oscuridad desde donde ha venido el ruido y se sienta a un lado de la silla sin guardar el revólver. Busca con su mano libre una manta en la que guarda ramas y broza para hacer fuego pero todo está empapado. Vuelve a escuchar un ruido opaco al fondo de la cueva. Vacila en preguntar si está solo porque la respuesta puede resultar en su muerte. Está paralizado por el miedo. Lanza un grito hacia la oscuridad. Sin pensar demasiado ha dejado salir de su pecho aquel sonido trémulo y convulso que va a estrellarse al fondo de la cueva provocando un eco sordo y que vuelve a él como un búmeran: junto a ese sonido seco que repite su grito, un llanto de un niño le llega a los oídos. Juan, confundido, se pone de pie y el perro corre al fondo de la cueva; los gruñidos del perro aparecen entre las sombras acompañados de los gritos de un niño. Juan llama a Humo y luego de un rato el perro aparece mordiendo la pierna de un chico de unos 11 años; es rubio y tiene los ojos azules como Marcus. En él piensa el mexicano cuando lo ve tirado chillando por la mordida del animal. Juan aparta al perro y le toma el rostro al niño y con la luz de los relámpagos intermitentes afuera alcanza a ver su labio caído.

Le pregunta su nombre y el chico se apunta a la boca. No puedes hablar, le dice Juan y el chico niega con la cabeza. El chico escribe “Billy” en la tierra, pero es la única palabra que sabe escribir y no puede descifrarla; de su labio caído

cuelga una baba transparente. Es evidente que Billy no puede cuidarse solo y que el misterio de cómo ha llegado a la cueva quedará dentro de su cabeza que no puede poner orden a los acontecimientos que lo tienen ahí. Juan no siente interés en averiguarlo por ahora y quita sus manos de la cabeza del chico.

—¿Estás solo?

Billy afirma con la cabeza.

—¿Tienes hambre?

El chico vuelve a asentir. Juan busca en su alforja y saca un pedazo de charqui y se lo da; él toma otro trozo y ambos comen en silencio.

—Hoy pasaremos frío —le dice al niño—. No podemos encender fogata porque se mojó la broza y los maderos. Estamos a tres jornadas de Higgins, cuando lleguemos allí te buscaré un lugar en donde puedas quedarte. Yo voy a México y tú eres americano. ¿Tienes padres?

Billy niega con la cabeza. La respuesta sorprende a Juan y repite la pregunta y la respuesta es la misma.

—Entiendo —le dice—, veremos qué hacemos.

Siente lástima por el chico y le ofrece su manta. Billy se queda dormido casi al instante; un ligero siseo se despidió de su cuerpo pequeño y Juan recibe eso como un contagio y se queda dormido. Cuando despierta, tiene al chico pegado a su cuerpo y al perro en sus pies. Se levanta sobresaltado; el chico le sonrío con su boca abierta y su baba colgándole del labio.

\*\*\*

El chico rubio no se le ha separado a Juan desde que salieron de la cueva: le toma de la cintura como si fuera una pulga y se aferra a su espalda restregando su rostro. Aquello sobresalta a Juan las primeras veces e intenta alejarlo de sí; sin embargo, se

va acostumbrando a la presencia de ese joven mudo y de tanto en tanto le da palmadas en su mollera como si de un cachorro se tratase.

Han avanzado en silencio sobre la arena. La vista de Juan solo alcanza a ver un blanco profundo a kilómetros; un viento a lo lejos parece enturbiar brevemente los bancos de arena instalados a la distancia. El ruido y el olor no son más que un vago compromiso con la existencia en aquella zona del mundo; todo está entre el recuerdo y el presente y así lo siente Juan. Pasan el día sin detenerse y se alimentan de charqui salado hasta que el disco solar atraviesa la llanura y la noche alarga los dedos y los cubre. Desmontan y encienden una fogata con broza que van juntando del rededor.

Juan no le ha dicho una palabra a Billy durante toda la jornada. Mira cómo los troncos se van deshaciendo conforme las llamas bailan frente a sus ojos. Su madre y Marcus se le atraviesan como una evocación vaga y no buscada; se siente profundamente solo aunque tiene a Billy al lado como un perro bajo las piernas de su amo y tiene también al perro recostado a los pies. Juan alza sus ojos cafés, pequeños, y ve el manto estelar desplegarse con soltura sobre él. Baja el rostro y ve a Billy chupándose el dedo. Recuerda a su madre de nuevo y luego a Marcus. Duda. El dolor interno no puede solucionarse con la aproximación humana, piensa. Ahora ya ha experimentado los peligros del despoblado y del desierto: estaba muerto de miedo en la cueva ante los sonidos que terminaron por ser del chico, su corazón le golpeaba el pecho ante una emoción que nunca había experimentado. Tuvo miedo en verdad, resuelve para sus adentros; los años resguardado en casa de su madre lo han puesto en desventaja ante la voracidad del mundo. Además, no ha hecho un tiro desde su juventud y el terror lo posee cuando tiene que hablar

con alguien más o cuando siente una pizca de amenaza en aquella zona donde la moral y la ley no son asuntos de los hombres. Ahí, piensa, de nada sirve el supuesto conocimiento que ha adquirido leyendo los libros olvidados de su padre y los libros que le obsequió Marcus; y de nada sirve ahora la experiencia de enseñarles a los hijos de los trabajadores en su casa solariega en la montaña.

—Niño —le dice a Billy que sigue chupándose el dedo—, ¿sabes leer?

Le responde que no con la cabeza.

—No —repite Juan—, no sabes. Es una experiencia rarísima en la vida, ¿sabes? A uno le llegan las letras por los ojos y luego en tu cabeza se forman las imágenes que lees. Es casi como magia, niño. Los libros te cuentan historias y las historias se te meten en la cabeza igual. Las historias no son como las que te puede contar un viejo en un pueblo, no, no son así; las historias que encuentras en los libros deben estar cuidadas, no deben tener errores. ¿No has notado cómo cuando uno cuenta una historia los datos se le van cruzando? Pues eso no está en los libros, o en algunos de los libros, porque no todos los libros tratan de historias. Otros tratan de nosotros, los seres humanos, de cómo debemos decidir para que nuestra vida valga la pena, o de cómo podemos conocer nuestro mundo, chico. Los libros son una cosa pequeña de papel, pero adentro hay un mundo, muchos mundos. Es como una brujería, niño, como algo único en todo el planeta. Yo he leído varios libros, pero ya los he perdido para siempre. Viví vidas allá dentro, cosas extraordinarias, niño, pero ahora creo que nada ha valido la pena; no creo que dure mucho por esta zona del mundo, ¿sabes? Soy un inútil, niño, un imbécil que no ha aprendido el oficio de estar vivo. He perdido todo, hijo, y no podré recuperarlo nunca más.

Juan seguía mirando el fuego cuando habló; cree que Billy ni siquiera lo ha escuchado, sin embargo, cuando levanta el rostro de las llamas, lo encuentra atento a sus palabras; ha dejado de chuparse el dedo y lo ha escuchado. Juan sabe que el niño le puede ver la lágrima danzante en el ojo reflejando la fogata.

Arrecia el viento y el olor de la leña quemada se mueve entre ellos.

—Duerme, niño —le dice Juan.

\*\*\*

El enorme buitre vuela en línea recta por el cielo amplio. Juan le sigue con la mirada hasta que el animal cruza debajo del plato de fuego ardiente y le quema las pupilas; una intensa luminosidad le va trayendo manchas rojizas, moradas y amarillas cuando cierra los ojos y entre esas manchas la silueta del buitre queda intacta como un daguerrotipo solar.

La mancha del ave se le queda pegada a las pupilas varias horas a Juan y, cuando nota que dos formas oscuras se acercan, no alcanza a distinguir si lo que ve es una treta del sol reflejándose en la arena o si son animales corriendo hacia ellos. Titubeantes, las figuras parecen lanzar alaridos que se distorsionan mientras avanzan por el vacío de aquella planicie luminosa y llegan como miserables interjecciones de bestias. Juan se detiene expectante por las ondulaciones que levanta el suelo modificando todo el horizonte y modificando sin cansancio a eso que se acerca. Billy, en la grupa de Niebla, sigue aferrado a Juan y sigue chupándose el dedo. Esperan varios minutos hasta descubrir que aquellas cosas que emiten sonidos incomprensibles son dos chicos bañados de una sustancia oscura y espesa; no llevan sombreros ni provisiones

y parecen ser la calca uno del otro. Uno alcanza a pedir ayuda antes de caer de bruces sobre la arena; el que parece ser su gemelo se hinca a su lado, le toma de la cabeza y le pide que se despierte, que no lo abandone.

Juan desmonta enseguida, se acerca a los chicos y los rocía con el agua de su bolsa de cuero y luego les da de beber. El que está inconsciente no reacciona, pero el otro se aferra a las botas chillando. Con ayuda de Billy, Juan echa al desfallecido en la grupa de su caballo y al otro lo pone en la montura y lo amarra a la horquilla porque no tiene fuerzas para estar erguido.

Retoman el camino. Juan guía al caballo y Billy va detrás de él, tomándolo de la camisa.

—¿Cuál es su historia? —pregunta el mexicano: son hermanos, se llaman Gilbert y Robert Ibáñez. Estaban trabajando en el yacimiento del magnate Brumen cuando algo salió mal con la perforadora recién instalada; una soga mal anudada o un perno barrido, pero la estructura taladró con potencia mientras ellos estaban en el pozo. Segundos después habían salido disparados a los cielos. Nadie les ayudó porque todos huyeron y el incendio comenzó a esparcirse por los tablonés de madera.

—Vi a Brumen —dice Gilbert finalizando su relato—, entre las llamas y el desastre, y él me vio tirado y arrastrándome entre el fango y el petróleo y no hizo nada. Estaba ya en su silla. Huyó con el resto.

—¿Brumen?

—Sí —dice Gilbert—, ¿lo conoce?

Juan busca el nombre entre los recuerdos de las charlas con Marcus, pero nunca le aparece información.

—No —termina diciendo—. ¿Trabajan en un yacimiento de petróleo?

—Trabajábamos. Ese cabrón nos la va a pagar.

—¿Es un empresario?

—Sí.

—Claro —dice Juan—, qué otra cosa podía ser.

Las largas sombras de la tarde comienzan a ser absorbidas por el polvoso camino y desaparecen. Con los últimos reflejos del sol, apenas patentes por las nubes planas en el horizonte, alcanzan a llegar a un riachuelo, llenar sus bolsas de agua y beber directamente de la clara línea acuosa que atraviesa aquel terreno caprichoso. Gilbert se lava y, aunque las manchas negras siguen tiñendo todo su cuerpo y sus ropas, ha podido retirar la viscosidad del líquido. Lava también a su hermano, le da de beber y este reacciona; abre los ojos y ve el rostro ansiado de su hermano. Se quieren abrazar pero no lo hacen. El resto enciende fuego, desensillan a Niebla para que se abreve y pazca a libertad. Se sientan alrededor de la fogata y Juan saca de sus alforjas un par de latas de frijoles; cuchillo en mano empieza a abrirlas, vacía los frijoles en una sartén de hierro y la pone a un lado del fuego, cuando echan espuma, Juan retira el sartén del fuego y todos, incluidos los hermanos Ibáñez, comen directamente de él. Han calentado unas tortillas en el carbón y con la mano las pasan sobre el sartén agarrando todo lo que pueden. Todo tiene tierra y polvo y a cada mordida sienten las minúsculas partículas entrometerse en sus muelas y enterrarse ahí. Limpian la sartén con la última tortilla. Luego reposan.

Juan se quita el sombrero y mira a los hermanos hablarse como en conciliábulo después de la cena; él tiene a Billy a su lado como un silente protector que juega con Humo con el que ha hecho las paces en las últimas horas. Ante el panorama de tanta gente, Juan cae en la cuenta de que aquellas latas eran lo último que le quedaba; ha agotado las reservas que pensó serían para más de la mitad del viaje, y, no obstante, no ha

cruzado siquiera Higgins. Alza el rostro y ve a los chicos que le acompañan; los ve atentos en sus asuntos, inspirados solo por su soledad y temor.

—Chicos, ¿ustedes son de por aquí?

—Somos de Higgins —responde Robert.

—¿Conocen los caminos? ¿Las zonas seguras?

—Sí, señor, hemos crecido por aquí —responde Gilbert.

—De acuerdo —les dice, y piensa en la posibilidad de llevarlos consigo; recuerda la oferta de Marcus. Les habla a los hermanos y les explica que él va hacia México y que allá tiene unas tierras en las cuales trabajar; si lo desean, explica, pueden ellos sumarse también al trabajo. Eso les ofrece y solo necesita unas manos que lo guíen y que cuiden del niño mientras los acompaña. Los Ibáñez escuchan la oferta y hablan entre sí. Luego, el mayor, Robert, responde que el viaje será largo y que no creen que la oferta sea justa.

—Nos da trabajo —le dice a Juan—, ¿y luego?

—Les daré la mitad de mi paga durante el primer año. Es lo que puedo darles.

Los hermanos vuelven a hablar entre sí. De pronto, Gilbert, todavía ennegrecido por el petróleo y desde el otro lado de fogata, salta de su sitio como si hubiera estado esperando un indicio, una seña para intervenir en una escena teatral y se acerca a Juan y le extiende la mano.

—Trato hecho —le dice el menor—, pero antes debemos hacer una parada. Luego nos encaminamos a México.

—De acuerdo —dice Juan—. Tengo conmigo dos armas y un arco. Les puedo dar un revólver, mientras llegamos al pueblo.

—Un revólver nos vendrá bien —lanza Robert desde la oscuridad.

\*\*\*\*

Gilbert y Robert Ibáñez, de 17 y 19 años respectivamente, nacieron en Orange Mountains. Migran al poblado de Higgins junto a sus padres y hermana menor cuando Robert ha cumplido los cuatro años. Durante su niñez, los hermanos Ibáñez salen a cazar lagartijas que intentan asar bajo el sol del mediodía; nunca lo lograrán, pero, mientras el animal se retuerce del dolor, ellos, bajo un árbol, sentados en el suelo, hablan. Hablan y hacen bromas, se burlan de todo el pueblo y de sus habitantes. Siempre están juntos y, aunque evitan protegerse como buenos hermanos pensando que aquello es ridículo e inútil, siempre comparten opiniones. Para todo el pueblo de Higgins son gemelos, a pesar de que Rob es el mayor; su parecido es notorio aunque hay diferencias obvias que pasan desapercibidas por la gente: mientras que Rob tiene los ojos grandes y marrones, Gil tiene unos ojos verdes y tristes; mientras que a Gil le acompaña una marcada barba partida y procura afeitarse, Rob destaca por su mal afeitada y creciente barba; mientras que Rob es reservado e introvertido, Gil es más abierto e intenta incluir a su hermano en las conversaciones porque sabe que alguna broma ingeniosa le hará reír. Rob es, para Gil, el hombre más divertido del mundo y el hombre que más ama en la tierra; Rob tiene el mismo sentimiento hacia su hermano, aunque no se lo expresan nunca. Comparten la amistad y tienen esa clase de núcleo impenetrable para los demás que algunos hermanos comparten; cuando algo sucede y les parece digno de atención, se miran y no necesitan mediar palabra alguna para comprenderse. En ocasiones, la gente piensa que se roban las palabras o interrumpen al hablar cuando uno completa la oración del otro, pero no es así: sin explicación alguna ellos piensan casi lo mismo, con las mismas letras, intenciones y oraciones. Para los hermanos Ibáñez esto es de lo más natural

porque es simplemente como pensar y hablar; no hay en ellos alguna cosa especial que los ponga a sospechar que aquello fuera raro. Más bien parecen haber nacido como uno solo en diferente año y fecha. Ambos trabajan para el magnate Nicholas Brumen, son encargados de los establos y están al cuidado de los animales; sin embargo, en los últimos meses, Brumen se ha obsesionado con el negocio del petróleo y ha ordenado construir un yacimiento a varios kilómetros de Higgins. El magnate envía a un grupo de sus trabajadores a picar la tierra, levantar estructuras y buscar el oro negro. Dos de ese grupo son los hermanos Ibáñez. Aquello los llena de furia los primeros días porque sus tardes se han visto tocadas: ahora no pueden salir a recorrer los caminos, asaltar a los viajeros y violar a las mujeres solitarias que se atreven a cruzar el páramo; sin embargo, su sed de caos no aminora y encuentran la manera de seguir recorriendo los alrededores de Higgins: hace apenas unas semanas han asesinado a un chico de la edad de Billy entre el despoblado que hay en el camino que va de Carrizales a Higgins. Lo vieron solo, perdido en la llanura y se acercaron, le hablaron, lo escondieron en los alrededores de un otero y lo torturaron largo rato; luego Gilbert le apretó el pescuezo, pero lo dejó vivo para su hermano y él lo remató. La muerte del niño generó una disputa entre ambos, pero determinaron que no valía la pena seguir en pugna por una cosa insignificante.

Cuando Juan los rescató, hablaron toda la noche, entre ellos, jurando venganza contra el magnate Brumen.

—¿Sí quieres ir a México? —le preguntó el menor.

—No tenemos nada aquí. Allá no hay ley.

—Aquí tampoco.

—Pero recuerda que llegaron los rumores del niño al pueblo.

- Es verdad.
- Hay que ir al pueblo primero.
- Hay que robarle al perro de Brumen primero.
- Tenemos que ir con ma y la niña primero, imbécil.
- Es verdad.

\*\*\*

El fuego se ha ido perdiendo y debilitando por la caída del aliento matinal y solo quedan pequeños incendios aislados en rededor del yacimiento; la excavadora del pozo se ha venido abajo y cubre el agujero. Cuando el grupo se acerca entiende que no hay modo de rescatar ni un gramo de madera. El menor de los hermanos indica un cuartucho carcomido y, bordeando las flamas menores, llegan a él. Robert comienza a remover los restos desintegrados de las paredes de la habitación. Dura un rato ahí, esculcando, rastreando; se detiene de pronto y dice que se la ha llevado, Brumen ha vuelto y se la llevó consigo. Juan no entiende nada.

- ¿De qué hablas? —pregunta el mexicano.
- Aquí había una caja fuerte.

Juan dice que los dueños de aquel lugar no tardarán en volver a levantar todo el sitio. Robert niega con la cabeza: imposible, este yacimiento era ilegal; Brumen desalojó a los indios, él y sus socios lo hicieron los últimos meses. El fuego ha advertido a las autoridades del Estado de todo esto. Brumen no volverá a pisar este sitio.

El viento fue paseándose por entre los escombros y la escoria distribuida por el suelo y mueve astillas, trozos de madera y seca el último rastro de humedad que ha dejado el alba. Un estruendo alarma a la compañía. Viene del fondo del pozo. Juan desenfunda casi por instinto. Se acercan al origen

del ruido y entre todos comienzan a retirar los maderos muertos encima del pozo cuando de la nada un alarido explota al fondo de aquel agujero en la tierra: un hombre desnudo, con barba tupida y cubierto de extrañas escamas de polvo y petróleo los mira con asombro y horror desde el abismo en el que se retuerce. Pelando los ojos se retuerce y adquiere una posición fetal para después defecarse encima. Lanza alaridos, extraños sonidos desbordados que atraviesan cualquier lenguaje y lo sobrepasaban; junta y muele interjecciones y añade, retira y muta las vocales y consonantes para hacer de todo aquello algo ininteligible.

—Es un loco —dice Robert. Billy hace un ruido que todos ignoran.

Este está perdido, piensa para sí Juan. El asombro y el asco se instalan en sus rostros y todos se van abriendo como círculo procurando alejarse del olor y la montaña de mierda que se junta a un lado del loco.

¿Qué haremos?, dice al fin el mexicano. Gilbert responde proponiendo un plan para robar a Brumen mientras que desde el pozo salen los mismos extraños sonidos y el loco sigue en su aturdimiento y sus alaridos abarcan y sumen las palabras del menor de los Ibáñez. Juan no alcanza a escuchar nada, tiene su revólver aún en la mano; siente que le arrebatan el arma: Robert se la ha quitado, se avienta al pozo y pone el cañón en la cabeza del loco.

Calla, mierda. Silencio, le dice en un tono tranquilo al loco que parece entender aquello y enmudece de pronto; algo se hace patente hacia sus adentros y el loco comienza a retorcerse entre su mierda y Robert sale del pozo a toda prisa y desde las alturas le apunta. Juan lo toma del brazo: no, le dice, vámonos ya. Gilbert está riendo.

—¿Entonces? —le pregunta a Juan.

—No he empezado este viaje para hacerme de dinero  
—responde el mexicano.

Robert le devuelve el arma y le explica lo complejo que será salir de allá sin recursos; podrían perder todo en un ataque y es casi inevitable encontrarse con viajeros de los que no saben sus intenciones: el robo, le había dicho, es solo para lograr con éxito aquella empresa.

Juan reflexiona un rato la idea y vuelve a su silla. Es hora de irnos entonces, les dice.

\*\*\*

El trazo que iba quedando en la arena tras el paso de los viajeros se ve a lo lejos. El carromato que había marcado el camino está estacionado en una zona a la que el grupo de Juan se encamina al paso. El vehículo tiene un toldo cubierto por una manta azul, verde, gris y amarilla, como cocida de pedacería de prendas viejas y la mayoría tiene motivos de cruces y estrellas y puntos: grecos que se repetirían sin cansancio si la tela fuera más larga.

Antes de hacerlo, Juan pregunta si es bueno acercarse a los viajeros. Robert contesta que están en su camino, no tienen opción. Juan asiente con la cabeza y dirige las bridas del animal hacia el carromato. Los recibe una familia de mexicanos: dos niños, padre y madre y una anciana; dos ingleses destacan entre ellos, aunque sus pieles ya curtidas por el sol casi los ha hecho morenos como a los otros. Un inglés y el padre mexicano amontonan piedras en círculo; los ven llegar. Charvel identifica los rostros morenos que comparten, los rasgos amables y recelos a un tiempo; el habla, las eñes atravesadas en la lengua y la bienvenida a su campamento a aquellos viajeros. Entiende que son mexicanos como él, pero

le cuesta identificarse. El padre sonríe y los invita en español a que se acerquen a cenar; Juan traduce la invitación como si fuera un altavoz. Se reúnen en rededor del fuego y las llamas y sus hilos se elevaban como queriendo rasgar la espalda nocturna del cielo y su evidencia es el humo grisáceo sobre sus cabezas.

Los ingleses son primos: Ian y Liam. Ambos se sienten a sus anchas hablando de nuevo su lengua con otros seres humanos y han sentido aquella visita como una especie de celebración y comparten su última botella de licor rancio con los Ibáñez. Juan no bebe; habla con la anciana y la madre y los niños corren en rededor junto con el perro y Billy, que parece haber tomado de pronto consciencia de su edad como si hubiera sido un recuerdo escondido por la hostilidad que lo rodeaba. Las mujeres del grupo le explican a Juan que vienen de Chihuahua y habían encontrado a los ingleses a punto de morir, picados por una serpiente; no traían ni botas cuando los encontraron estancados en la frontera. Su objetivo era ahora llegar a California y localizar un oro prometido por los rubios; había mapa y claridad de ruta, había dicho la mujer a Juan.

—¿A dónde van ustedes, mijo? —pregunta la anciana moviendo su gruesa lengua dentro de su boca desdentada.

—México —responde Juan.

—Tú eres de allá —afirma la anciana.

—Sonora.

—Mijo, ahí no hay nada ya para nosotros.

Juan recibe las palabras, afirma con la cabeza y les da una ligera sonrisa a las mujeres con sus labios delgados y resecos. Se levanta de su sitio, atraviesa el jolgorio de los hombres y se aleja del campamento; se sienta a un lado del carromato. La imagen de su madre le perfora la mente y se instala en su

visión; quiere recuperarla jovial y viva, pero el rostro estático en la muerte se interpone en todas sus imágenes. Está muerta, qué más da si terminaba o no aquel deseo. ¿Y por qué no hacerlo solo? Imposible. ¿Y esta gente? ¿Y su destino? Escucha unos pasos arrastrarse hacia él. Es la anciana. Ella lo ve ahí, sentado como si estuviera herido de muerte, como si tuviera una enfermedad de origen desconocido. Con un bastón de caña que usa para caminar, la mujer toca la pierna de Juan y él levanta la cabeza y observa cómo la anciana está dividida entre dos luminosidades: a su izquierda el amarillo de la llama de la fogata la dibuja con todas sus arrugas y pliegues sobre el rostro, y a la derecha la frágil luz de la luna la pinta de un azul pálido que parece borrar sus facciones trastocadas por los años.

—Ayúdame —dice la mujer en tono imperativo.

Juan se levanta y la toma del brazo y siente cómo la piel de la mujer le cuelga del hueso. La carga sin dificultad y la sube al camarote del carromato. La anciana lo mira desde la oscuridad del toldo y lo invita a pasar. Juan duda, pero al final accede. Sentados frente a frente, la anciana toma la cabeza de Juan y pasa sus manos arrugadas y frágiles sobre sus cabellos cortos y lacios. Parece que quiere quitarle polvo o mugre y, mientras lo hace, le dice al hombre que el toldo del carromato está cubierto de una manta que ella ha cosido desde hace años con los vestidos de las vírgenes de su pueblo allá en Chihuahua y con las ropas de sus hijas muertas y esa cubierta ligera y colorida es la protección que necesitan para atravesar aquellas zonas despobladas porque la Providencia les dará el consuelo y los pondrá en el camino de buenas gentes y ella cree que él, Juan, es buena gente y que está ahí para enseñarles la bondad en sus corazones porque la Providencia y Jesús, el bendito, proveerán.

Descreído como es, Juan acepta las palabras de la mujer, pero no se conmueve. Acepto sus palabras, alcanza a decir. Ahora la mujer tiene sus manos en su regazo. Te doy un trozo de tela, mijo, le dice con cariño. Para que te cuide también. Le pide que desanude uno de los extremos de la tela y arranque un trozo del tamaño de un pañuelo y se lo ponga. Aquel hombre, a pesar de haber presenciado el horror en sus pocos días en el desierto, no cree que un trozo de tela pueda ser el talismán necesario para llegar a México y, sin embargo, hace lo que le pide la mujer. Saca un cuchillo mellado y corta un pedazo de la tela y lo ata a su cuello. La mujer aplaude y sonrío y deja mostrar su boca vacía de dientes y oscura, y luego se queda dormida frente a Juan.

\*\*\*

Se despiden de los viajeros a la mañana siguiente, recién cuando el sol empieza a abrirse como el párpado de un gato salvaje por encima de las montañas. Habrían deseado, en un principio, irse juntos buscando mayor protección, pero Juan cree que el carromato detendrá al grupo, así que se adelantan luego del desayuno. Los adioses de los mexicanos y las risas de los niños que corren al lado del caballo de Juan para despedirse de Billy dejan de escucharse luego de un rato. Ante ellos se abría la blancura del desierto como un tapiz virgen para inspeccionar, rediseñar y abalanzar sus acciones; sin almas a la vista y con la firme decisión de llegar a Higgins en menos de dos días, andan en silencio.

Desde la montura, Juan siente la brida del animal un poco más suelta de lo habitual. Piensa ingenuamente que se le ha achicado la cabeza al caballo y lo palpa con sus manos; ve sus dedos morenos y callosos pasearse sobre el pelaje grisáceo del

animal; reajusta los mecates y se limpia el sudor con el pañuelo de cruces y estrellas que trae atado al cuello. Le aparece en la cabeza la boca desdentada de la abuela mexicana. Siente a los hermanos a un lado andando ligero.

—Suban ustedes un rato —dice Juan, luego agrega—: eran buenas personas, ¿no creen? Esos mexicanos.

—Para esta hora ya deben estar muertos, Juan —responde Gilbert.

Juan detiene al animal.

—¿De qué habla tu hermano? —le dice a Robert—. Esos cabrones de los ingleses ya obtuvieron lo que querían: atravesar la mitad del recorrido bajo el carromato y alimentarse de las provisiones de esos mexicanos. Querían recuperarse de sus heridas y la anciana les cuidaba; les importa una mierda la vida de esas gentes. Robarán el carromato y seguirán su camino solos.

Juan, paralizado por lo que escucha, siente los brazos de Billy rodearle el vientre y su cabeza recostada en su espalda sudada y babeada porque el chico se ha quedado dormido. Los hermanos saben de inmediato lo que pasará: Juan vuelve en grupas y galopa el camino ya recorrido, dejando atrás a los Ibáñez. Estos se miran bajo el sol durante un segundo y siguen al mexicano a toda prisa y detrás va el perro que siente todo aquello como un juego.

Juan enturbia aún más las huellas que había dejado minutos atrás en la arena hasta que se divisa a la distancia el carromato con su toldo estrellado. Robert tiene razón: manejando el coche va Ian, en una mano sujeta la rienda de los dos animales y en la otra tiene un cigarrillo; su larga pierna izquierda reposa sobre la viga que une a los caballos y su pierna derecha cuelga relajada. Ve al mexicano acercarse levantando el polvo, le sonrío mostrando sus dientes

manchados y sus ojos verdes son resguardados bajo la línea oscura de su sombrero. No hay rastro de la familia mexicana; Juan lo nota y se acerca con Billy a las espaldas, pregunta por ellos. El inglés relaja su mirada y extiende sus manos y, alzándose de hombros, suelta una carcajada sombría. Juan desenfunda y repite la pregunta sobre la localización del grupo de mexicanos. El inglés lo observa. Vamos, hombre, le dice riendo.

—Tranquilicémonos —clama el inglés.

—¿Dónde están? —pregunta Charvel con el cañón ya apuntando.

—Bien —alcanza a decir mientras baja el mentón y sus ojos ascienden hacia sus párpados y cejas hasta esconderse; ese gesto es una invitación a la calma que no funciona.

Detrás de Ian, el carromato, bajo el toldo con lana bordada con estrellas y cruces, resguarda a Liam que, despierto y con su Springfield cargado, escucha el interrogatorio monótono de Charvel; procurando no ser visto, asoma sus ojos bordeando la figura de su primo. Se pone bocabajo, alista el rifle y deja que la boca de este vaya apareciendo lentamente a un costado del chofer. Con el dedo en el gatillo, escucha medio estallido ajeno a él y se sume en una oscuridad eterna: Robert lo había cazado hace segundos y le había dado con una puntería salvaje. Ian salta de su asiento y comprende de inmediato que su primo yace muerto a sus espaldas. Empieza a gritar el monosílabo “no” de manera repetitiva y enfermiza.

Juan, tembloroso y aturdido, sigue apuntando al inglés. Hazlo, grita Gilbert a lo lejos y su grito retumba entre las dunas del desierto y el sonido apaciguado por el calor del mediodía cala en el oído del mexicano. Suelta el disparo. Ian cae silente sobre el cuerpo de su primo adentro del camarote. Juan ha atinado a la nuca: la bala ha entrado por la parte occipital y

ha salido por el pómulo; la sangre libre de su prisión baña a los dos ingleses que son cubiertos por la lona mugrienta y roída que aquella mexicana había bordado exclusivamente para el viaje hacia América.

Después del tiro, la boca de Juan Charvel se seca y su rápida respiración es un manto frío que inhala aires helados, y suelta breves vahos tibios para recordar la vida dentro de su cuerpo. Cruza su armado brazo izquierdo sobre su pecho y luego obliga a que su pesado brazo derecho pase encima de aquel; cuando arma esa extraña equis sobre su pecho, Juan Charvel se hunde en sí mismo, encorvándose como oruga hasta casi tocar las crines de su animal. Billy lo abraza llorando a sus espaldas.

Los hermanos entienden que Juan no había matado antes; se limitan a mirarse entre sí. Se acercan y comienzan a retirar los tiros y los horcates de los caballos; después desatan la lona del toldo y la rompen en pedazos. Tranquilizan a los animales y Robert monta a uno; luego se dirige hacia Juan, que sigue embrutecido, mientras su hermano comienza a dismantelar el carronato.

—¿Eres cristiano, Juan? —pregunta Robert cuando se ha puesto al costado de él. Billy sigue en la grupa, aferrado a su amo.

Juan niega con la cabeza y dice que no cree en nada y que esa es la razón por la cual no comprende lo que acaba de hacer. He matado a un hombre, dice, y aquellas palabras le otorgan ahora el grado de asesino.

—Muchos lo hemos hecho. Es una necesidad de por aquí.

—He borrado para siempre su vida y su memoria.

—Entiendo, Juan. Vamos a México entonces si no quieres seguir matando —le replica el mayor de los hermanos.

El mexicano asiente con la cabeza y, aún sin salir de su inspección interior, alza el rostro con dificultad y ve a Gilbert

desmantelar el coche para hacerse de madera; luego, cuando Robert se le une, los ve desarmar a los ingleses y tomar sus armas. Juan los observa desde su montura y parte en silencio en busca de la familia mexicana. Los Ibáñez no han notado su partida hasta que terminan de destrozar el vehículo y envolver la madera en sus nuevas mantas estrelladas.

Encuentran a Juan Charvel cuando los rayos del sol son ya una pálida mancha en el cielo y su rojez se enrevesa por las nubes pintando la nostálgica figura del mexicano de un morado y un pajizo grotescos. Echado sobre sus rodillas a un lado de una fosa que había cavado toda la tarde junto con Billy, Charvel enterró a la familia mexicana. Es de noche.

Duermen a un lado de los muertos como en un velatorio mexicano, aunque nadie reza ni una palabra.

Hacia la madrugada, el grito desde el infierno rompe el silencio y se esparce como una gota ligera sobre un charco despertando a todos con sus ondas. Cada uno cubierto con sus telas bordadas por la anciana escucha el estallido proveniente de Juan, quien ya está sentado sobre su manta y tiembla y se mece sobre sí mismo. En el sueño que lo ha despertado, Charvel atraviesa un bosque de troncos secos y podridos, desnudos en sus ramas y cubiertos por ceniza proveniente de un incendio lejano y traída por el viento; no hay color, solo el grisáceo panorama que se abre ante su mirada. Vaga entre las rocas calizas y en sus pisadas ve rostros, caras que cree conocer. Piensa, dentro de su construcción ficcional, que ha caminado días enteros pisoteando aquellas caras anónimas y conocidas a un tiempo hasta que ve la silueta de Ian, el inglés, con un agujero en la nuca, cavando una fosa. Le da la espalda. A los pies del inglés, el cadáver de su madre muerta yace en espera de la última sepultura. Ian voltea y mira a Juan. Ayúdame, le dice, y empuja a su madre al hoyo y luego él,

Ian, se avienta tras ella. Juan corre y mira hacia el fondo de la fosa y encuentra cuerpos mutilados, cráneos escalpados y a su madre desollada, y una larga hilera de veladoras forman un círculo en torno a aquel altar a la muerte. Entonces despierta.

En la realidad, Juan sigue meciéndose; fija su mirada en el vacío estelar y mueve la cabeza con una lentitud ceremoniosa.

### III

EL AVANCE A LA CIVILIZACIÓN en Higgins se da gracias a la intervención de Nicholas Brumen. Cuando las familias empiezan a arribar a aquella zona, solo se cuenta con el pozo de agua de la estación del tren; las casas fueron construyéndose una vez que la cantina, la oficina del correo y la oficina del *sheriff* ya estaban de pie. El fango cubre la calle principal y sus alrededores; desde los pocos porqueros recién instalados a las afueras del pueblo llega el olor a estiércol y sangre. Sin embargo, una vez que el proyecto de Brumen se ve financiado bajo extrañas circunstancias por el gobierno del norte, Higgins se acerca a adquirir un rostro ciudadano y moderno con el proyecto de luz eléctrica que se ha impulsado los últimos años. A las afueras del pueblo se apila la economía fuerte: plantaciones de algodón, producciones bovinas y porcinas, una planta productora de cerveza y un fabricante de telas y cuero vacuno. Nadie desea salir de Higgins: todo está ahí. Lo único que es inevitable ante el paso de la modernidad es el olor a desperdicios arrojados durante las mañanas por los habitantes hacia las calles y que son absorbidos por el fango que anega y cubre los edificios; el aroma a estiércol se esparce

hacia los adentros de estos cuando a cada paso los caminantes se llenan las botas y los pantalones del lodo hediondo a orines y desechos.

El olor que presenta el viento como hilachas delgadas y dispersas le llega al grupo de Charvel aun a kilómetros de la entrada norte; el grupo percibe el aroma de la civilización y la inmundicia del género humano se les mete en las narices, pero siguen adelante. A la cabeza van los hermanos Ibáñez y, con rostros confiados y temerarios, apuntan los edificios con sus barbillas y explican al grupo cómo está distribuido el pueblo: en la calle principal, llena de fango, van y vienen los carromatos de comerciantes para bajar y subir mercancías; los carruajes y vagones del correo maniobran los paquetes de cartas y el paso es lento por los bueyes que, con sus yugos pesados sobre sus morrillos y pescuezos, intentan sin éxito jalar los desperdicios enfangados hacia las afueras del pueblo; a la izquierda se van levantando los edificios del *sheriff* local con su letrero que advierte que la sala de juicios y el pago de penalizaciones se han mudado a la acera de enfrente; el nuevo local de telégrafos aún conserva vivos sus colores verdes aunque se ha llenado de lodo en sus cimientos, y un cartel enorme a la entrada explica cómo debe leerse el código morse; le siguen dos casas particulares de madera enmohecida; al lado está la tienda de víveres y carnes con conejos desollados colgados en el porche, y piernas de cerdo aún con la piel rosa y rajada por el mal manejo de la pieza se exhiben en la entrada; esa zona finaliza con decenas de casas breves y arrejuntadas y sus maderas húmedas están llenas de mugre y suciedad recogida con los años; en la acera de enfrente está el hotel Irina, de tres niveles que se alzan majestuosos con ladrillos de barro pintarrajeados de rojo, el edificio cuenta con 15 habitaciones distribuidas para los comerciantes y

viajeros, buscadores de oro y vagos borrachines que no alcanzan a volver a sus casas a las afueras del pueblo; a su costado, un local breve del zapatero y remendador y luego la tienda de herramientas traídas desde el norte con carretillas apiladas en la entrada que entorpecen el paso de los animales de carromatos; el *saloon* con sus dobles oes y la cantina central, con dos mujeres de escotes pronunciados a metros de la puerta vaivén y que dan la bienvenida a los caminantes, está entre dos casas amarillas que posiblemente se usan para las prostitutas y sus clientes.

Y al final de la calle, Gilbert apunta a la salida sur de Higgins; está, a las faldas de la montaña, una casa amplia de ladrillo blancuzco que se alza firme e incólume y se diferencia con facilidad de los edificios de maderos mohosos y pestilentes en el centro del pueblo. Esa es la entrada a la mansión; el rancho cubre todos los kilómetros de la montaña a su alrededor.

—Ahí vive Brumen —dice Robert arrebatándole las palabras a su hermano.

\*\*\*

El perro alerta el regreso a su casa de los Ibáñez; han dejado sus nuevos caballos en el establo junto con el de Juan. Portan las cartucheras de los ingleses y Gilbert carga al hombro el rifle de Liam. Su madre, que se había enterado de lo ocurrido en el yacimiento, asoma su rostro enjuto por la ventana de la casucha en la que vive la familia y cree ver volver de entre los muertos a sus hijos. Ambos están oscuros, como carcomidos por la mugre, y caminan hacia la puerta ignorando al perro que les mueve la cola. Antes de llegar a la entrada, su madre ya está con los ojos llorosos y con sus manos entrelazadas,

gritando plegarias y agradecimientos a todos los santos; se tumba de rodillas y suelta un llanto reprimido por días. Robert la toma del brazo y la levanta, ligera como una liana, y ella pasa sus brazos sobre sus nuca y los llena de besos diciéndoles que se había enterado de todo, que Brumen ya había mandado sus condolencias, que su padre había ido a la mansión del magnate a pedir indemnizaciones, pero lo habían tratado como a un ladronzuelo, que ella misma había ido al yacimiento y no había encontrado sus cuerpos y que pensó que los zopilotes se los habían comido y que los estaban ya paseando en sus estómagos por los cielos.

—Todo está bien, ma —dice Gilbert y retira el brazo de su madre sobre él. Le miente al decir que ya han visto a Brumen y que volverán esa misma noche al yacimiento a ponerlo en marcha otra vez; dice que regresaron desde el descampado y que sus heridas ya habían sido sanadas.

—¿Dónde están pa y Leonor? —pregunta Robert.

La nena llega corriendo, tiene cinco años, y se le aferra a la pierna al mayor de los Ibáñez.

—Deja —dice Robert—, me tengo que cambiar de ropa. —Pero la niña no se mueve.

—Pensamos que estaban muertos —grita la mujer—, pensamos que habían muerto.

—No, ma. Todo estará bien. ¿Dónde está pa? —pregunta ahora Gilbert.

La mujer los mira con tristeza, baja la mirada empapada y niega con la cabeza. Los hermanos no necesitan mayor explicación y se van a su habitación.

—Les haré de comer —grita la mujer limpiándose las lágrimas con las mangas de su vestido.

Cuando abren la puerta de su habitación notan que la cómoda está vaciada, con los cajones abiertos como bocas y su

poca ropa está arrojada en el suelo o esparcida sobre sus camas. Entienden sin hablar que el causante de aquel desastre es su padre; son conscientes de que su aparente muerte no ha mermado en su corazón y, como siempre, lo único que necesita ese ser es su propia supervivencia. Lo más seguro, piensan los dos sin decirse nada, es que el viejo ha buscado dinero o cosas para vender a los comerciantes del pueblo.

—¿No está tu libro sobre el mar?

—No.

—¿A quién lo vendería?

—A la tienda del señor Quinn, seguro.

Luego de un silencio:

—Tampoco está tu guitarra.

—No.

—Ya está hecho, hermano.

—Ya está hecho.

Salen al patio y se arrojan agua para limpiarse y se limpian las espaldas uno al otro. Vuelven a la habitación y se ponen unos monos de lana rojiza, agujerada por los bichos. Gilbert toma su vieja camisa de franela color rojo sangre con cuadros negros y pasa su brazo por el agujero de la manga y luego repite la acción con su otro brazo, sujeta los botones al ojal y se arremanga; su hermano se decide por la blanca y llana camisa de lino. Ambos buscan su otro par de pantalones de mezclilla, pero saben que su padre ya se ha apoderado de ellos, así que se ajustan de nuevo los pantalones manchados de petróleo. Robert toma los dos pares de botas y un cepillo con cerdas largas y sale a la cocina: deja las botas manchadas en el piso y le dice a su madre que les remueva la mugre. La mujer deja el cuchillo y la zanahoria a medio cortar y llama a la nena para que le ayude. Robert vuelve con su hermano.

Se sientan en sus camas y se miran. Escuchan el cepillar desde la cocina y las correcciones de su madre a su hermana: así no, le dice a la nena, más fuerte. Y de nuevo empieza el sonido de las cerdas de crin sobre las botas. Rob deja escapar un resoplido por las narices y esboza una sonrisa irónica:

—¿Cómo les estará yendo a esos?

—Dudo que dejen entrar a Juan al Irina.

—El niño no tiene mejor aspecto.

—Pero no es mexicano.

—El niño es un idiota —dicen los dos al unísono.

Gilbert mira los ojos grandes y cafés de su hermano, su barba mal afeitada y creciente y sus labios gruesos, su boca pequeña con la misma forma redonda que comparten. Robert ve la rajada en la barbilla de su hermano y sus ojos verdes y tristes con su breve párpado. Gilbert le extiende la mano. Aquel gesto es nuevo, pero Robert le acepta el acuerdo, el saludo y el compromiso. Como siempre, poco se dicen, pero todo saben.

Se levantan de sus sitios y salen a la cocina. En el centro, la vieja mesa de madera astillada tiene una rosa roja dentro de un florero de vidrio verdoso y la luz del sol pasa sobre el aire húmedo que flota en la casa y lo atraviesa dejando su marca verde en el suelo como una mancha esmeralda. Los hermanos toman su sitio y la madre arroja la bota que limpiaba, ordena a la niña que siga y vuelve a la tabla de cortar para terminar su guiso de papas y zanahorias. No hay carne.

—¿Y esto, ma? —pregunta Gil apuntando con la barbilla a la flor. Luego lanza su saliva por entre sus dientes amarillos y el escupitajo resuena como chicotazo al salir de su boca y se estrella en el piso.

—Aquí no escupas —dice la mujer en tono de regaño, luego en tono lastimoso—. Esa rosa es para ustedes, hijo. Pensábamos que estaban muertos.

Comienza a llorar de nuevo y los hermanos se miran. No pasa nada, ma, dice Gilbert una vez más. Robert ve a su pequeña hermana de rodillas raspando sus botas. Así están bien, le habla en tono fraternal. La niña deja las botas y toma ahora las de Gilbert y comienza de nuevo. La mujer, luego de 10 minutos en que los hermanos se limitaron a lanzarse miradas, les pone los platos a sus hijos; el intento de estofado anaranjado cubre hasta el borde los platos y repele un aroma a comino y papas. Comen en silencio.

Al atardecer, Gilbert y Robert ya han diseñado todo. Encuentran en la mesa del comedor a su madre zurciendo un par de guantes sin destinatario, a quien le queden, había pensado la mujer cuando dio el primer agujazo. Levanta el rostro y sonríe a sus hijos. Ellos se acercan, Gilbert la levanta de su silla y le da un beso en la frente, Robert hace lo mismo y le huele los cabellos grasientos y olorosos e intenta resguardar para sí aquel aroma amargo a cocina y grasa.

—Madre, tome esto y guárdelo, y lo abre mañana —Gilbert le extiende un papel arrugado y doblado a la mitad.

—¿Es una carta, hijo? —pregunta la mujer sonriendo lastimosamente.

—No importa, ma. Solo ábralo mañana.

—¿A dónde van?

Robert, que ha ido por su hermana a su habitación, ha vuelto y lleva en brazos a la niña adormilada. Responde a su madre que irán con Brumen y más noche partirán al yacimiento y trabajarán toda la noche ahí.

—Pero si acaban de llegar.

—Ma, nos vemos pronto —dice Gil y besa a su madre en la frente y voltea hacia sus hermanos; se acerca a ellos y le toca la nariz con el dedo índice a la nena y ella ríe. Robert le da la nena a su madre y las besa. Ambos salen. Su madre

los ve alejarse hacia el centro del pueblo y luego voltea en dirección al rancho de Brumen y sabe que ellos no van con el magnate. Deja de mirar hasta que sus hijos se ven diminutos a la distancia y vuelve a la casa. Con la nena en brazos, pone la carta de Gilbert en la mesa. No la abre. Espera ahí meciendo a su hija hasta que llega la noche y se quedan dormidas las dos en medio de la oscuridad, el frío y la humedad.

\*\*\*

Con sus nuevos caballos, los hermanos Ibáñez parecen presumir cada paso en el centro de Higgins. A sus espaldas los sigue el caballo de Juan que han sacado también del establo sin que él lo supiera. Todos los miran y suponen que esos animales son robados. A pesar de que la calle principal luce vacía para esa hora de la noche, los curiosos se amontonan en torno a los Ibáñez y les preguntan a quién han matado por esos animales. Ustedes son unos muertos de hambre, grita uno, no pudieron comprarlos. Robert saca el rifle Springfield del inglés y le apunta. Todos huyen hacia la cantina y una rara mezcla de risas y gritos de espanto brota de aquella muchedumbre. El amenazado está con los ojos pelados; con las manos alzadas dice que es una broma. Vamos, Rob, le suplica.

—¿Has visto a mi padre? —pregunta el mayor.

—Está con las putas —contesta el borrachín y comienza a orinarse.

—Lárgate —ordena Gilbert.

Dirigen sus caballos hacia la cantina, desmontan y amarran al poste a los animales. Se abren paso entre las prostitutas ignorando sus llamados, se ven envueltos en el humo de los cigarrillos y la música de la pianola, los gritos de los jugadores de póquer y el olor a mierda y alcohol sobre

los suelos. Suben al segundo piso, hacia las prostitutas, y comienzan a derribar las puertas. Traen sus pistolas en las manos, frías, esperando la orden. En la primera puerta está una mujer en medio de una felación a un chico flaco; siguen en la cacería y tumban la segunda puerta, y un hombre amarrado del poste de la cama les grita y una mujer con unas correas les sugiere ir más tarde para darles su merecido. Antes de investigar en la última habitación se miran. El menor pateo la madera y la puerta cede. El hombre obeso, con el rostro grasiento y calvo, con sus últimos cabellos pegados a su frente sudorosa, penetra a una joven de no más de 15 años; esta, sobre sus rodillas y apoyada en sus manos, los mira y su rostro es todo asco y tristeza. El hombre grita que ha pagado, que lo dejen en paz. Hijos de puta, ladra de nuevo, estoy cogiendo. Está encandilado por la luz amarilla que de pronto apareció desde la entrada inundando a la habitación que antes estaba en las penumbras, y solo distingue con dificultad la silueta de dos tipos con sus sombreros y sus armas que miran al techo. Le apuntan en silencio: hasta entonces su padre comprende que está frente a unos fantasmas. Cree que sus hijos han venido del más allá a cobrarle todo: desde lo robado aquella tarde hasta el martirio de las violaciones, el maltrato y los abusos. La vida de perro que les ha dado. Hijos míos, les dice llorando, yo los amé siempre. Aún tiene su miembro dentro de la adolescente, pero alza las manos y sigue chillando. Los hermanos han acordado antes no decirle una palabra cuando lo ejecutasen. Gil es el primero en disparar y da en el hombro a su padre que cae de espaldas en la cama; para cuando Robert aprieta el gatillo, la chica ha salido ya del cuarto en medio de gritos, aunque siente, presa del terror, un vago alivio hacia sus adentros. Los hermanos se acercan al cuerpo de su padre que aún respira y lo miran desde las alturas. Apoyan sus cañones

sobre la cabeza del moribundo; los dos cañones ahora tibios le tocan la frente. Le disparan al mismo tiempo como si fueran una sola entidad.

Bajan a toda prisa en medio del desconcierto que han provocado los tiros. En el camino, Gilbert siente una emoción imparable; localiza entre el paseo alarmado de la multitud a la chica que estaba con su padre. Está rodeada de las demás prostitutas que la intentan consolar y se encaminan hacia la salida trasera de la cantina. Gil se acerca a ellas entre el gentío que empieza a desalojar el lugar; Robert le ordena que vuelva, pero Gil ya está con el grupo de mujeres. Despójate de la pena, le dice a la niña y le mete un disparo en el estómago. Ahora es el horror. Robert ha visto todo. Se acerca y golpea en la nuca a su hermano y, furioso, lo toma de los cabellos y en su puño se le enmarañan sus pelos grasientos.

—Vámonos —le dice rabioso, apretando los dientes, y salen de la cantina.

La calle está vacía. Gilbert respira extasiado; ve al borrachín que minutos atrás les ha intentado humillar esconderse entre unos toneles. El menor de los hermanos se acerca al hombre y le dispara en la frente mientras su hermano desata a los animales.

—¡Gilbert, con una mierda!

El chico vuelve, toma de las riendas del caballo de Juan y monta el suyo. Su hermano lo sigue y se encaminan aprisa hacia el hotel Irina y se detienen a las afueras.

—¡Juan! —grita a la noche Robert.

El mexicano se asoma por uno de los balcones del hotel. Debemos irnos ya, exclaman al unísono los dos jóvenes excitados.

\*\*\*

Los recibe el ayudante del gerente del Irina, quien olvida por completo la prohibición del acceso a los mexicanos al establecimiento. Juan paga por una noche y una cena con el dinero saqueado por los ingleses y que estos, a su vez, habían robado a la familia mexicana. En el recibidor de madera de roble hay un cartel pequeño en donde se exhiben los precios por los servicios y, a un lado, un águila calva disecada luce en silencio sus plumas café oscuro y su mancha blanca en la cabeza la hace aparentar salud y viveza a pesar de sus ojos fríos y muertos. Suben al segundo piso en silencio, luego de las indicaciones del ayudante.

Han dejado al caballo en el establo del pueblo y han acordado, minutos atrás con los Ibáñez, que partirán a la mañana siguiente para llevar a cabo el plan contra Brumen; a Humo lo ha amarrado a las afueras del hotel como si fuera un equino más. En la habitación con mira al balcón que da a la calle principal hay dos camas que Juan siente suficientes. Si las largas ventanas están cerradas, el olor a estiércol desaparece por un momento, pero un vago rastro del hedor permanece en el aire. Billy, que nunca ha estado en un hotel, salta emocionado y brinca en el colchón de gruesas telas apretujadas que no muestra resistencia hacia su cuerpo enclenque; luego se detiene y baja de la cama y mira con curiosidad su reflejo en el expectante espejo a la entrada del cuarto. Juan coloca su cartuchera sobre un perchero que está a un lado del espejo en el que el niño pasa su dedo intentado tocarse el labio hasta que el mexicano le ordena que se meta ya a la cama. El chico obedece en el acto y Juan se sienta en la cama y hace rechinar la base de madera. Voltea hacia Billy.

—Hijo, ¿viste lo que hice hace unos días? —El niño lo mira y niega con la cabeza—. Bueno —continúa el mexicano—, maté a un hombre. —Juan lo ve asentir con la cabeza y sus

ojos azules lo inspeccionan confundidos—. Ese acto, chico, no es digno de un ser humano. ¿Entiendes? Ese acto elimina todo lo que he pensado. Tú eres muy pequeño, pero cuando uno crece se va haciendo de ideas, de pensamientos que le determinan el carácter. ¿Escuchas lo que te digo? Y un solo acto puede llevarse todo lo que has construido. Sin embargo, yo no sé qué es lo que he hecho de mí mismo. Yo tuve un amigo, ¿sabes? O eso creí, que era un amigo, alguien con el que podía contar. Lo escuché horas y horas hablar de sus problemas y de su vida, y terminó por abandonarme en el momento más difícil de mi vida. Ante eso, escúchame, estaba yo intentando crearme un rostro, reforzar ideas sobre la libertad y el destino de los seres humanos, pero en ese momento no comprendí los actos de mi amigo y ya no lo veré más. ¿Entiendes, hijo? Perdí a mi madre y a un amigo el mismo día. Y ahora, con lo que hice hace unos días, siento que me he perdido a mí. No sé si quiero recomponerme, ¿sabes? No sé si me quiero hacer de nuevo. Tú estás aquí, chico, y me escuchas, ¿no es cierto? Sí, sé que sí, y no te voy a dejar a la suerte de este mundo: tú estás solo, como yo, y ya he esparcido mal en el mundo y no puedo dejarte solo, Billy, niño, no te voy a dejar aquí. ¿Quieres venir conmigo a México?

Juan intenta sonreírle cuando mira al niño asentir con la cabeza emocionado, pero un disparo a las afueras del hotel lo distrae. Escucha su nombre a través de los ventanales; sale al balcón y mira a los hermanos con sus caballos listos para la huida.

\*\*\*

Repasa la historia de los hermanos Ibáñez bajo la sombra de una familia de robles robustos. Auspiciado en las sombras y

humedad de la noche, Juan intenta comprender las razones del asesinato del padre de los Ibáñez y estos no entran en detalles, y la chica y el borrachín que asesinó Gilbert no aparecen en la narración de los hechos. El mexicano los escucha en silencio recargado sobre un tronco y siente en la espalda la rugosidad del roble y, con los brazos cruzados, mira al suelo y junta piedras con el pie; el niño está ya metido en su manta. Humo husmea entre la maleza. Juan deja de mirar la broza y hojas sueltas acumuladas en el montón de piedras que ha ido juntando con el pie mientras escuchaba a los hermanos; se acerca a ellos:

—No podemos tomar decisiones de ese tipo sin consultarlas con los demás. En este viaje no podemos actuar unilateralmente.

Los hermanos no saben qué significa unilateralmente, pero se limitan a asentir con sus cabezas y dicen que aquello fue algo de una única ocasión; aseguran al unísono que no fue nada; el ruido y el alboroto fue más que sus actos.

—Además —dice Robert—, no tenemos otro padre.

—No más —dice el mexicano.

—Sí —responde Gilbert.

Nadie, solo Billy, puede dormir esa noche y nadie más dice nada desde que Gilbert sisea el monosílabo. Juan reflexiona toda la noche en torno a su padre. Lo recuerda y no puede comprender las acciones de los hermanos; él, que siempre amó a su padre, entiende que las razones de unas personas pueden estar motivadas por el dolor. Entiende, también, que dos parricidas lo acompañarán hasta México. Pasa su mano sobre el rostro de Billy que está a su lado y siente su respiración y lo arropa.

\*\*\*

Cuando recibe la noticia de la muerte de su marido, Leonor Ibáñez no se sorprende. Sabía que aquello pasaría y que la venganza de sus hijos se haría aquella noche. Lo vio en sus ojos al despedirse. Era una madre, después de todo. Tus hijos lo han matado, le habían dicho.

Está sentada en la silla mecedora con la carta de sus hijos en la mano. No detiene su sonrisa, y sus labios delgados cruzan por su rostro flaco y casi descarnado. Abre la hoja y lee:

“Ma para este momento ya sabras lo que a pasado con pa, debes uir aora Lleva contigo lo necesario tus ropas y a la nena, nos vemos el domingo en el camino asia la hacienda de los McDonald antes de cuando el camino se divide y donde estan los arboles gemelos y luego nos iremos a mexico porque ya tendremos dinero ma.

Con amor tus hijos”

No puede evitar notar las faltas ortográficas de la carta y entiende que la ha redactado Robert. Su hija duerme en la cama y ella evita hacer ruido cuando busca la maleta de cuero y la encuentra polvosa y agujerada, no obstante, la comienza a llenar con las ropas de la nena, una muñeca de trapo y sus dos vestidos viejos. Debe partir mañana, pero la ansiedad la devora y se pasea por la casa. En el comedor, la rosa para sus hijos no muertos se ha empezado a secar. La toma y la avienta al suelo y la aplasta con sus botines de cuero curtido. Cree que ese gesto hace dos cosas: primero le recuerda que sus hijos están vivos y la aman y que no la abandonarán nunca; segundo, evita homenajear al padre de sus hijos y anula cualquier recuerdo luctuoso en aquella casa.

Tendrán dinero, piensa, pero al mismo tiempo sabe que ese dinero no será bien habido y dice dos o tres oraciones para que sus hijos estén sanos y salvos. Las plegarias no servirán: el plan será un desastre.

\*\*\*

Cada 15 días, sin falta, Nicholas Brumen sale de la hacienda para dirigirse al norte de Texas. El motivo del viaje es intentar cerrar unos negocios de plantaciones de algodón. El magnate ha estado queriendo comprar aquellos terrenos desde hace años, pero todos sus esfuerzos han sido inútiles. Robert y Gil notaban que aquellos sábados, antes de partir, grandes cantidades de dinero se depositan en el carruaje del magnate; esas ofrendas están pensadas para convencer a los dueños de las plantaciones, pero nunca han funcionado. En cada fracaso de la negociación, Brumen añade un nuevo saco con efectivo. Cuando la oferta era ya obscena, la diligencia había optado por llevar un carromato extra y exclusivo para los sacos de dinero. Y, a pesar de todo el valor que esa diligencia transporta, Brumen se siente seguro: nadie pensaría en robarle al hombre más poderoso del Estado. Con solo dos guardias a los costados, el chofer y su ayudante, y Brumen y su asistente, aquella diligencia recorría varios kilómetros hasta Texas sin mayores incidentes.

Toda esta información la conoce, gracias a la explicación de los hermanos Ibáñez, Juan Charvel desde el encuentro con el loco del yacimiento.

\*\*\*

La diligencia se asoma sobre unos promontorios que alzan el camino por un momento: el carruaje en el que siempre viajan Brumen y su asistente es de madera gruesa, cuenta con una ventanilla al centro de los costados y las insignias de NB han sido talladas con precisión, y un círculo, también tallado a mano, protege las iniciales del magnate con su circunferencia

perfecta; su color negro resalta con los vivos oros pintados en las esquinas y uniones de aquel rectangular armatoste; el carromato que transporta el dinero es más sencillo: de madera sin laca y con dos ventanas circulares en las paredes. Al frente, los dos guardias de siempre se adelantan y pasean su mirada largo rato sobre las montañas y la llanura; luego hacen una señal y la diligencia avanza. Más atrás y en solitario, un hombre de barba tupida, cejas pobladas, con camisa de algodón y pantalones negros cubiertos con una chaparrera oscura de cuero que parece haber sido curtida de la piel de una pantera, mira avanzar los carruajes y él también les sigue el paso, siempre procurando mantener una distancia precisa. Una gruesa canana café le atraviesa el pecho a ese hombre barbado y en su cintura porta una cartuchera repleta de balas. Parece estar listo para la guerra. Y este hombre de negro mira con atención su entorno y ve cómo el viento juega con las hojas de los altos árboles en las faldas de las montañas; atento ante cualquier movimiento extraño de los matorrales colgados de las rocosas superficies de las montañas, sus ojos no dejan de moverse en busca de una invasión. No ha visto nada, ni ese hombre de negro ni los dos guardias a la cabeza de la diligencia.

Están a punto de cruzar el único río que atraviesa el camino hacia Texas. Los dos guardias se adelantan de nuevo y hacen una señal con la mano y los carruajes se detienen. El hombre de negro está detenido y expectante sobre un terreno elevado y alcanza a ver, desde varios metros atrás de la diligencia, a un hombre moreno con su caballo y un niño aferrado a su espalda y un lebrél escocés a sus espaldas; el caballo bebe del río y el flujo de agua enana que corre hacia el sur lo cubre hasta los espolones de sus patas. El hombre de negro no puede creerlo y esboza una sonrisa ingenua, absurda, como

si quisiera saborear aquella imagen. Mira a su alrededor en busca de los otros, pero no ve nada. El mexicano está enfrente de los guardias; los saluda y les dedica unas palabras cordiales como para ganarse su confianza; les explica que aquel chico a su espalda es el hijo de su patrón y necesita llevarlo urgentemente hacia Texas con su madre enferma. Les pide de favor si ellos pueden acompañarlos para protegerlos porque ha escuchado que los indios han emboscado a viajeros durante los últimos días. Los guardias han sido advertidos y no se tragan la historia, pero en silencio asienten con la cabeza y miran hacia atrás, hacia el hombre de negro. Cuando Juan ha terminado su discurso, alarga su vista hacia donde miran los guardias y ve en la loma al jinete acercarse sobre un andaluz oscuro y precioso; no distingue mayor peculiaridad en el hombre más que su vestimenta negra bajo los rayos crueles del sol a mediodía. No es hasta que aquel jinete se adelanta a los carruajes y muestra su rostro a Juan Charvel cuando este lo reconoce: es el loco del yacimiento.

El mexicano entorna los ojos, se le han llenado de sudor las pestañas y pasa su mano por el rostro y desliza su sombrero hacia atrás. Lo ve de nuevo para asegurarse de que no está equivocado. No lo está. Es el mismo tipo, pero ahora domina sus facciones, marcha confiado hacia él y ríe de forma cínica. Billy ha estado recostado en la espalda de Juan, como siempre, sin enterarse de gran cosa a su alrededor; pero siente que el cuerpo de Juan se ha puesto rígido y el chico se recarga en los hombros de su amo y asoma su cara rubia y el labio caído y mira al hombre de negro. Con los ojos como platos, sus brazos aprietan el estómago de Juan; luego se chupa el dedo, inquieto como cuando vieron al loco en el yacimiento.

Charvel mira sobre su hombro y nota al chico nervioso; lo escucha chillar. Entonces comprende que Billy conoce al

loco y el loco le conoce. Juan Charvel ve cómo aquel hombre saca desde la cincha de su montura una escopeta de cañón recortado. Ante la amenaza Juan queda congelado y hace lo único que le dijo el mayor de los hermanos que no hiciera: voltear hacia donde estaban ellos, agazapados en las montañas. Como si fuera una súplica, con su boca abierta, fría ya por sentir que arrostraba a la muerte, dirige sus ojos a Robert y Gilbert que observan todo desde un recodo de la montaña a su costado.

Se escucha el primer disparo.

\*\*\*

—Ahí vienen.

—Sí.

—¿Y ese tipo de negro?

—No sé, no lo he visto nunca.

—¿El rifle ese no trae mira?

—Sí, pero no alcanzo a mirarle el rostro.

—Entonces no lo conoces.

—No.

—Me lleva la mierda.

—Calma, seguro es un despistado.

—Pásame el rifle.

Luego de un silencio, Robert dice horrorizado:

—Ese está armado hasta los dientes, trae una canana cargada de balas. ¿Seguro que no lo conoces?

—Conozco a las mismas personas que tú, imbécil.

—Es un guardia. Es un guardia nuevo. Saben del plan.

—Imposible.

—Míralo cómo observa hacia acá. Está vigilando.

—Pero nunca son así las diligencias. Siempre son dos guardias, Brumen no...

—Cállate, se está acercando a Juan.

—¿Qué pasa?

—Juan está tieso como pata de perro muerto. No.

—¿Qué pasa?

—Está mirando hacia acá. Mexicano de mierda.

—Dame eso.

El primer disparo aparece entre el viento y hace emprender el vuelo a las aves en rededor.

\*\*\*

El disparo de Gilbert viene desde la montaña noroeste y se escucha como un zumbido rompiendo el aire y uno de los guardias cae sin vida con un agujero en la cabeza. El segundo tiro que puede contabilizarse retumba desde la misma zona y es Robert quien lo ejecuta: el otro guardia cae de su montura y una fuente roja brota desde su cuello y la intensidad de su rojez se ve disminuida por el paso del agua y su sangre se confunde con el claro del líquido que ahora cubre el cadáver. El hombre de negro se reclina sobre las crines del animal para protegerse de las balas que lo rodean. Dos hombres bajan del carruaje de Brumen y otros dos salen del carromato que debía traer las bolsas de dinero. Brumen no ha ido nunca en la diligencia.

Los estallidos han despertado a Juan Charvel. Confundido y aturrido jala las riendas del caballo y vuelve las grupas alejándose del tiroteo. Ahora los cuatro guardias repelen el ataque de los hermanos. El jinete de negro deja que la batalla siga su marcha y, sin inmutarse, atraviesa el río persiguiendo a Juan y a Billy que se han adelantado por el camino hacia el sur.

Van a toda prisa y los ruidos de los disparos empiezan a perderse a lo lejos y caen ahora sobre sus oídos como ecos flacos. Charvel cae en cuenta de que Billy es blanco fácil a su espalda; con dificultad tuerce su cintura, toma al chico y lo pasa a la cruz del caballo y le ordena que se agache sobre la crin. Sabe que le sigue los pasos el loco del yacimiento. Está confundido. Resuena un disparo atrás; falla. Pica con las espuelas a Niebla que no puede ir más rápido, pero, como si supiera de la amenaza a la que están expuestos y casi como un favor, acelera y mueve sus patas grises amartillando el camino. Un disparo más que falla. Tiene que torcer hacia los árboles, si no le va a volar la cabeza ese loco. Juan Charvel lo logra, pero el caballo ya no puede andar: el terreno es caprichoso, rocoso y los troncos de los árboles se multiplican mientras más se adentran al bosque. Juan y Billy se apean del animal y se esconden detrás de la grupa desde donde el mexicano busca al jinete de negro; no ve a su perro. Tampoco ve al loco. Antes de abandonar a su caballo, Charvel lo acaricia y cubre su cabeza con sus brazos y le suelta un beso. Sabe que no lo volverá a ver. Toma a Billy y se adentran al interior del bosque, aterrados.

El loco ha dejado a su nocturno animal en el camino y le sigue los pasos a los fugitivos.

\*\*\*

—Escucha, hijo —susurra Juan.

Están agazapados en el hueco que ha dejado una pendiente en el corazón del bosque; se han cubierto de algunos ramajes y sudan a mares.

—Escucha, hijo —repite Juan con un susurro con el que baña con su aliento la mollera del chico. Lo tiene sobre su

pecho, abrazado, pegado a sí mismo y siente sus costillas sobre su camisa mugrienta—. Hijo —dice. Retumba un disparo y sabe que el loco del yacimiento ha matado a su caballo porque el animal alcanza a hacer un relincho seco, el último; luego otro disparo lo remata. A Juan se le ha abierto un corte al interior de su pecho y siente que de ahí no sale otra cosa más que hiel, amargor y pena; y rechina los dientes, se muerde los labios, sus ojos se humedecen. Le tiembla la boca.

—Calma, calma, hijo —susurra Juan—. Escucha. Quisiera decirte que todo saldrá bien, que vamos a salir de esta y que los hermanos vienen por nosotros, pero no creo que eso pase. Es probable que este loco nos mate. Nos vamos a morir, hijo, es posible que pase eso en los próximos minutos. No te pido que no tengas miedo porque yo estoy aterrado; no puedo conmigo mismo ahora, pero te hablo para tranquilizarme, como siempre. Escucha. Esto es lo que tenemos, aquí estamos, aquí nacimos. Óyeme. La muerte no es más que la aniquilación de nuestra mente y nuestras emociones; esto que sientes ahora no lo sentirás más, no sentirás nada, ¿puedes entenderlo? Tú, pobre niño, que has recibido humillaciones por tu condición. Lo sé: cuánta gente no se ha mofado de tu mutismo, de tu alegría extraña ante lo más simple de la vida, quién no se ha reído de ti por tu inocencia e ingenuidad, pues eso se borrará para siempre cuando muramos. Billy, no podrás siquiera saber qué ocurrió, ¿no es eso consolador? No habrá nada más, hijo, nada más. Todo se borrará. Se borrará, nunca habrá existido. Nada, niño, nada. Escucha: nada. Hacia allá vamos, tú tranquilo. Pero, por ahora, hay que guardar silencio.

Las pisadas se acercan. Se escucha el crujido de las hojas secas cuando el loco camina sobre ellas. Luego silencio.

—Juan. Es tu nombre, ¿cierto? ¿No te llamaban así en el yacimiento? Escúchame, mexicano grasiento, el niño que

te acompaña es un asesino. Lo he venido cazando desde Carrizales, soy la autoridad ahí. En un principio me importaban una mierda tú y tu grupo de amigos, pero son unos salvajes, unos filibusteros que hay que erradicar. Pendencieros de mierda. Salvajes. Billy Lukather estaba destinado a la horca y a un juicio, ahora solo lo espera la tortura y la muerte. Recen, si creen poder hacerlo, porque esto se acaba aquí.

El loco piensa que un bulto de ramajes resguarda a la pareja y su revólver resuena en el vacío; trae colgada en el hombro la escopeta de cañón recortado. Se da cuenta de su error y sigue hablando.

—Billy Lukather, mexicano mugroso, asesinó a un niño de su edad. Tú no estabas —suelta un disparo— en mis planes, ignorante mexicano. Ahora —otro tiro— debes darme la cara. Muéstrame tu cara grasienta. —Dispara—. Cobarde. —Dispara—. Hijo de puta. —Un último tiro antes de que se vacíe el tambor. Comienza a sacar balas de su cartuchera y sigue escupiendo ofensas, confiado.

De pronto se hace un silencio. Un jalón de la tierra derriba al loco y las balas se esparcen por el suelo rocoso y se vuelven ilocalizables. Charvel y Billy sienten como si una mano invisible los alzara por una fracción de tiempo y luego los sacudiera violentamente. El vaivén desde el fondo de la tierra se ve en las copas de los árboles que se mecen con furia. Aquel loco suelta un grito, quejas, maldiciones. Se escucha crujir al bosque. Caen árboles, grandes troncos son arrancados desde sus raíces y el temblor no hace sino intensificarse a medida que pasa el tiempo. Un ruido extraño que Juan nunca ha escuchado se expande sobre la zona; es algo así como un susurro de concreto, un chillido del hierro, lamentos de la madera. Algunos animales hacen su aparición a través de sus cantos de horror y cientos de piñas caen sobre

el terreno. El mexicano, tambaleándose, se decide a sacar el rostro de su escondite: el loco está a unos metros, bocabajo, presa del pánico, y la tierra lo sacude como un cascajo inútil. Matarlo no pasa por la cabeza de Juan, pero sabe que no hay otra oportunidad para escapar: toma al chico que se ha orinado del miedo y se lo pone sobre la espalda. Huye entre los árboles caídos. Parece sentirse extraviado: no hay luz en el camino y las sombras de los árboles lo cubren en medio del caos y la confusión bajo la marcha telúrica de los suelos. Hasta que ve el cuerpo de su caballo cubierto de ramas y piñas y con la testa destrozada por los escopetazos puede orientarse. La imagen le arrebató el aliento. La luz se deja ver sobrepasando los troncos. Caen un par de veces antes de llegar a la salida del bosque; Billy se ha abierto la frente y tiene el rostro manchado de sangre.

El caballo negro del loco lo sigue esperando fiel en el camino, aunque está inquieto ante el movimiento violento de la tierra y relincha martirizado. No ve a su amo, sino al mexicano y al niño con la cara roja que se acercan y lo montan. No opone resistencia. Nadie opone resistencia y Juan y Billy escapan.

\*\*\*

Cuando llega a la masacre, la tierra se ha calmado y un silencio envuelve a la llanura en la que los cuerpos de los guardias y choferes están dispersos; algunos con flechas incrustadas en los rostros y otros con tiros en sus pechos. A un lado del carruaje de Brumen hay dos hombres sobre sus rodillas; detrás de ellos, Gilbert. Robert está apoyado en una de las ruedas del vehículo, herido con una cuchillada en el costillar y en su torso lleva una de las telas de crucifijos y estrellas

intentando parar la hemorragia. El menor de los hermanos levanta la vista y nota a Juan a la altura del río; el mexicano se ha detenido y observa con espanto el duro espectáculo. Se acerca en silencio al grupo de hombres vivos.

—El loco es un oficial y viene por nosotros —les dice cabizbajo y reflexivo.

—No vendrá —contesta Robert con dificultad; observan la figura triste de Juan. Está aturdido, piensa el chico sobre el mexicano.

—Juan, ayúdame —dice Robert.

—Sí —dice quedamente Juan y dirige al caballo negro hacia él—. ¿Y estos hombres? —pregunta.

Gilbert, que ha estado en silencio detrás de ellos con el rifle preparado, les mete un tiro en la cabeza sin mediar palabra.

—¿Estos hombres? Ya no nos sirven —grita el menor de los Ibáñez—. Larguémonos de aquí, mexicano.

Juan tiene revuelto el estómago, cree estar en una pesadilla agresiva que no le da tregua. Está entre el horror y el cólera absolutos por haber presenciado el asesinato gratuito de aquellos sujetos; está rodeado de cadáveres. Se apea del animal del loco del yacimiento. Tiembla de rabia; está frente al menor de los Ibáñez y le arrebató el rifle y le da en el rostro con la cachá. El chico cae de espaldas. Se quiere levantar y confrontar a Charvel, pero se arrastra hasta su hermano cuando se da cuenta de que ya no lleva arma.

—No más —grita Charvel—. No más.

—Se va a morir —ladra Gilbert.

Juan le ordena al chico que se reponga y saquee a los muertos antes de partir. Luego se aleja del grupo y después de un rato llega con los caballos que han estado escondidos entre los árboles. Baján por el camino hacia el sur. Los Ibáñez van

juntos en el caballo de Gilbert, quien lucha por mantener erguido a su hermano y le pide que no se duerma, aunque la sangre se ha detenido. Billy y Juan van montados en el caballo del loco del yacimiento, un caballo negro de dos metros de alzada, fuerte de las patas y con un lomo firme como roca. Billy, herido y bañado en sangre, tiene una venda en su cabeza y se ha quedado dormido. Juan dirige el caballo de Robert con su mano izquierda.

Cuando pasan a un costado del bosque en donde los emboscó el loco, Juan piensa que la tierra se lo tragó.

Juan Charvel siente que se le han drenado el pecho y las ideas y avanza en silencio con los hermanos al lado. Se le ha perdido Humo y no tiene fuerzas para gritar su nombre. Se alejan de aquel cementerio de abetos desde donde surge James Roy, el *sheriff* de Carrizales, el loco del yacimiento, el hombre de negro.

James Roy los ve bajar por el camino.



## IV

EL HUMO ZIGZAGUEA EN LAS ALTURAS de la habitación hasta estrellarse en el techo bajo y enmaderado. La pálida luz de las velas sobre el buró alcanza a dibujarle el perfil al hombre que se lleva con nerviosismo el cigarrillo a la boca para darle bocanadas cada dos segundos. Despide el humo al aire. Desintegra el papel y el tabaco en menos de un minuto, se lía otro de forma apresurada y lo enciende con la llama de la vela y repite el proceso. La mujer tendida a su lado ve en la oscuridad la barba enmarañada y grasienta, sus cejas hirsutas se distinguen en el perfil y unas dispersas gotas brillosas de sudor se aferran a su frente.

—¿Hoy lo entierran? —le pregunta la mujer desnuda a su costado. Su grueso cabello negro le sirve de almohada; posa su blanca y pálida mano en el pecho del fumador.

—Sí —responde James Roy, y al momento un aire ligero, grisáceo y amorfo se le escapa de los labios. Advierte la mano de ella. Siente cómo los dedos juguetean en el pecho y van rizando los vellos a modo caricia.

—¿Estás nervioso?

—No.

—¿Tienes sospecha de quién lo hizo?

—No.

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—¿Qué eres, el fiscal? No importa quién lo descubrió, Hattie, por amor de dios —vocifera molesto el *sheriff*.

—Perdona, quiero que te relajes. Estás muy tenso. —Su mano atraviesa todo el abdomen peludo de James Roy hasta llegar a su miembro flácido y lo menea un rato hasta que reacciona.

—Se lo estaban comiendo los perros —dice él. Siente las manos de Hattie apretarle con fuerza.

—Me contaron las chicas que le comieron el rostro. —Sube y baja la mano sin dejar de sujetar con fuerza.

—Sí. Casi le dejan limpio el cráneo, pero había mucha sangre y se lo trajeron casi goteando.

—La madre está desconsolada; hasta su hermana Camila vino a pedirme trabajo. —Se pone ahora a la altura de la cintura de James Roy.

—¿Tenía hermana? —pregunta él sin inmutarse cuando Hattie se mete su miembro a la boca.

—Mjm —emite ella nasalmente.

—No sabía que tenía una hermana.

Ella se detiene. Levanta el rostro y le dice en tono vago y tenue a la vez:

—Corazón, no sabes ni a quién tienes que cuidar.

—Y para qué, si todos son unos salvajes. —James Roy la coloca de nuevo.

—Mjm.

—¿Le darás trabajo?

—Mmm, mmm —contesta como queriendo negar.

—¿Es muy fea?

—Mmm, mmm.

—¿Entonces?

Ella para en seco.

—No tiene ni 15 años, James.

—Eso no te detuvo a ti ni a tus chicas para empezar en el oficio.

—Nuestras vidas han sido peculiares. Pero, de cualquier manera, me parecería muy triste que esos salvajes, como dices tú, quieran venir por esa niña. Estoy segura de que los muy cerdos la han de desear y la ven pasear sus carnes cuando sale a las rancharías.

—Aquí le tocó vivir, Hattie. ¿Qué hará esa niña sin hermano, sin padre y con su madre enferma: casarse con un magnate de las grandes ciudades? Está condenada, como todos.

—Ya he ayudado a otras en similares situaciones, James Roy, y me he arrepentido. Terminan acuchilladas por un imbécil y tiradas en una zanja. No quiero que ella acabe igual.

—¿Y por qué te preocupa eso ahora? Si pasa lo que dices, los cerdos vendrán a toda prisa a gastarse unos dólares por la chica.

—No, James Roy. Basta.

—¿Basta? Es absurdo. Sigue.

—No quiero esa responsabilidad. Ya estoy vieja para eso.

—No estás vieja. Estás hermosa. Anda, sigue.

—No, James Roy. Ya no quiero.

—Quita de aquí entonces. Ridícula. —James Roy aparta a Hattie y se pone de pie. Está desnudo. Toma sus ropas negras del suelo enmohecido y se coloca la camisa de algodón.

—Disculpa, corazón. Se me vinieron recuerdos a la cabeza con todo eso de la niña.

—¿Y yo tengo que cargar con tus recuerdos, ridícula? ¿Crees que no tengo suficiente presión con los hijos de perra de Higgins queriendo que resuelva esta mierda?

—Perdona, amor mío. Ven, déjame terminar. —Le extiende el brazo desde la cama y las sábanas se deslizan por su cintura y la piel blanca reluce en medio de la trémula luz de la vela que se ha agitado por el movimiento en rededor, distorsionando las sombras. James Roy duda de la súplica de Hattie, pero se acerca al borde de la cama. Cuando ella empieza de nuevo, le habla:

—¿Sabes, Hattie?

—Mjm.

—Encontraron el cuerpo en medio del camino a Higgins. Fui a darles el caso esta mañana y me mandaron al diablo, me dijeron que mandarían a fiscales del Estado. ¿Puedes creerlo? Me quieren amenazar. Seguro ya están buscando mi reemplazo.

—Mjm.

—Hijos de puta. ¿Crees que me quieran reemplazar, Hattie?

—Mmm, mmm.

—¿Entonces por qué mandarían fiscales del Estado? Me lleva la mierda. Si me quieren reemplazar, ¿te irías conmigo? — Le acaricia su espesa cabellera negra—. Eh, ¿te irías conmigo?

Ella no responde.

—Contéstame.

—Mjm.

—Quita. —La separa de sí bruscamente con la mano y se pone los pantalones oscuros y se amarra la cartuchera con su revólver. Se sienta al borde de la cama y se calza las botas.

—Amor, no te vayas.

—¿Que no me escuchaste? Quieren que resuelva esto ya. Van a enterrar al chico en unos minutos. Vuelvo a la noche.

James Roy sale de la habitación y Hattie se queda tumbada en la cama. Sopla a la vela y se sume en la negrura del cuarto.

Piensa en la pregunta que le hizo el *sheriff* y sopesa sus posibilidades, que son pocas, y resuelve que sí, que se iría con él para empezar de nuevo. Era hermosa, como le dijo James Roy, y se imagina una vida alejada del burdel. Se imagina la despedida que le harían sus chicas, y entre ellas ve a la niña Camila, la hermana del chico muerto. Cree que aquello es una señal: ¿y si la imaginé así, entre mis chicas, es porque sí debe de estar aquí? ¿Y si a James Roy lo tienen que reemplazar, luego ella no será más mi responsabilidad? Debería, piensa, aceptarla en el burdel, enseñarle todo lo que sé y huir luego con James Roy. Piensa en las posibilidades, en California, en el oro. Ve a James Roy con el pecho al descubierto, sudando, con sus pantalones negros ajustados. Está a un lado de un riachuelo moviendo una batea hasta que encuentra pepitas de oro y las saca cuidadosamente para observarlas a la luz del sol, mientras, ella prepara un estofado desde la fogata. Lo ve marcando el camino, indicándolo hasta dar con las minas.

Es una vida que le gustaría. Sí, se dice, estaría bien y se queda dormida.

\*\*\*

Medio pueblo acude al entierro de Frederic Thomson. Cotilleros miserables hijos de puta, piensa James Roy. Los mira con atención e intenta estudiarlos. La madre del chico muerto chilla y es consolada por su hija adolescente. Esa debe ser la que quiere trabajar con Hattie, piensa el *sheriff*. El sacerdote lanza unas homilias y el pueblo observa en rededor del hoyo. James Roy ve a la hija de la señora Thomson abrazar a su madre; lleva un rebozo café sobre su cabeza. El *sheriff* quiere encontrarle figura al cuerpo de la chica; quiere que su mirada la haga mujer, algo más mayor, algo más deseable, pero

las faldas viejas le cubren las piernas y la cadera a la chica. El deseo de James Roy se va apagando cuando le ve el rostro compungido y doliente, sus ojos hinchados y las mejillas enjutas coloradas que, para el *sheriff*, la afean.

El sacerdote calla y el llanto de la señora Thomson arrecia porque el cuerpo de su hijo será enterrado ahora. Frederic no tiene ataúd: está envuelto en una manta de lino blanco y una mancha roja le adorna la parte de la cabeza; embalado como momia miserable y sin desangrar, aquel bulto parece haber recibido menos atención que un cerdo o una vaca en el matadero. La imagen del cadáver llama la atención por sus manchas de polvo sobre el lino y por el ligero goteo de sangre que sale por los pies y que aún sigue vertiendo como si fuera una clepsidra escupiendo un ópalo de fuego derretido en su interior.

Cuando bajan el cuerpo sin vida de Frederic, un chico rubio se lanza sobre él y cae al agujero junto con el muerto. James Roy lo reconoce como Billy Lukather, el pobre idiota del pueblo, un mudo con ligero retraso. Él y Frederic eran mejores amigos y era común verlos cazar animales a las afueras de Carrizales. Dos sepultureros sacan a Billy del hoyo y comienzan a enterrar a Frederic. Luego de aquel espectáculo patético todos los chismosos vuelven a sus ocupaciones dejando solas a la madre y a su hija. Ambas emiten rezos en voz baja. Momentos después abandonan el cementerio y Billy va cabizbajo y confundido, pisándoles los talones. James Roy las mira. Decide acercarse sombrero en mano.

—Señora Thomson, lo siento mucho. —Le estira la mano, pero lo ignora.

—¿No debería estar haciendo su trabajo, *sheriff*? —dice la madre.

—Eso estoy haciendo —responde James Roy, contrariado por el desaire.

—¿Y qué ha averiguado?

—Hasta ahora nada.

—Entonces vaya y encuentre al monstruo que le ha hecho esto a mi hijo.

La señora Thomson y su hija apresuran el paso y dejan a James Roy boquiabierto. Vieja hija de puta, piensa el *sheriff*. Entonces ve a Billy, rubio y pequeño con su sombrero roído y de su labio le escurre una baba larga y transparente. Hijo, le grita. Billy se detiene. James Roy lo toma de la nuca. ¿Te sientes triste?, le pregunta. El chico afirma con la cabeza. ¿Sabes quién le pudo haber hecho esto a tu amiguito? Billy niega con la cabeza. James Roy le estruja la nuca con fuerza y pregunta si está seguro. Billy se resiente y empieza a sollozar y James Roy lo libera. Entonces él cree que ha dado con la respuesta. El chico mudo se adelanta unos pasos y se toca la nuca y de pronto se detiene; vuelve la mirada y ve a James Roy completamente ataviado todo de negro, torvo con su rostro peludo y sudoroso. Billy hace una conexión entre su dolor en la nuca y aquel hombre. Siente miedo. ¿Qué?, le dice el *sheriff*. A Billy se le borra todo de su cabeza y retoma el camino.

Durante el resto de la tarde el *sheriff* se dedica a preguntar por la última vez que fue visto Frederic. Todos coinciden: aquella mañana vieron al chico salir del pueblo con Billy; luego vieron a este vagar por la calle solo, pero nadie reparó en nada extraño.

Hacia el anochecer, James Roy regresa con Hattie. La encuentra en la barra del prostíbulo con un borrachín. El *sheriff* se acerca a la pareja. El ebrio lo ve venir y se larga: sabe, como todos, que ella es del *sheriff* de Carrizales.

—No me gusta que hagas eso, cariño —le miente Hattie y pasa sus brazos sobre los hombros de James Roy.

—Vamos arriba, necesito hablar contigo.

Antes de subir, Hattie le habla a una de sus chicas y le dice algo al oído. En la puerta de la habitación, James Roy pasa sus narices por la espalda desnuda de su amante; absorbe su olor a jazmines mientras sus manos cruzan el vientre, llega a sus pechos y los acaricia con sus manos callosas. Sin prisa le besa la nuca. Ella se voltea y revuelven sus labios y lenguas un rato antes de pasar a la habitación.

\*\*\*

—¿Billy? —pregunta alarmada. Se apoya sobre sus brazos y mira confundida al *sheriff* que está recostado en la cama, debajo de ella.

—Como lo oyes.

—¿Billy, el mudo?

—Que sí, mierda, que sí. Billy; Billy, el idiota; Billy, el mudo; Billy Lukather.

Hattie se niega a creer que ese chico es el asesino de Frederic. Se sienta subiendo sus rodillas a la altura del rostro y las cubre con sus brazos. James Roy mira la espalda de Hattie cubierta por su cabellera y esconde su mano bajo aquella espesura negra. Ella siente la aspereza de la mano.

—Billy. Ese cabrón —le dice el *sheriff*—, ¿puedes creerlo?

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Por qué estás tan seguro? Billy es un pobre chico que no ha hecho daño a nadie.

—Hasta ahora. Todos saben que se pone violento cuando se burlan de él en la cantina de Ortiz.

—Pero es por su enfermedad, James Roy.

—Se le fue de las manos con Frederic.

—No lo sé, cariño.

—¿Confías en mí o no?

—Sí, sí.

—¿Entonces?

—Me cuesta creerlo. Es tan dulce.

—Es violento.

—Si tú lo dices.

—No es lo que diga yo, eso todo el mundo lo sabe. ¿Quieres que bajemos con tus putas y nos cuenten si han visto tornarse violento al mudo?

—Pero está enfermo.

—Enfermo o no, Hattie, es culpable.

—Entiendo.

—No entiendes nada.

—Perdón. —Hattie reflexiona un momento—. ¿Ya lo capturaste?

—Mañana.

—¿Por qué hasta mañana?

—Mandé a traer a los fiscales desde Higgins. Estarán aquí mañana temprano. Quiero que me vean hacerlo. Si todo sale bien, mañana mismo estaré allá, celebrando.

—¿Por qué quieres que te vean hacerlo?

—Así empiezan a hacerse de renombre los fiscales: solucionando asesinatos, llevando a la horca a los asesinos.

—¿Quieres ser fiscal estatal?

—Sí.

—¿Por qué?

—Estoy harto de este pueblo de mierda.

—¿Estás harto de mí?

—Tú te vienes conmigo.

—Entiendo.

—No, Hattie. Tú no entiendes nada. Ven.

\*\*\*

Se pasea por el cementerio buscando a Frederic. Tiene la intención de desenterrarlo y llevarlo a su casa. Aquel día no han salido. Lo extraña. Sin embargo, no recuerda con precisión en dónde lo han depositado y se da por vencido luego de un par de horas. El rostro de Billy parece confundido; con su boca abierta y sus ojos azules entornados intentando mirar entre la penumbra de las cruces y lápidas, siente un impulso de llorar. No lo hace y decide ir a buscar a Frederic a las afueras del pueblo. Camina bajo la noche y su cuerpo escueto y lánguido avanza por el camino hacia Higgins. La luna lo arroja con sus plateados reflejos. Emite sonidos con su boca, interjecciones que fracasan en el llamado a su amigo. Sus pensamientos no avanzan más allá del recuerdo: aparece la imagen de Frederic, breve como él, moreno como su padre con sus ojos negros de hurón; sonrío, lo abraza, lo riñe y pelean en la tierra, como hermanos. Salta en su cabeza la última vez que lo vio: duró horas buscándole, como en ese momento; habían salido a cazar y Frederic se había obsesionado con una liebre y la persiguió dejando atrás a Billy. Momentos después, en el descampado, Billy lloraba, solo y perdido. Regresó casi por instinto a Carrizales, iba solo, creyendo que su amigo lo esperaría en la entrada de la cantina, pero no estaba. Aparece la imagen del cuerpo sobre la grupa de un caballo, con el cráneo a la luz del día, descubierto y mordisqueado, aún desangrándose, entrando al pueblo. El hoyo en el que fue metido. Las imágenes no generan conexión en Billy; todo es aislado, como momentos independientes que sobreviven por sí mismos dentro de él.

Ve, azuloso en la noche, el otero que él y Frederic exploraron tiempo atrás. Se dirige hacia allá, desviándose del camino de Higgins. Al llegar, ve una mancha absorbida por la tierra que el fulgor anémico de la luna colorea de morado. Se recuesta en el manchón del suelo sin saber nada. Con su índice rasca la tierra; la uña se le llena de lodo sanguinolento y, mientras más avanza, más fresco se siente. Billy se chupa el dedo y con él sigue cavando la tierra durante un largo rato. Mientras está en ello, sin pensar demasiado, recuerda que su presencia en su casa le resulta insoportable a su madre. Cree, de pronto, que tuvo un padre alguna vez; así se lo había dicho Frederic en uno de sus interrogatorios, pues era así como se comunicaban: su amigo le iba haciendo preguntas hasta entender qué quería decir Billy.

—Todos tienen padre —le había dicho—, tú también, pero, según he oído, él se fue a la guerra y está muerto. ¿Sabes qué es morir, Billy? —le había preguntado Frederic sabiendo ya la respuesta—. Cuando alguien se muere no lo vuelves a ver jamás. Desaparece de tu vida. Sí te puedes acordar de la persona, pero a mí me parece que eso no sirve de mucho. Entonces las personas se mueren, Billy, y aquello entristece a quienes las conocieron, desde luego, porque imagina que la voz de la persona ya no se vuelve a oír, ni lo puedes tocar ni hablarle ni esperar que te diga algo. Por eso las personas, Billy, toman a sus muertos y los ponen en los cementerios, para ir a verlos cuando quieran y decirles cómo van con sus vidas desde que ellos no están. Y ahí se quedan ellos para siempre, los muertos quiero decir, enterrados en sus tumbas.

Billy cree entender ahora, mientras se come con el dedo la tierra ensangrentada con la sangre de su amigo, lo que este quiso decir aquella tarde bajo el rudo sol en las faldas del otero. Las lágrimas son tibias y le acarician la mejilla hasta

caer y perderse en el polvo. Lloro en silencio, en medio de la noche, sin nadie ni nada en la llanura indiferente. Frederic está muerto. ¿Quién lo había entendido como él? Ahora nunca escucharía su voz, ni lo vería ni lo abrazaría. Está muerto, pero él está vivo y le toca llorarlo. Así lo hace hasta que lo vence el cansancio y se duerme.

Cuando despierta todavía es de noche y escucha el aullido de unos lobos. Siente miedo. Unas gotas de lluvia le caen en la cara, luego otras y luego otras miles; rodea el otero y encuentra una cueva oscura, entra ahí, empapado y temblando de frío.

\*\*\*

No lo he visto desde ayer en la noche, dice la madre de Billy cuando James Roy aparece en la puerta. Se fue desde anoche y no ha vuelto, agrega despreocupada. James Roy no cree nada y entra a la casa empujando a la mujer. Los fiscales del Estado, desde sus caballos, observan la escena. No pueden reprimir unas risas y se echan miradas. James Roy lanza por los aires la mesa del comedor, voltea la única cama que hay en el único cuarto de la casucha, abre un ropero viejo, pero Billy no aparece por ningún lado. La humillación se incrementa porque escucha las risas de los fiscales a sus espaldas. James Roy toma de los brazos a la madre del chico y la sacude como a un almohadón al que hay que quitarle el polvo acumulado por años. ¿Dónde está, vieja asquerosa?, grita el *sheriff*. Ella responde que no sabe y que no le importa, que la deje en paz y que vaya a molestar a alguien más o que se ponga a trabajar de una vez. James Roy le suelta un puñetazo en la nariz a la mujer y esta cae de espaldas con el rostro enrojecido.

—*Sheriff Roy* —dice uno de los fiscales; el otro se apea del caballo y se dirige a la mujer, aparta al *sheriff* y la levanta. James Roy sale de la casa, preocupado y confundido; en su mirada se percibe una furia incontrolable. Mira al fiscal en su montura.

—Deme un minuto, señor fiscal —le dice y relaja su semblante—. Resolveré esto —agrega y empieza a cruzar Carrizales a paso apresurado.

—*Sheriff Roy* —grita uno de los fiscales, James Roy se detiene—, ¿sabe siquiera en dónde está su sospechoso?

—Debe estar por aquí, solo un minuto.

—¿Debe estar por aquí? —pregunta el segundo fiscal quien ha salido ya de la casa.

—Sí —dice el *sheriff*, soltando una risa nerviosa—. Esto debió ocurrir porque...

—*Sheriff Roy*, deje de humillarse —interrumpe uno de los fiscales—. Nos hace venir desde Higgins y lo único que nos muestra es el manejo de la violencia en su gestión; su pésimo cálculo al no saber siquiera cómo se desenvuelve su sospechoso y, además, comete el error de no apresarlo cuando sabe la respuesta.

James Roy, a mitad de la calle polvosa de Carrizales, ve su sombra alargarse hacia los fiscales porque el sol empieza a asomarse detrás de él. Rápidamente, no bien los rayos transparentes y ardientes aparecen, siente el calor metérsele entre las ropas oscuras. Y en su interior le hierve la sangre: se siente humillado, un perro avergonzado, un inútil, un idiota. Les da la espalda a los fiscales, como si ignorara sus palabras, y retoma el camino hacia con Hattie.

—Encuentre al asesino, *sheriff Roy*, o tenga por seguro que la destitución de su cargo se hará de inmediato —grita

uno de los fiscales. Aquella notificación llega a los oídos de James Roy, pero no se detiene y sigue su marcha.

—Hágalo lo más pronto posible, *sheriff* Roy —grita el otro.

James Roy no descifra aquello porque ya está a la entrada del prostíbulo de Hattie. Entra al edificio, resuelto, empujando las puertas batientes. Es temprano y solo el cantinero está en la barra; unos pocos ebrios están tirados en los sillones mugrientos. El cantinero saluda, trapo en mano, pero James Roy lo ignora y sube hacia las habitaciones.

Hattie, recostada en la cama, desnuda con su cabellera negra y abultada, despierta de un sueño en el que ella y la hermana de Frederic, Camila, están a las orillas de un río lavando las ropas negras de James Roy, como madre e hija sirviendo al padre; él sale de una mina al costado del río y, con su escopeta de doble cañón, les dispara y aquel estruendo se desliza desde su sueño hasta aparecer en la realidad: una patada precisa derriba la puerta de la habitación. Alterada, debatiéndose todavía entre el sueño y la vigilia, Hattie mira a James Roy abalanzarse sobre ella. Al *sheriff* se le ha dibujado en el rostro una extraña y ruda expresión que Hattie nunca ha visto: sus ojos inyectados de sangre, una mueca que le pronuncia la quijada temblorosa bajo aquellas barbas y su nariz hinchada lanzando resoplidos como un toro salvaje. Lo ve extender sus brazos y poner sus manos como garras, y su pecho arde con sus pelos al aire porque aquella maniobra le ha desabotonado la camisa. El *sheriff* pone con violencia boca arriba a Hattie que no sabe aún qué pasa. Comienza a estrangularla.

—Putade mierda, traidora, tú avisaste al mudo. Avisaste al mudo, traidora puta —grita el *sheriff* y empuja hacia el colchón a Hattie. Ella piensa, sabe, aun sin conocer toda la situación, que las acusaciones son ridículas: estuvimos juntos toda la

noche, quiere decirle pero su voz no puede aparecer con su tráquea obstruida. Una gota de sudor baja desde la frente de James Roy y atraviesa su rostro y se le junta en la barba hirsuta hasta que cae en los labios de Hattie; y la imagen del *sheriff*, absurda y mezquina, se le empieza a borrar, las facciones se difuminan; las acusaciones y vejaciones se distorsionan hacia sus oídos y le llegan como murmullos enrevesados y desordenados. Una mancha oscura va cubriendo lentamente a James Roy hasta que se cierra en sí misma.

Cuando Hattie ha perdido el sentido, James Roy la suelta; se dirige a la ventana y se asoma. Ve en la calle vacía de Carrizales a los dos fiscales alejarse por la salida norte. Escucha un alarido enloquecido a sus espaldas: una de las chicas de Hattie lo apunta con el dedo y chilla horrorizada inculpándolo de haber matado a su ama. Aún preso de la confusión y rabia que lo rodean, James Roy se dirige a la chica y la derriba.

—Nadie ha muerto, puta asquerosa —grita el *sheriff* mientras machaca el rostro de la chica a puñetazos.

Respirando como un toro embravecido, se asoma de nuevo a la calle: los fiscales siguen ahí, al final de la calle, y no se han ido; otra de las chicas de Hattie ha escuchado todo el alboroto, quizá ha visto a James Roy ahorcar a su matrona o golpear a su compañera, y ha salido a buscar ayuda que encuentra en los fiscales. Eso interpreta James Roy desde su mente enloquecida. Se le ha ido de las manos, se dice, y mira el cuerpo inerte de Hattie, desnudo, con sus pechos sueltos y los brazos y piernas extendidos; luego nota a la chica con su rostro cubierto por una masa sanguinolenta de carne y dientes. Empieza a hacer arcadas; expulsa bilis. Una vez erguido, se limpia la boca con las mangas de su camisa y le tiemblan las manos; asoma el rostro de nuevo hacia la calle: uno de los fiscales se dirige al prostíbulo. James Roy desenfunda. Baja

las escaleras y cuando ve entrar al fiscal no media palabra con él y le mete un tiro en la frente. Sale por la puerta trasera del edificio; se escurre por los callejones que hay en la división de las casas. Llega a la comisaría y toma a su caballo oscuro, fiel reflejo de él mismo, y escapa a la pradera.

\*\*\*

Ha huido de esa manera en otra ocasión. Hace 10 años, en Page, Arizona, se le había acusado de falta al deber por disparar por la espalda a un colono que se había rendido. Su delito: negarse a mover su carromato de la entrada de una de las tiendas de tela que pululaban en Page. Al igual que en la ocasión de Carrizales, sintió la amenaza de un futuro incierto: la cárcel y la horca; pensó que lo estaban acorralando y no dio tregua al habla humana: eliminó a dos hombres, compañeros suyos de la comisaría, porque creyó que lo iban a apresar. Y huyó de Arizona y vagó por el desierto por meses, alimentándose de lo que encontraba. Una vez vio el cadáver de un coyote siendo devorado por los buitres. Con la poca energía que le quedaba, se acercó a rastras, como un predador atento, pero las aves rapaces ya lo habían advertido y emprendieron el vuelo. Le quedó el cadáver del coyote. El agujero en la piel del animal dejaba ver algunas larvas y, en rededor, el pelaje seco por el sol avisaba la fecha de caducidad. Sacó una navaja y rescató la carne que pudo y se la comió cruda. No recuerda los siguientes días después de comerse al coyote. Tiene en mente a un grupo de mineros llevándolos a él y a su caballo hacia Carrizales. Vamos de pasada, le dijeron cuando él despertó; no hay más oro, nos vamos al norte antes de que empiece la guerra. Lo dejaron con el médico del pueblo. Cuando lo atendía, el galeno notó su insignia de *sheriff* pegada a su camisa; le preguntó

de dónde venía. James Roy mintió. ¿No quiere quedarse en Carrizales? No hay ley aquí, le había sugerido el médico. Él y James Roy entablarían una amistad que ahora dolía recordar, así como dolía recordar a Hattie.

No pretende volver a cruzar el desierto ni comer coyote muerto ni morir de inanición. Nadie vuelve de las minas ahora, piensa. Pero no tiene otra opción y se adentra en la llanura amplia, pálida y perlina como un caballo. Anda al paso con su animal oscuro como un jinete de la muerte y su cuerpo parece una mancha que va dejando rastro en el contraste blanco de la arena. Va esquivando los caminos transitados, metiéndose en el corazón del desierto; mira a las ratas huir de él y esconderse en las cachanillas; lagartijas y otros reptiles lo evitan de igual manera. Mientras, el aro de fuego, ahíto de llamas, expele el calor sobre su cuerpo y alarga o acorta las sombras, según atraviesa el firmamento encima su cabeza. Llega la noche; no ha comido ni bebido nada, lo único que carga su caballo son sus armas, una escopeta doble cañón y un par de navajas brillosas. Se detiene a dormir.

Despierta en la madrugada, sediento y famélico. Piensa en Hattie. ¿Habría muerto?, se pregunta, y la siente en las sienas retumbándole la testa como un recuerdo fresco, con sus labios gruesos y nariz respingada, sus manchas de varicela sobre la piel blanca, sin aire y con sus ojos casi saliéndose de las órbitas. El hambre lo distrae de nuevo y otea el horizonte y ve un resplandor a la lejanía. Como si de una respiración se tratase, una mancha anaranjada sube y baja en medio de la madrugada azulada. James Roy cree que lo mejor es alejarse de los humanos, pero el recuerdo del sabor del coyote podrido le hace cambiar de parecer. Emprende el camino hacia la respiración naranja.

No ve a nadie en la cercanía. La luz del sol ahora deja ver la larga trenza de humo elevándose sobre el cielo resplandeciente de la mañana. Es un incendio. El yacimiento está abandonado. Se acerca más y nota que de pronto al animal le cuesta seguir el paso porque en el suelo hay fango. James Roy desmonta y empieza a rascar la tierra enlodada; luego de un rato, al fondo del agujero aparece un círculo plateado, ligero y fluctuante en el que James Roy se ve reflejado. Se inclina más y alcanza a mojar los labios con el agua rescatada; tiene el rostro enlodado. Sigue cavando hasta que salva de entre la podredumbre una sola palma de mano de agua. No hay más. Sigue hambriento, pero puede continuar. Monta al caballo, cansado como él, y se acercan más al yacimiento.

James Roy despeja sus dudas: no hay nadie. El incendio se ha debilitado y se adentra más. Atisba un cuartucho al fondo del yacimiento, se acerca a él y busca algo que le pueda ser de ayuda. No encuentra nada. Una bomba de varilla enana está derribada y en el fondo una especie de pozo rectangular guarda sus restos. James Roy intenta mover la madera, pero es demasiado pesada. Asoma la cabeza al fondo del pozo y nota su hondura de no más de dos metros y medio. Si se sumerge en él, cree que puede salir escalando por las maderas clavadas en las paredes al interior de la estructura. Se abre espacio entre los maderos y entra; el charco de petróleo al fondo sobrepasa un poco sus tobillos. Allí no hay nada más que la negrura del líquido espeso esparcida por las paredes y el suelo. Sale, embarrado del petróleo, y reflexiona si es viable quedarse ahí unos días, cazar algo en rededor y resguardarse en el pozo. Tiene su mano derecha en la cintura y se come la uña del pulgar de la mano izquierda. Escucha gritos a lo lejos. Entra en pánico y desenfunda. Busca un lugar alto en el que pueda tener una mejor vista del sonido que se acerca.

Escala los restos de la bomba de varilla y llega a la cabeza del martillo y se para en la cima. Nota a un grupo de hombres acercarse bajo la indiferencia solar y enfilarse hacia él sobre el accidentado terraplén que rodea al yacimiento y desde donde los mira detenidamente. Vienen por mí, piensa. Decide esconderse en el pozo. Antes de entrar ahuyenta a su caballo con dos palmadas en las grupas y el animal sale corriendo. Entra de nuevo al pozo.

Desde ahí los escucha acercarse. Con cuidado apoya su pierna izquierda en uno de los maderos en las paredes rectangulares del pozo, después se sujeta con sus manos en el siguiente madero y lentamente asoma su cabeza y sus ojos para por fin ver a los hombres. Dos son jóvenes, parecen ser gemelos. Lo que ve en el animal lo deja helado. Pela los ojos, se inunda de ira: Billy, en la grupa del caballo de un mexicano, va chupándose el dedo. James Roy se agazapa en la oscuridad del pozo debatiendo qué hacer. Decide quedarse escondido, una palabra a esos salvajes y lo aniquilan. Escucha al caballo pasar a un lado del pozo. Luego de un rato cree que se han ido y repite la maniobra para mirar en secreto al grupo, ellos siguen ahí, rodeando el cuartucho solariego. El madero en el que está subido se desestabiliza y termina soltándose de la pared de barro del pozo. James Roy cae hasta el fondo del charco. El ruido ha retumbado en el silencio del yacimiento. Sabe que irán por él. Entonces se le entrecruza la salvación como un rayo aislado en el vacío del llano: se desnuda y esconde sus ropas al charco de petróleo.

La locura, piensa James Roy en un arrebato de agudeza mental, es un estado de neutralidad en donde no podemos ser jueces del otro. Escucha que empiezan a retirar los pesados maderos que lo cubren. La luz se hace al fondo del pozo y James Roy comienza a gritar cosas ininteligibles.

Minutos después, cuando el grupo ha retomado el camino abandonando a aquel loco a su suerte, James Roy sabe que tiene que ir a Higgins y buscar a Nicholas Brumen. No perdonará a Billy, el mudo, por humillarlo de aquella manera en Carrizales.

\*\*\*

Ambas han sobrevivido a los ataques de James Roy. Los oficiales han llegado desde Higgins y todos coinciden en que cancelarán el prostíbulo. Las chicas, sin guía ni dueña a la cual acudir, obedecen y comienzan a empacar sus cosas. Hattie ha despertado esa mañana. Una de sus chicas ha hecho guardia toda la noche y la ve abrir los ojos. Emocionada la toma de la mano y le dice que todo está bien; luego le pasa una crema debajo de la barbilla y sigue hasta el cuello. Es para el dolor y para quitar las marcas, le indica a Hattie.

—Hermosa —dice Hattie a la chica—, ¿en dónde está James? —Su chica la mira con lástima y le pregunta si no recuerda nada. Para la matrona, lo ocurrido horas atrás ha sido parte de su pesadilla en donde las sombras le han ganado a la razón o a la lucidez para aparecerse en la realidad; cree ella que, eventualmente, todo tendría que volver a su sitio porque los sueños son temporales, al igual que las pesadillas.

—No sabemos dónde se ha metido James Roy —le responde la chica mientras pasa una venda por el cuello de su ama y después la recuesta en el almohadón.

Hattie escucha los ruidos de la mudanza: cajas de madera estrellándose en el suelo, órdenes de hombres y pisadas que bajan y suben las escaleras. ¿Qué está pasando?, pregunta, y la chica cuenta todo lo que ha ocurrido, desde el escape de Billy hasta el asesinato del fiscal de Higgins. Detiene su relato

y le señala con el mentón un cuerpo que está a su lado y que Hattie no ha advertido: con la cabeza cubierta de vendajes y compresas, una chica lucha por respirar; las vendas han sido colocadas con la intención de que su mandíbula sumida y rota no se mueva de su sitio y empiece a recuperarse; en el único espacio libre de vendas parece que los labios hinchados y los párpados destrozados van a reventar por la presión. Hattie mira horrorizada a su niña y comienza a llorar.

—Señora —le dice la chica que la ha cuidado—, James Roy la quiso estrangular, pero no pudo matarla. Además, por todo lo que ha pasado, los agentes de Higgins van a cerrar el lugar. Están las carretas afuera, nos quieren llevar a Higgins.

¿A Higgins?, se pregunta a sí misma Hattie. La palabra le trae las imágenes de fantasía que se ha ido bordando en su interior desde que James Roy le propuso irse de Carrizales. Lo visualiza ahora con el rostro desencajado, intentando sofocarla hasta matarla; lo imagina violento machacando a golpes a su chica. Se le cruza como un recuerdo su violencia y desenfreno en el acto amoroso, el goce de ambos amantes desde el día en que cruzaron miradas, las bromas y el desprecio a los pobladores, su manía por el orden en la habitación en la que se había ya instalado desde hace varios años, su indiferencia por sus penas y preocupaciones, la insistencia de forzar su regla cada dos o tres meses cuando él sospechaba que podría quedar embarazada, a pesar de que ella deseaba estarlo —cuando el *sheriff* de negro estaba por terminar, ella lo retenía, lo hacía sin darle tregua a sus caderas porque ella pensaba que sería buena madre, porque con toda su experiencia podría guiar por el buen camino a aquella nena o nene que creciera en su interior, fruto de la pasión y cariño que sentía por James Roy—, y el miedo de este al compromiso y a la responsabilidad porque una vez le dijo que no quería atarse

más al mundo y, si pudiera decidir, decidiría que nunca un ser humano más apareciera en la Tierra porque en ella estábamos todos condenados al martirio y al fracaso moral y a vivir entre la podredumbre y el desorden y, si no quería creerle, que se asomara por la ventana o que bajara al prostíbulo o que pusiera su oreja en las habitaciones para escuchar los ruidos más denigrantes y absurdos y ridículos de todos los animales en el mundo, porque somos la única especie que está atada a la razón y al entendimiento, pero que eso nos hacía más trágicos y ridículos en nuestras formas de vivir nuestras vidas.

Hattie recuerda aquello y, aturdida ante la mar de las nuevas noticias, se limita a asentir con la cabeza y tiene sus labios entreabiertos, lo que le da una vaga imagen de confusión y resignación. Se inclina un poco sobre la chica golpeada y le besa la frente y le repite que todo saldrá bien. Todo saldrá bien.

Hacia la tarde, dos carretas rechinantes llevan a 12 mujeres hacia Higgins y otras dos llevan sus pertenencias. En el último de la diligencia va Hattie, a orillas del madero, como despidiéndose de Carrizales. Escucha su nombre entre el traqueteo de los vehículos; resuena de nuevo aquella jota que roza el paladar y las vocales la intentan suavizar y luego el choque de la punta de la lengua con los dientes que se remata con la inocente *i*; y ese rumor vuelto mujer voltea hacia el llamado cobijado por un ruego. Es Camila, la hermana de Frederic, y lleva consigo un costal de tela abultado. Las oculta el silencio a las dos mujeres, mientras la chica camina detrás de la carreta de Hattie. Chofer, grita la matrona, deténgase. Ella se inclina y toma del antebrazo a Camila y la sube consigo a la carreta. La lleva abrazada porque Camila llora por el destino que le ha tocado vivir.

\*\*\*

Las meten en una cabaña en donde flota un aire nauseabundo que golpea a Hattie como una masa transparente al entrar. Sabe que no será más la jefa, eso le da cierta tranquilidad, pero entiende, al mismo tiempo, que ha perdido todo y solo le quedan sus chicas. Tiene también a Camila que no se le despega desde que salieron de Carrizales. En la cabaña hay tres habitaciones por las que se reparte una decena de chicas; a la entrada hay dos sillones de madera con unos cojines verdes, flacos y desgastados, sin algodón que solo sirven de ornato porque no son más que tela; frente a esos muebles ajados hay una ventana y una cortina amarillenta cae sobre ella evitando la mirada de los viciosos, aunque deja espacio para la luz del día. A un lado de aquella sala están la mesa cuadrada, cuatro sillas de madera y una estufa de hierro fundido con su vientre abultado y abierto y, a sus pies, los leños con los que la alimentan. Al fondo, un pasillo corto que da a las habitaciones: dos a la izquierda y enfrente de estas la restante; al final del pasillo una puerta remachada conduce al patio. Debido a la hora en que llega Hattie con sus chicas, la mayoría de las prostitutas de Higgins están en el cuarto de la derecha lavándose sus vaginas porque ese día el médico ha ido a revisarlas; este está en otra habitación con una lupa y le pide a la paciente en turno que abra los labios menores y aguza el ojo y busca, hasta donde le permite el aumento, cualquier mancha, salpullido o grano que delate herpes u otra anormalidad. Cuando termina, el médico le toca la rodilla y la mujer deja caer las enaguas y se sube sus pololos.

—¿Te has puesto la crema? —pregunta el hombre preocupado.

—Sí, doc, como usted me ha dicho.

—Entiendo. Sigue poniéndotela.

—Sí, doc.

—Oye, dile a tus amigas que deben lavarse.

—Lo están haciendo, doc, aquí a un lado.

—¿Y el ruido de afuera?

La mujer se encoge de hombros y menea brevemente la cabeza.

—Dile a la siguiente que venga —manda el médico.

La mujer se dirige a la puerta y el médico la sigue, curioso por el cuchuceo. Sale y ve a una docena de chicas ansiosas, descuidadas, enfermas y confundidas que nunca ha visto antes. Hattie, al frente de todas ellas y con Camila de la mano, mira al galeno, calvo como un huevo y de cara rechoncha, y sus chapetas en las mejillas le dan un vago toque de paciencia y amistad. Sobre sus anchas narices, unos anteojos circulares le resguardan sus ojillos vagos y avezados. Toda la imagen del médico le da una confianza brutal a Hattie:

—Señor —le dice en tono de súplica—, ¿sabe si se encuentra aquí Verónica Gibbons? ¿La conoce usted? —Lleva de la mano a Camila.

El médico ve a aquella mujer de tez muy blanca con alguna que otra marca en sus mejillas por una varicela infantil, sus ojos son redondos y penetrantes y dibujados de un verdor profundo; el mentón cuadrado, duro y pronunciado que parece proteger sus labios ovalados y carnosos, y su nariz recta y pequeña le suaviza todo el rostro. Hattie, con su sombrero de ala ancha cubre su cabello espeso, oscuro como un firmamento sin estrellas, recogido en un chongo que asemeja a una espinela redonda y preciada. Una belleza a todas luces, piensa el médico. Pero a su lado está la adolescente que contrasta en aspecto: está como escondida bajo el manto de seguridad que irradia Hattie, se aferra a su brazo; la redecilla en la cabeza está desgastada y sus cabellos salen desmarañados por los agujeros; en su rostro como chupado le resaltan sus

labios delgados y la nariz aguileña; los ojos oscuros abiertos miran al suelo escondiéndose del escrutinio de su rededor.

Recuperándose del impacto de la imagen de Hattie, el médico le pregunta por el vendaje en su garganta. Entonces mira a la chica en el sillón con las extrañas compresas en toda su cabeza; alarmado, ordena que la lleven de inmediato a la habitación de las consultas. Dos de las chicas de Hattie toman a la mujer y la meten a la habitación. Hattie le repite la pregunta al médico.

—Sí, mi señora, sí la conozco y según entiendo ella está en sus aposentos, durmiendo aún. Pero antes que otra cosa, mi señora, venga conmigo.

Con paciencia, el médico lleva a cabo sus auscultaciones durante toda la tarde. Le dice a cada paciente su nombre a modo de presentación para generar confianza: se llama Angelo Rizzo, es el médico de Higgins. A la chica masacrada por James Roy, el doctor Rizzo le cambia las vendas con delicadeza, la revisa con atención y le da un par de pomadas y una cucharada de jarabe que se cae por los labios de la mujer porque no puede controlar su mandíbula, pero al final traga el líquido con intensos dolores. A Hattie le pasa ungüentos y lociones sobre el cuello. Rizzo no puede reprimir una emoción y aquello lo angustia. Revisa a cada prostituta de Carrizales y va descubriendo que la mayoría tiene infecciones, algunas en estado avanzado. Se entera, conforme van pasando las mujeres, de la razón por la que han llegado ahí y se pregunta si aquella crueldad ha sido realmente necesaria. Habla con Hattie y le sugiere que algunas de sus chicas dejen ya el oficio, que las envíe al servicio de cantina y de mesas o que atraigan a los clientes a las afueras del burdel, pero nunca más pueden dar servicios como prostitutas. Ganarán menos, coincide Rizzo con Hattie mientras se acomoda los anteojos,

pero vivirán más tiempo y evitarán propagar enfermedades en Higgins. Hattie asiente con la cabeza.

—¿Y esta nena? —pregunta el doctor Rizzo mirando a Camila.

—No —dice Hattie—, ella no.

—¿Cómo dice?

—Ella no trabaja conmigo. Es mi ahijada.

—Eso no importa, señora mía. Es evidente que hay que hacerle una revisión.

Hattie sabe que el médico tiene razón. Hágalo, le dice. Está desnutrida, confirma el médico. Momentos después aparece Verónica Gibbons, la matrona del burdel de Higgins, por la puerta de la habitación. Se detiene un momento en el marco de la puerta y observa el panorama de Hattie, el doctor Rizzo, la pobre muchacha golpeada y Camila. Su figura es imponente: de casi dos metros de altura, rubicunda y correosa, con el rostro sereno y sus ojos azules y rasgados observándolo todo como vigilando, y aquella cara delicada con su nariz respingada que parece desentonar con el resto de su cuerpo. Lleva un corsé sencillo y, encima de sus hombros, una capa con grecas interminables; en la parte inferior, sus enaguas sin crinolina le abultan las piernas y caderas y, a cada movimiento, los cientos de flecos que la adornan se mueven como dedos ligeros. Ataviada toda de un color granate intenso. Sin mediar palabra, Verónica se acerca a Hattie y la abraza. Me han informado de todo, le dice. Hasta entonces la matrona de Carrizales puede llorar.

El doctor Rizzo, sabiendo que las mujeres no se conocían antes, las deja solas en la habitación y aquello que escuchó y vio lo deja pensando largo rato. Verónica, sin haber visto antes a Hattie, ya le había ofrecido casa y trabajo en el burdel; sin saber cómo eran las chicas ni cómo era Hattie, las había

ya acogido y aquello era un símbolo de bondad. Pensó que esa extraña hermandad entre las prostitutas debía esparcirse también entre los hombres. ¿Qué hay en esas mujeres para que exista ese respeto? ¿Vivir vidas similares acerca a los seres humanos?, se pregunta en silencio antes de entrar a su consultorio. Echa un vistazo a la calle central de Higgins, anegada de fango, putrefacta con sus animales, el ir y venir y los mineros y los viajeros, los comerciantes y los carromatos, las prostitutas y los ebrios siguiéndolas, los perros rascándose los lomos por las pulgas, la vida lenta y furiosa a un tiempo. Entonces abandona la idea de hermandad.

\*\*\*

Le habló toda la noche. Le dijo que solo sería una vez y, una vez hecho, la regresaría a Carrizales con su madre. Un hombre, le dijo, pagará mucho dinero por una virgen. Con el dinero, le decía como consolándola, puede empezar de nuevo con su madre fuera de aquel mundo. Le explicaba cómo sería, cómo debía comportarse, que sería doloroso, pero también sería temporal porque nada dura para siempre. Estaría ahí para ella, cuidándola a las afueras si así lo deseaba. Muerta de miedo, Camila escuchó atenta a Hattie.

A la noche siguiente, Verónica Gibbons les presenta al cliente; el tugurio está abarrotado y ruidoso y el humo las cubre, y de entre él aparece un hombre grasiento, de bigote ralo, obeso, con la frente aperlada por el sudor que le escurría sin tregua.

El señor Ibáñez, les dice la matrona Gibbons, es un cliente común. Ella es Camila, señor Ibáñez, sé que cumplirá con sus expectativas. El hombre le extiende un sobre con dólares a la alta mujer y sube a las habitaciones con la chica que tiembla

de terror. Hattie quiere seguirlos, pero Verónica la detiene; abre el sobre, cuenta los billetes y le da una parte a Hattie. ¿Es suficiente?, pregunta la larga mujer. Nada lo es, responde Hattie.

—Quédate por aquí, Hattie, atiende a algunos clientes. Despreocúpate por un momento, corazón. Mira, el doctor Rizzo está ahí. Ve con él, nunca viene y está aquí por ti, estoy segura.

Hattie lo nota en una mesa, solo, con un vaso vacío. Sus anteojos se le resbalan de las narices porque transpira sin cesar. Está nervioso y lanza de cuando en cuando miradas en rededor como para reconocer en dónde se ha metido. Decide irse y regresar al consultorio y reprocharse su breve salida al mundo, pero antes de ponerse de pie, mira a Hattie acercarse: lleva ahora una camisa Garibaldi desabotonada hasta los pechos, aunque sus aureolas rosas no alcanzan a asomarse; con un chongo alto y dos rizos cayendo sobre las sienes dirige su firme mirada al médico quien parece estar frente a una aparición divina. Hattie lo intuye. Camina bajo la luz temblorosa del burdel y las sombras y los contrastes a sus espaldas la pintan, a ojos de Rizzo, más bella de como la recordaba. Cuando está frente a él, le pregunta si puede sentarse. El médico se pone de pie y le estira la silla y Hattie toma asiento. Dos tipos inmundos ven la maniobra del médico y gritan que está con las putas, no con señoritas. Rizzo finge no escucharlos y pregunta a Hattie cómo sigue de su herida.

—Mejor, doctor Rizzo. Gracias. —Rizzo asiente con la cabeza y posa su mirada en su vaso vacío—. ¿Viene mucho por aquí?

—No —responde—. Solo me aproximo acá para revisar a las chicas. Yo no...

—No se preocupe, doctor Rizzo.

—Llámeme Angelo, señorita Hattie.

—Usted puede decirme Hattie, o como usted guste —dice Hattie al momento que mira hacia el balcón en donde está Camila pasando lo que probablemente es la peor experiencia de su vida.

—Hattie —dice Rizzo—, quisiera preguntarle una cosa, pero temo ofenderla.

—Sí, doctor Rizzo, sí puedo estar con usted, pero deme unos minutos, por favor. Estoy esperando a alguien muy importante para mí.

—¿Estar conmigo? —pregunta el médico confundido.

—Sí, o lo que sea que usted quiere que le haga. —Ella mira hacia el balcón.

—¿Hacerme? ¿Dice usted acostarme con usted? No. —Nota que Hattie no deja de voltear a las habitaciones del segundo piso—. No —repite—, le quiero preguntar por qué hace lo que hace, ¿nunca recibió una propuesta de matrimonio?

La mujer deja de vigilar un momento y mira al médico frente a ella, con sus grandes cachetes y sus anteojos redondos como un plato y su sudor imparable. En este mundo, sin padres ni fortuna, ¿qué opciones tenía?

Rizzo nota cómo los ojos verdes de Hattie se han entornado al devolverle la pregunta y aquella mirada le decía también a él que no dejara que la ingenuidad le ganara el juicio. Sin embargo, pregunta:

—¿Nadie se enamoró de usted antes de que pudiera entrar a este mundo?

—Doctor Rizzo, el hombre que he amado me quiso matar. ¿No sabe en dónde estamos parados?

Al decir aquello, Hattie siente que James Roy la ha poseído por un segundo y quiere apartarlo de sí. Sabe, además, que el médico es inocente: no tiene la culpa de que ella haya nacido como bastarda, ni que su madre y sus tías hayan sido asaltadas

cuando su caravana se dirigía al norte para buscar protección, ni tiene la culpa que a los 12 años una tía, única sobreviviente de la emboscada, la haya vendido a un grupo de prostitutas viajeras; tampoco Rizzo sabe que a los 13 se escapó del primer tugurio en el que trabajó y llegó a Carrizales a los 15 y se relacionó con Lucy, la matrona que se enamoró perdidamente de ella y le dejó todo cuando murió, y, como era inocente, Rizzo no podía saber que Hattie se enganchó desde el primer día a James Roy, cuando este fue a presentarse al burdel que ella llevaba manejando siete años, porque James Roy la protegió desde el día uno y debía reconocer que, desde que le extendió su mano enguantada, ningún ebrio se sobrepasó con ninguna de sus chicas y ninguna terminó muerta como había ocurrido en sus años previos manejando el prostíbulo; porque aquel hombre barbado, vestido siempre de negro, podía ser despreciable en muchos sentidos y era a todas luces un ser egoísta que menospreciaba a todo y a todos, ella misma, pensaba de pronto, estaba también en aquel saco de desprecio y abandono, pero, a pesar de eso, él podía mantener a raya a Carrizales; ella nunca supo cómo lo hacía porque solo contaba con un ayudante, que de ello tenía poco, y así pudo controlar por 10 años al pueblo antes de que perdiera el control. Rizzo no sabe nada de eso; no se imagina, piensa Hattie con sus ojos verdes mirando a la nada entre el humo y griterío de la gente en su rededor, que su amor por James Roy seguía latiendo en su pecho y entre sus piernas, bajo las faldas, porque desde un principio su relación se concentró en hacer el amor a todas horas, todo el tiempo y, a pesar de eso, James Roy nunca desembolsó un centavo porque ella lo amó desde que lo conoció; además, recuerda, él nunca quiso pagar nada porque, al segundo día de tomar su cargo como *sheriff* de Carrizales y un día después de presentarse ante ella para decirle que

estaba ahí para protegerla, él llegó con un ramo de rosas rojas para ella y ella pensó que de dónde había sacado eso porque no había rosas rojas en la zona y, con ese detalle, él ya tenía la mitad de su corazón y de su atención porque para todos no era más que la matrona, la puta mayor de Carrizales, pero, ante los ojos del *sheriff*, se había transformado en una mujer hecha y derecha, deseada y querida de pronto, como cualquier otro ser humano normal; y la otra mitad de su corazón lo ganó James Roy cuando se acostaron la primera vez, porque no fue violento, la trató con delicadeza y, cuando la penetraba, no lo hacía como lo haría años después, violento, molesto, sin mirarle el rostro y solo jalándole su oscura melena, y aquello era una antesala para el último día que lo vería y que todo se tornaría oscuro y cruento.

Hattie se da cuenta de que se ha perdido en sus recuerdos y nota al galeno, como apenado, que sigue atento a su vaso vacío, haciéndolo bailar con su mano en su propio eje.

—Perdone —le dice Hattie.

—No tiene por qué disculparse, señora mía. Yo entiendo que a veces la vida...

Hattie ya no escucha nada. Ve a dos gemelos atravesar el humo, la pianola y el tumulto. Los ve subir a las habitaciones, decididos y sin mediar palabra con nadie. Patean la primera puerta de las tres habitaciones que puede ver ella desde su sitio a un lado de Rizzo. Los gemelos se quedan parados un momento en el dintel de la puerta, luego se dirigen a la segunda habitación. Repiten la escena y se escucha un grito. Dejan a los amantes dentro. Entonces van a la última puerta. Hattie se pone de pie. Les grita algo, pero el ruido del lugar ahoga sus palabras. Lo mismo: patada, silencio, más rato bajo el dintel, más tiempo para reaccionar. Mira a los gemelos apuntar con sus armas al interior de la habitación en donde está su Camila.

En pánico, Hattie se intenta abrir paso hacia el segundo piso, pero los hombres alcoholizados le impiden avanzar y aprovechan para tocarla; Rizzo la sigue, extrañado, preguntando qué ha pasado. Resuena el primer disparo y el camino se abre ante Hattie porque comienza la huida de todo el mundo; luego otro tiro; para el tercero, a Hattie ya se le ha vaciado el alma y su tez blanca es casi transparente. Siente unos brazos rodearle la cintura y jalarla hacia las afueras del burdel: es Rizzo, la arrastra y los botines de la mujer patalean y arañan el piso. Suélteme, le grita Hattie, suélteme, y entonces ve a su niña salir de la habitación siendo víctima del pavor y la repulsión totales, corre desnuda, flaca como un galgo buscando a su amo. Hattie se libera de Rizzo y quiere subir hacia Camila, pero la enorme Gibbons la vuelve a apresar y la jala hacia la salida trasera del edificio; ahí están las prostitutas en grupo, a punto de emprender la huida. Camila llega a ellas y todo su esquelético cuerpo tiritita y vibra como una parca rama al viento, y no es sino hasta que Hattie la arroja que puede soltar un frenético llanto. Las chicas la rodean mientras Gibbons abre la puerta trasera. Uno de los gemelos se abre paso entre las mujeres, dice unas palabras que nadie entiende y le mete un tiro en el estómago desnudo a Camila.

Hattie no recuerda nada más después del asesinato. Sabe que nunca encontró, a pesar de sus gritos de desesperación, al doctor Rizzo esa noche en el burdel porque él había huido. Sabe también que recordó, mientras se le desangraba Camila en los brazos, las palabras de James Roy y las sintió como un augurio siniestro.

## V

**ESTÁ DISPUESTO A TORTURAR** a aquella mujer para sacarle información hasta que ve a la nena salir de la habitación.

Había dado con Leonor Ibáñez por la información que cayó en él, casi sin querer, horas antes. Después del fracaso en la captura de Billy, James Roy volvió a Higgins para reencontrarse con Brumen y avisar lo sucedido: todos muertos. A la entrada de la hacienda lo recibió un capataz y le prohibió el paso. He venido a ver al señor Brumen, había dicho el *sheriff* pensando que la confianza y el lazo entre ambos después de comunicarle del plan de los hermanos seguían intactos. Sin embargo, el empresario ya no quería saber más del asunto: si vuelve aquel mugroso, díganle que el contrato ha quedado sellado y que estamos a mano. El contrato se resolvió días atrás con un apretón de manos entre James Roy y Nicholas Brumen, y consistía en que el primero le daría la información necesaria para evitar el robo y además él sería un guardia para sus hombres; a cambio, Brumen hablaría con las autoridades de Higgins para quitarle el cargo de asesinato a James Roy. Conseguir esto último era sencillo

para el magnate, sin embargo, el empresario nunca habló con nadie sobre James Roy.

El *sheriff* insistió con el capataz, pero este se limitaba a repetirle que si tenía que decirle algo a Brumen se lo dijera a él. James Roy lo miró y habló:

—Bien —dijo—, todos están muertos.

—¿Todos? —preguntó el capataz con su rifle atravesándole el pecho.

—Todos.

El hombre guardó silencio, como pensando en sus compañeros, en los guardias y en los hermanos Ibáñez.

—¿Qué hay de los hermanos?

—Muertos también —mintió James Roy.

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento por su pobre madre, de la noche a la mañana sus hijos enloquecen, matan al padre y terminan muertos.

—¿Cómo dice? —preguntó James Roy con una emoción contenida.

—Como lo escucha, la noche anterior al atraco, los hermanos mataron a su padre en el putero de Gibbons. Mataron también a una chica y a un hombre.

—¿Y su madre?

—¿Qué con ella?

—¿Está viva?

—Sí, vive aquí la pobre, en las casuchas de la salida hacia el río.

James Roy no dijo nada al capataz antes de irse para atravesar Higgins, confiado en que Brumen había cumplido su parte del trato. Se dirigió hacia el río Deer que bordeaba la montaña que cobijaba a Higgins y que pertenecía a Brumen. Antes de la salida vio cinco cabañitas, todas cerca unas de otras, apiladas como un montón de piedras, tan tristes como

disparejas en estructura y forma. No supo cómo descifrar aquel acertijo de tocar a la puerta correcta, así que empezó al azar. Golpeó la madera con su puño y notó que un gozne estaba suelto y la puerta cedió: la casucha estaba vacía y una perra con sus crías le ladraba desde la oscuridad con los pelos erizados. James Roy salió a la calle y se paró en medio del polvo y paseó su mirada por aquellas cabañas anquilosadas. Miró a su izquierda y a la distancia vio a un adolescente acercarse, llevaba una caña de pescar y un cesto de mimbre colgando del brazo. Cuando lo tuvo enfrente, James Roy lo saludó con la cabeza y le preguntó si iba a pescar al río. Sí, señor. El *sheriff* se mostraba impaciente y lanzó si conocía a los Ibáñez. El chico lo miró con desconfianza y movió la cabeza para afirmar y agregó un “sí, señor”. ¿En dónde viven?, preguntó James Roy. El chico le apuntó con la barbilla a la última cabaña antes de abandonar el camino hacia el río.

—Bien —le dijo el *sheriff*—. Suerte en la pesca.

—Gracias, señor.

James Roy lo vio alejarse camino abajo y luego fue hacia la casucha que había indicado el chico; se detuvo a unos metros de la entrada y vio varios maderos apilados en el techo plano de la cabaña y varias lonas los cubrían; en el frontis había solo una ventana sin vidrio porque James Roy notaba cómo el viento jugaba con una cortina blanca como un fantasma que entraba y salía de la ventana. Varias manchas verdosas como setos pululaban en todo el frontis, cubriendo de moho y humedad a la cabaña; no había chimenea ni otro elemento destacado en torno a aquella pobreza y solo, tal vez, una mula gris y descarnada, que esperaba paciente amarrada a la tierra con un anillo de acero oxidado, podría pasar como propiedad de algún valor en aquella ruindad. Cuando el *sheriff* dio un paso hacia allá, un perro sarnoso le saltó y empezó a ladrarle. James

Roy se sobresaltó, luego lo pateó y el animal se fue chillando, dejando libre la entrada.

Golpeó con el puño una vez más. Escuchó ruidos dentro de la casa y luego vio la figura de aquella mujer ante él: su cara huesuda le pronunciaba los ojos café, pero sus labios seguían gruesos en su boca circular; el cabello recogido le daba más edad y su cuerpo, que aún conservaba algo de encanto juvenil, se cubría con una pagoda rojiza y descolorida. Se quedaron mirando un rato.

—Me llamo Leonor —le dijo la mujer a James Roy.

—Soy James Roy —contestó contrariado por la soltura de aquella afirmación por parte de la mujer.

—¿Ya enterraron el cuerpo? —preguntó Leonor. Pensaba que James Roy era uno de los sepultureros de su marido muerto.

—No sé de qué me habla.

—¿No viene por mi esposo?

—No, señora, vengo por lo de sus hijos.

Leonor tomó a James Roy del brazo y lo metió a la casa; antes de cerrar la puerta, echó un vistazo a la calle vacía.

—¿Lo mandaron ellos? —preguntó Leonor, ilusionada y juntando sus manos y poniéndolas en su barbilla. Sonrió.

—Sí —dijo parcamente James Roy colocando su mano en el revólver. Entonces ve a la nena.

\*\*\*

La presencia de la niña enturbia cada acción posible de James Roy. Van madre e hija en la mula y James Roy las dirige. Es necesario cruzar el centro de Higgins para después tomar la vereda que da a la ranchería de los McDonald; hacia allá se encaminan en silencio.

Minutos atrás, Leonor le había preguntado a aquel hombre de negro si ya debían irse y James Roy había asentido con la cabeza sin saber qué estaba afirmando. La mujer fue a la habitación y dejó sola a su hija con el desconocido. James Roy se quitó la estrella de *sheriff* discretamente y se la guardó en los pantalones. Miró a la niña desde arriba y vio sus dos trenzas al costado de su cabeza pequeña y morena, las cejas gruesas casi se le juntaban en la frente haciéndose una sola, ojos grandes y vivos y oscuros, pestañas largas que se movían como aleteo de mariposas en cada parpadeo de la niña. Llevaba una tela verdosa encima que estaba torpemente confeccionada y que aspiraba a ser un vestido. El rostro de la nena a James Roy le recordó a los Ibáñez porque ella era morena como sus hermanos parricidas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con severidad el *sheriff*. La nena lo miró con sus ojos redondos.

—Leonol —respondió ella sin poder darle su dureza a la erre.

—Sin imaginación, eh —alcanzó a decir James Roy—. ¿Cuántos años tienes? —La nena le mostró la mano derecha y apoyó su pulgar sobre la palma de la mano y con los cuatro dedos elevados le respondió al *sheriff*. James Roy pensó que tal vez esa era la edad perfecta para morir: sin demasiadas penas acumuladas, solo con una ilusión diaria ante el insólito mundo que se va aprehendiendo en la vaguedad de la existencia, sin haber conocido el amor ni la muerte ni el mal, paseando como un animal ignorante de sí mismo, una cosa entre las cosas sin mundo ni destino ni fe, no la han rozado los falsos amigos ni el odio. Sí, piensa el *sheriff*, luego dice en voz alta—: la edad perfecta.

—¿Cómo dice? —preguntó Leonor que ha vuelto con una maleta y un fardo sucio en las manos. James Roy volteó a verla y se acercó para tomar los bultos que cargaba la mujer.

—Nada, señora —le dice el *sheriff*; luego la miró a los ojos—. Señora.

—Dígame.

—¿Sería tan amable de recordarme nuestro destino? —Leonor le extendió en el rostro la carta que le han dado sus hijos. James Roy, con las manos ocupadas por el equipaje, leyó el papel arrugado que le puso en los ojos la mujer y notó las faltas de ortografía y las sintió como torpezas propias de salvajes. Sonrió aún más—. Perfecto —dice y los tres se dirigieron a la salida.

—¿Y su caballo? —Fue lo primero que preguntó la mujer al salir de la cabaña.

—Lo he perdido —mintió el *sheriff*—. Me lo robaron los comanches —agregó.

—Pero Panchita no podrá llevarnos a los tres —dijo apenada.

—¿Quién es Panchita?

—La mula. —Y la mujer apuntó al animal escuálido y demacrado que seguía enganchado a la tierra.

—Yo las dirijo —replicó el *sheriff*.

—¿No nos tardaremos más? —preguntó con la misma aflicción la mujer.

—Para nada. No estamos tan lejos, ¿cierto?

—No, estamos a media jornada, pero sí tenemos que llegar a tiempo.

—No se preocupe, Leonor. Llegaremos.

—Bueno —dijo ella y se montó en la mula que resintió el cuerpo de la mujer a pesar de ser liviano como la paja, y, cuando James Roy puso los bultos en la grupa, el animal

parecía venirse abajo, pero se repuso y siguió las indicaciones del *sheriff*.

Y ahí iban, callados y reflexivos. James Roy piensa en cómo deshacerse de Leonor sin que se dé cuenta la niña y, si lo logra, qué hará con ella. No piensa en quitarle la vida, pero tampoco quiere hacerse cargo de ella ni dejarla a su suerte en el yermo solitario. Lo único que tiene claro James Roy es llegar al punto de encuentro con los hermanos y emboscarlos, pero desconoce si después del fracaso con el robo volverán por su madre y, si lo hacen, irían o no acompañados por Juan y Billy. Es más fácil, piensa, enfrentarse a dos que a tres y medio; es más fácil, se dice, eliminar a esta mujer antes de llegar al encuentro, esconderse entre la loma y matar a la distancia. Pero ¿y la niña? ¿La niña Leonor?, se pregunta en silencio y vuelve la mirada para verla durmiendo en brazos de su madre y esta, con su rostro enjuto, mira al frente sobre el lomo de la mula desensillada y piensa en sus hijos, en su salvación que se le ha visto negada por años; por fin, piensa la mujer, gracias a mis hijos y a Dios. Solo con ellos dos, tan diferentes para ella, pero tan iguales para los demás, podían ampararse ella y su hija, la pobre, la que no sabe nada y ha vivido en sus cuatro añitos los maltratos de su padre muerto, los golpes que dejaban noqueada y moreteada, con el rostro hinchado, a su madre; a sus hermanos nunca los vio golpeados ni sabe que su padre los dejó de pequeños casi a punto de la muerte porque los azotó sobre las paredes y luego los golpeó con el hierro de marcar y les gritaba que ellos tenían la culpa de todo, pero nunca nadie se enteró qué era lo que estaban pagando; y lo otro ni pensarlo. Ella, tan pobre, piensa Leonor y le da un beso en la mollera que la nena resiente y se mueve un poco en el regazo de su madre.

Así atraviesan Higgins: en silencio, pensando cada uno en su destino y confiando en el otro como si no tuvieran otra opción.

\*\*\*

Ha estado sedada por días desde el asesinato de Camila. Despierta aturdida, pero se sienta sobre la orilla de la cama. Está sola en una habitación. Su cabellera negra está suelta sin orden y le cubre la cara como una máscara funesta; siente un hedor amargo en la boca y todo le da vueltas. Levanta la mirada y ve una mesa con un cuenco con agua y un trapo húmedo, y las cosas se distorsionan en una ondulación intermitente e incontrolable. Lleva un camisón que deja transparentar su silueta. Desconoce el lugar, la fecha y la hora en que está metida. Siente frío y toma una frazada blancuzca con la que la han arropado y se la pone encima, y aquello la sumerge en una categoría de espectro porque su pálida piel se ha vuelto casi transparente y las venas se le notan azules en la garganta fina y delicada y se le ven en los pechos y en el rostro como líneas de un río en un mapa. Así sale de ahí: desgreñada, aturdida y maloliente, con una sábana de lino manchada de orines y líquidos, con la piel transparente como una fina película de alcohol sobre una copa y sin saber a dónde ir porque se siente en la nada. A las afueras todo es confusión en el constante ajeteo de la mañana de Higgins: el cartero recibiendo las cartas, los ferreteros moviendo sus instrumentos a las afueras de las tiendas y los comerciantes colgando animales desollados en las pinzas de las entradas de sus establecimientos, dos perros fornicando y otros machos más observándolos como esperando turno, un ebrio muerto o dormido en el fango, los bueyes intentando mover la mierda.

Y todos se distorsionan ante los ojos de Hattie que va al paso, como intentando preguntar por Camila, pero de su boca salen palabras nauseabundas sin forma, sin sentido ni consumación; los hombres en la calle enfangada de Higgins, impresionados al verla pasar como un fantasma, le sacan la vuelta y otros le lanzan bolas de lodo y mierda para que se aparte del camino. Hattie va descalza y se ha llenado los pies de los desperdicios, y cada paso le exige ahora cantidades ingentes de energía en su cuerpo débil. Va cenagosa y ha mutado de fantasma a monstruo del pantano. Avanza como puede entre la multitud y los carromatos; sigue intentando preguntar por Camila y ella, dentro de su imaginación que la sumerge en un mundo absorbido por la pestilencia y el lodazal, se imagina que sus preguntas salen bien formuladas ante figuras distorsionadas con rostros como borrados y arañados con voces quebradizas y angustiosas: “señor, perdone”, cree decir Hattie en su enturbiada cabeza, “¿dónde puedo encontrar a mi Camila? ¿No la ha visto usted por aquí?”. Pero en la realidad sus labios están descontrolados y se le salen las babas como bestia sedienta y moribunda. La imagen es patética a todas luces y las gentes del pueblo, acostumbradas aun al horror humano, encuentran que aquella mujer, fantasma y monstruo a la vez, está en un punto bajo de su existencia. No obstante, nadie la ayuda y se limitan a ser testigos. Hattie se ha quedado a mitad de calle, silenciosa y confundida. Cree ver a James Roy dirigiendo una mula y encima de ella una mujer y una niña. A Hattie se le rompe el corazón, se le muele el alma cuando James Roy la aparta como si no la conociera; Hattie cree que él lleva a su nueva amante y a su hija. ¿De dónde la ha sacado? ¿Por qué no la tuvo conmigo? ¿Cómo fue que nunca me lo dijo? ¿Quién es esa mujer? ¿Nunca me amaste? ¿Por qué estoy metida en esta inmundicia de un mundo que no puede mejorar y

por qué nosotros vamos montados en la montaña de mierda y quién nos condenó a esto y con qué pretexto: qué hicimos, qué estamos pagando, acaso no hay otra solución u otra vía para saldar la deuda de esta paga infinita con intereses que se multiplican con cada nuevo ser humano o cada vez que alguien hace el amor o quiere amar a otra persona para conservarla con vida y con bienestar; es eso lo que debemos pagar: la extensión de la especie, su permanencia en este mundo y la salvación es dejar que se mueran los bebés como hacías tú, James Roy, conmigo y mi vientre que era ya tuyo; y esa es la salvación: no hacer el amor ni amar ni hacer amistades ni querer a desconocidos ni amar nunca a nadie? Dime, James Roy, ¿tenías razón, siempre la tuviste, oh, santo dios, tú tenías razón: estamos condenados en este mundo?

Todo aquello creía preguntar Hattie Williams en la enfangada calle de Higgins y creía también que James Roy la escuchaba porque iba detrás de él, pero él nunca la reconoció porque ni su voz, con sus cuerdas vocales atrofiadas por las manos del *sheriff*, era ya de ella e iba ataviada de aquel manto de estiércol como un desperdicio humano porque ahora ella, la hermosa Hattie, no era más que el ejemplo de la decadencia y vacío humano; era un ejemplo de las ideas de su eterno amante.

\*\*\*

Acampan a orillas del camino. No están lejos, pero James Roy ya no puede más; sus pies están hinchados como piñas y lo primero que hace al recostarse en el suelo es quitarse las botas enlodadas. La mula se ve casi herida, pero ha soportado la carga hasta ahí y, una vez detenida, intenta pacer en los alrededores.

Han comido papas y zanahorias hervidas durante todo el camino y por eso, cuando Leonor, que está a su lado recostada

en la manta con su hija, le ofrece las últimas a James Roy, él las rechaza con la cabeza. Cómanselas ustedes, les dice, pero ellas también están hartas de vegetales y Leonor las guarda en una bolsa; sin embargo, la nena se come una zanahoria y se ha manchado la boca de un anaranjado efímero que se intensifica sobre la tez morena.

El sol aún provoca las sombras de los árboles que caen sobre aquellos tres y el viento ha apaciguado su intensidad y sopla un ligero aire tibio que les refresca la cara. Algunas flores danzan en su rededor y aquello parece una escena familiar de picnic de domingo. Aquellas flores son las últimas de su especie antes de adentrarse al desierto: Higgins, arropada por la montaña Brumen como la han bautizado los habitantes, se divide entre el bosque y el desierto; la salida al norte encamina al frescor de los abedules que se elevan incólumes y que les lleva algunas hebras de frescura en los veranos a los pobladores; el sur dirige al desierto, vacío y llano; luego se llega a Carrizales que aparece como una especie de milagro entre la nada. Este último camino ha tomado el *sheriff* junto con madre e hija.

James Roy se recuesta sobre su espalda y estira las piernas con sus pies desnudos; está apoyado en sus codos, y su pecho y cara apuntan al cielo que se ha empezado a tornar morado por la lenta lejanía del sol sobre ellos. Leonor mira a aquel hombre de negro, recostado sin manta y con los pies inflamados; recuerda que es amigo de sus hijos, que trabaja con ellos y que ha ido en favor de su rescate, y se levanta de su sitio, saca una manta y dos prendas de invierno y se acerca a James Roy. Extiende la tela a un lado de él y le dice que descansará mejor ahí. Tome, agrega la mujer que le ha armado una almohada con las ropas de invierno. El *sheriff* la mira con desconcierto y acepta el regalo y lo pone sobre su cabeza. Leonor se sienta a un lado de los pies de James Roy y vuelve el rostro:

—¿Quiere que le dé un masaje, señor Roy? —pregunta ella recordando el sacrificio de aquel hombre.

—¿Cómo dice? —responde él sin voltear a mirarla y con sus ojos clavados en el lento cambio de color del cielo.

—Si quiere un masaje en sus pies; los tiene inflamados y sus dedos están sangrando.

—Señora —dice él—, lo que le voy a decir puede parecerle gracioso y hasta tonto, pero nadie ha podido darme un masaje en los pies sin causarme una risa incontrolable.

—No se preocupe, soy muy cuidadosa.

—De acuerdo.

—¿Entonces puedo hacerlo?

—Sí, señora —responde James Roy resignado y entrando en duermevela por la pesadez de todas las papas que ha comido en las últimas horas.

—De acuerdo —dice—, dormiré a la nena y vuelvo con usted. —Se levanta del suelo y vuelve con su hija. Luego de acurrucarla un rato, la niña está dormida y Leonor regresa al lado de James Roy—. ¿Puedo comenzar? —pregunta ella, pero el *sheriff* no responde porque también se ha quedado dormido. Ella ignora el hecho y empieza a pasear sus manos frágiles sobre el antepié y, haciendo círculos con delicadeza, puede refrescar la zona. Luego pasea su palma en un movimiento ondulatorio que se resuelve en un ir venir arriba y abajo. Cuando masajea los dedos James Roy ya está despierto. Siente un placer inédito en él y gime como un adolescente; Leonor lo ha escuchado desde hace varios minutos—. ¿Cómo lo siente? —le pregunta con suavidad.

—Es extraordinario.

—¿No le dije? —Se pasa al otro pie y repite la maniobra y el hombre sigue emitiendo gemidos.

—Señor Roy.

—¿Sí?

—¿Le gustaría que continuara con sus pantorrillas?

—pregunta ella mientras frota con sus dedos el dedo meñique del pie del *sheriff*.

—Sí, sí, mujer, adelante.

—Entonces tendría que quitarse los pantalones, señor.

James Roy obedece en el acto y la mujer desvía la mirada y le pide al hombre que se cubra con la manta mientras ella trabaja. Una vez bocabajo y con la manta cubriéndole hasta los bíceps, ella se coloca sobre la pierna izquierda y siente que el talón del pie de James Roy le roza su sexo desnudo y comienza a pasear sus manos sobre los gemelos. El contacto humano la ha despertado luego de años de silencio carnal y el movimiento de vaivén sobre el talón ya húmedo de aquel hombre le entrecorta la respiración. Los dos lo saben, pero no dicen nada. Ella voltea con delicadeza a James Roy y nota su erección bajo la vacilante luz nocturna que se ha apoderado del campo que los rodea; pone sus manos sobre los muslos y finge masajearlos hasta que llega al sexo endurecido y luego, sin titubear, lo monta y la tibieza en sus adentros le trae un confuso recuerdo de placer juvenil; se mece como siguiendo el ritmo del viento que parece entretenerse un rato con las copas de los árboles en las alturas para luego bajar fresco y puro y endulzar con su helor los pechos desnudos de Leonor que casi parecen sentir la luz diurna de la luna que ha salido amplia y fina en el cielo y ellos brillan exudados hasta que la mano callosa de James Roy los cubre como exprimiéndolos cual limones amarillos y maduros. Suelta y libre, ella sube y baja y cree que aquello es interminable como algo que no fenece nunca, y es doloroso, pero aun así la mantiene en un placer incógnito, como de extrañeza y cercanía al mismo tiempo, como algo que no debería ser, pero que es y está bien

bajo una prohibición exótica que alguien desconocido le ha impuesto por años. Se recuesta en el pecho de James Roy y se queda ahí hasta que él acaba, luego de mover por un par de minutos las caderas con una severidad absurdamente justa para sus adentros. Y ella estalla con un quejido de alivio, un suspiro contenido o un lamento balsámico para su pecho y su alma. Le tiemblan los labios y alza el rostro y le besa las barbas. Alcanza los labios y los lame con la lengua bañada de un sabor dulce como queriendo metérsele a la boca, pero James Roy ha terminado y no le interesa nada más.

—Apártese —le dice el *sheriff*.

—Sí —dice Leonor apenada y pone su cabeza en el pecho de él.

—Apártese por completo —reitera James Roy—, vaya con su hija —agrega.

Leonor sin chistar se pone de pie y, con la manta que le ha dado al *sheriff*, se limpia. Se acuesta con su hija y la abraza temblando. Mira a James Roy ponerse los pantalones, acostarse en la manta y darle la espalda. No entiende lo que ha pasado ni porqué lo ha hecho; sin embargo, sabe que ha disfrutado cada segundo porque a ella le pareció atractivo ese hombre desde que lo vio en la puerta de su casa con sus ojos café claro y sus largas pestañas, su barba oscura y su rizo cayéndole en la frente. Cuando hacía el amor con ese hombre sintió una auténtica libertad del yugo de su esposo muerto; el acto era para reafirmar su muerte, eliminar su castigo y saberse que nadie podía prohibirle nada nunca más. Era libre y así se siente. Cierra sus ojos y no puede reprimirse una sonrisa telúrica sobre sus labios y ese gesto le edulcora el rostro flaco y moreno. Le quiere decir algo a James Roy sobre aquella liberación.

—¿Señor Roy? —No le contesta y ella insiste—. ¿Señor Roy?

—Cállese, señora.

—Sí —dice ella.

—Duérmase porque mañana nos queda un tramo que recorrer.

—Sí.

\*\*\*

Lo tiene claro. La despierta a la madrugada. Levántese, le dice, y agrega: el animal se murió. Leonor ha pasado una noche dubitativa y nunca alcanza el sueño profundo y ha escuchado con claridad a James Roy.

—¿Panchita? —pregunta alarmada. La noche la cubre.

—Sí —responde James Roy.

—Dios, ¿qué ha pasado?

—Que su mula está muerta; se cayó por el acantilado.

—Dios santo.

—Venga a verla.

Ella se levanta, arropa a su hija y le besa la frente. Sigue al *sheriff* por el descampado. Todo está oscuro y pareciera que han soplado a las estrellas y la luna hubiera desaparecido. El suelo es accidentado, con rocas insertadas en el polvo y la maleza, y Leonor camina a trompicones, se dobla el tobillo y se detiene. James Roy la apura y ella retoma el camino. Con esfuerzo, ve la silueta de James Roy delante de ella a unos cuantos metros, mira abajo para intentar cuidar mejor sus pasos, pero todo es oscuro y, cuando mira de nuevo al frente, ya no ve al hombre. De pronto siente una mano tomarle el codo y un susurro en su oído le dice dulcemente: venga, vamos, y ella se deja guiar y huele la respiración del hombre

que se materializa en el humo que sale de su boca con un color grisáceo y azulado, pero ella no ve nada. Respira profundo como para absorber la calidez que siente del aliento de James Roy a su lado.

Sale pausado, lento, como tomándose su tiempo, el sol de entre la montaña que se perfila frente a ellos en el horizonte que une cielo y tierra; la primera luz del día comienza a hacer cosas a las cosas y a dibujarles los rostros a aquellos dos y avanza deslizándose por entre las líneas y circunferencias y formas de los ítems del mundo. Cuando ellos dos llegan al acantilado, varios minutos después, el sol se ha formado en su redondez absoluta y los salpica con sus rayos.

Él la sigue tomando del codo. Le indica que mire abajo, justo a esa mancha grisácea con rojo que se aprecia al fondo entre las rocas. Ella pregunta si aquello es su Panchita. Él dice que sí. Ella llora y, entre sollozos, pregunta si se puede hacer algo. Él dice que no y la toma por los cabellos con violencia y la pone cara a cara con él. Ella ve unos ojos hermosos y vacíos, como si no tuvieran brillo ni un fulgor pequeño que avisara un dejo de vida allá dentro; ve también su quijada firme y apretada bajo sus barbas y escucha un rechinar de dientes como huesos raspándose entre sí. Él no siente nada. Ella piensa en su nena y en sus hijos y le dice que no. Pero él, sin soltarle la cabellera, la toma de la espalda, aferrando su puño a la tela de la pagoda, y siente el cuerpo enclenque de la mujer resistirse por un segundo y patear, pero ella no tiene fuerzas para luchar contra él. Él la avienta al acantilado como había hecho minutos atrás con la mula y escucha un grito que se pierde entre las paredes rocallosas y, segundos después, escucha un crujido de huesos estrellándose en las rocas. Luego ya no escucha nada más que el viento deambular entre las piedras del fondo del acantilado.

Mira al sol.

James Roy vuelve con la nena.

—Levántate —le dice—, tu madre ya está con tus hermanos.

\*\*\*

Han armado una tienda con una de las telas de cruces y estrellas del carromato de los mexicanos. Entre Juan y Gilbert extendieron la lona estrellada en el suelo y le colocaron piedras pesadas en uno de los extremos; en una de las puntas de la tela amarraron un palo largo y luego enterraron una de las puntas del palo en la tierra y desde la otra punta jalaron con un mecate que clavaron a una rama enraizada a la tierra y tiraron hasta que el palo estuvo en posición vertical; reforzaron la estructura con un madero atravesado que sostenía al palo principal. Juan entró y clavó en la tierra un tronco torcido y lo elevó para dar espacio al interior de la tienda. Luego metieron entre ambos a Robert, y Billy, con su venda en la cabeza, fue detrás de ellos.

Sus respiraciones cálidas se acumulan pronto en el techo de la tienda y una atmósfera fétida se les mete en las narices; en las afueras está una familia de árboles silentes que los cubre y el sonido de los pájaros en las ramas se pierde entre los quejidos y palabras descompuestas que escupe Robert producto de sus alucinaciones.

—¿Cómo lo ve? —pregunta Gilbert.

—No soy médico —responde Juan mirando al mayor de los hermanos contorsionándose en sus delirios.

—Pero debe tener una opinión por lo que ve.

—Lo veo mal, Gilbert, si es lo que me preguntas.

—Sí, señor, eso le pregunto.

Gilbert saca su bolsa con agua y vierte un poco en un trapo y se lo pone a su hermano en la frente caliente. Robert no lleva camisa y en el torso sigue con la misma venda con la que intentaron parar la hemorragia horas atrás. La venda está ahora empapada de sangre y el cuerpo de Robert tiembla y se retuerce. Gilbert lo toma de la mano y siente el esfuerzo de su hermano por hacerle sentir que sigue ahí, vivo y luchando, a pesar de las alucinaciones que lo contienen. Gilbert le habla al oído porque se ha recostado a su lado y le dice que espere, que aguante un poco más.

—Voy por ma y por la niña —le dice. Siente la fuerza de la mano de su hermano a modo de respuesta—. ¿No quieres que venga ma y te arrulle y nos cante como cuando éramos niños? Sí —le dice al moribundo—, sí, sé que quieres, entonces aguanta solo un poco más. Iré por ma y ella estará aquí y te abrazará y te consolará hasta que estés bien, hermano; te va a curar la herida y te va a limpiar y a bañar hasta que te cures. ¿Porque te acuerdas cómo nos cantaba con su voz? ¿No quieres eso de nuevo? ¿No quieres que nos cuide madre por una última vez, hermano? ¿No quieres ver a la nena con sus ojos grandes y hermosos? Porque ella te quiere más que a nadie, hermano, ahora lo podemos decir, ¿no? Eres su preferido, te adora, eres su humano favorito en esta tierra del Señor. Sí, sí, voy por madre, aguanta un poco y todo estará bien. Te va a cuidar, nos va a cuidar, nos va a proteger como siempre porque nos ama. Porque yo te amo con toda mi alma, hermano, voy por ma, solo dame un poco de tiempo.

Juan Charvel escucha atento las confesiones del menor de los Ibáñez, lo ve levantar el rostro descompuesto como buscando consuelo; ha llorado por su hermano y en su mirada hay una mezcla de incertidumbre y temor que se le apila en sus ojos verdes inyectados de sangre amarga. Entonces Juan

Charvel entiende que su contrato con los hermanos se ha terminado y todo lo que ocurra en lo consecutivo tendrá que ser nombrado amistad o humanismo porque los intereses se han aniquilado desde el fracaso del robo a Brumen. El mayor se está muriendo y el otro enloquece ante la partida inminente de aquel; el último consuelo es inútil ante la infinita nada que le espera, piensa Charvel. Los ve ahora vulnerables y frágiles como todos; envueltos en la indeterminación de las causas y efectos que los han llevado hasta ahí ante las puertas de los muertos que ambos se rehúsan a cruzar. Estos seres humanos, sigue pensando Charvel, son una instancia exacta ante sus ojos y ante la apática calesa del mundo que los transporta por la eterna cadena de causas, y, sin embargo, la libertad de esos dos no se ha visto socavada ni un milímetro: son lo que son y han hecho sus decisiones. Son sus propios testigos. Esto es absurdo, piensa Juan, y voltea de reojo hacia Billy y lo ve chupándose el pulgar observando todo el drama alrededor. Juan quiere reírse pero entiende que no es el momento cuando Gilbert se pone a su lado y explica el plan que habían elaborado para sacar a su madre y hermana de Higgins; le dice que requiere su ayuda cuidando del moribundo mientras va al encuentro con su familia y que el favor puede cobrarse una vez en México, cuando le reparta sus tierras prometidas.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta el mexicano.

—Estaré aquí mañana antes del mediodía. Por favor.

—Adelante —le dice Juan. El hermano agradece y besa a su hermano. Mira a Juan antes de salir de la tienda. Juan lo escucha tomar su caballo y perderse entre la noche.

\*\*\*

Con los ojos hinchados de tanto llorar, la niña está en la encrucijada en donde los caminos se bifurcan. Lleva un par de horas ahí, maniatada como rehén. James Roy la vigila oculto con su escopeta recortada.

No hay horario ni fechas que deban cumplirse para llegar a México; sin embargo, Juan Charvel no está dispuesto a agregar otra cuita más en su viaje. Piensa toda la noche con el enfermo a su lado.

Lo ve a lo lejos sobre el camino: es solo uno de los hermanos el que levanta el polvo. El chico ha visto a la distancia a su hermana como una pequeña pincelada en el horizonte y le entierra las espuelas al caballo. No tardará en llegar.

Pone su mano en la nariz y boca del moribundo y siente la respiración débil y poco profunda. Tiene los labios secos, agrietados como un espejo roto. Toma la bolsa de agua e intenta darle de beber, pero el líquido se le escurre por toda la cara. Robert mueve sus pestañas y logra entornar los ojos por un momento; tiene sus puños sobre el pecho y parece un santo o una virgen en oración. Luego relaja su mano y muestra su palma. Quiere contacto humano. Juan lo toma de la mano.

Puede ya verla amordazada en la bifurcación; va a toda prisa y, cuando está a unos 30 metros, ve al hombre de negro salir de entre los árboles con su escopeta alzada y una bolsa de cuero negro en la otra mano. Gilbert quiere desenfundar, pero no puede hacerlo: James Roy cubre con la bolsa negra la cabeza de la niña para después apuntarle con el arma colocando el cañón en la zona parietal de su cabeza. La voz del *sheriff*, grave y cavernosa, resuena en el camino y Gilbert se detiene en seco.

Está acostado a su lado con su mano aferrada a la suya. Escucha, le dice al oído, lamento mucho el dolor por el que estás pasando. Has hecho tu trabajo y has tomado tus decisiones.

Estás obstinado a la vida y admiro esta determinación obsesiva en medio de la tortura ignominiosa en la que te ha puesto la vida. Nada es justo o injusto, chico; todo es preciso. Las piezas del reloj se mueven sin fallo cuando han sido bien ajustadas. Teníamos un contrato. Has hecho tu trabajo. Te estás muriendo, no vamos a negarlo. Te estás muriendo y nosotros teníamos un contrato. Ahora escúchame.

Tírame tu arma. Lento. Ajá. El revólver cae sobre el camino justo a la mitad de los 10 metros que separan a los dos hombres. Desmonta, le dice James Roy. El chico se apea del animal con las manos alzadas y pregunta por su madre. Calla, ponte de rodillas. Gilbert se hinca y comienza a orinarse del miedo. No puedes hacerle nada a la nena, le dice chillando. James Roy jala uno de los martillos de la escopeta y el chirrido intimidante resuena en los oídos del menor de los hermanos. Vuelve a apuntar a la niña. ¿Dónde están?, pregunta el *sheriff*.

Escúchame. No volverás a ver a tu madre ni a tus hermanos. Así es esto. ¿Es cruel? Sí, ¿pero has visto en dónde estamos parados? Tú y tu hermano han desatado el infierno en los últimos días y se han visto dominados por sus furias; yo he pasado por todo como si estuviera en una pesadilla sin tregua. No ha sido fácil para nadie. Entonces, escúchame, no vendrá tu madre y te estás muriendo. ¿Comprendes? Pero yo de alguna manera le daré un mensaje a ella: le diré que has muerto siendo tú mismo, siendo una pieza. Has hecho tu trabajo, que era protegernos a mí y a Billy. Pero estás muriendo. Es probable que temas a la muerte, que creas que cuando tu corazón deje de latir vayas a encontrarte con tu padre al que asesinaste; que serás torturado en las llamas del infierno y estarás a un lado de satanás y él se reirá de ti y de tu padre porque los pondrá a luchar en los lagos de lava del infierno. Pero, escúchame, nada de eso es cierto. No hay

infierno para ti; tampoco un paraíso. Todas las acciones que has hecho hasta aquí estaban dispuestas hacia un futuro, ¿no es verdad? Esa concatenación de eventos pasados se resuelve en este doloroso momento para ti y para mí; pero, dime, ¿todas esas acciones pensadas para el futuro valdrán algo dentro de cien años? ¿Podrá alguien decir que tus actos tienen repercusión en cientos de años en el futuro? No, chico. Nadie va a recordarlos a ti o a tu dramática familia, ni a mí ni al niño mudo, nadie nos va a rescatar. Por eso tus acciones valían en sí mismas en este periodo de tiempo que has vivido. Valió la pena, chico, porque te estás encaminando a la nada. ¿Me entiendes? Porque, dime, ¿puedes acaso recordar cómo era antes de que nacieras? No, no puedes porque estabas en la nada, en la eterna oscuridad del vacío; sin conciencia ni dolores. Pues bien, eso te espera en unos minutos porque te estás muriendo.

Estamos acampando en el suroeste, camino a San Angelo, para luego tomar el camino a Chihuahua; nos adentramos un kilómetro, puede que más, en lo que creímos que era el último bosque antes de entrar al desierto. Nos tuvimos que detener porque mi hermano está malherido. Luego de escuchar la confesión de Gilbert, James Roy le ordena que se voltee. El chico gira sobre sí mismo, aún hincado, diciendo “no, no, no” interminable número de veces. James Roy toma a la nena en sus brazos y se acerca al chico y él escucha los pasos del *sheriff* a sus espaldas y luego escucha la advertencia: si descubro que me estás mintiendo, tu hermana deja de existir. Espera, le dice, espera, es la verdad. No me mates por favor; santo dios, santo dios, padre nuestro que estás en los cielos. James Roy guarda silencio un momento y escucha la oración; otea el horizonte. No me mates. No puedo no hacerlo, le dice al chico y jala el segundo martillo de la escopeta; lleva en su

brazo izquierdo a la pequeña Leonor y con su otro brazo apunta a la cabeza de Gilbert. Le suelta el tiro. La herida es obscena: ha dejado irreconocible al joven porque las balas han estallado destruyendo sus ojos y nariz, y la carne y hueso han cedido abriéndose como una rosa que despliega sus pétalos para florecer en primavera. Con la nena aullando de terror y aún encapuchada, James Roy monta al caballo de Gilbert, que sigue nervioso por el disparo, lo tranquiliza y luego se dirige a San Angelo.

Escúchame entonces, quiero ser claro en los últimos momentos de tu vida. Lo siento, lo siento mucho. Antes de que te sumerjas en la vacuidad y olvides todo, debo decirte que nuestro contrato ha quedado anulado. Ya no somos más compañeros de viaje. Todo esto me entristece. No quiero juzgarte, no sé si ya lo he hecho: tú has sido libre en todo momento, un hombre salvajemente libre y me han mostrado, tú y tu hermano, cuánta libertad hay en estos páramos desiertos y cómo se pueden acoplar las voluntades en este extraño camino. Me duele mucho hacer esto, Robert Ibáñez, pero debo partir. No puedo llevar ni a tu madre ni a una niña en este viaje; es muy peligroso, además, sé que tu hermano les dará toda la atención a ellas porque sé que se lo merecen: son familia y yo no puedo competir con eso. ¿Lo entiendes, hijo? ¿Entiendes en qué posición estoy? Llevar más personas nos hace blanco fácil en el yermo. Debieron decirme todo, ser claros conmigo; ahora, mírate, te estás muriendo. Pero he querido darte esta información, estos detalles de tu vida y de tu destino próximo: has sido libre, has tomado tus decisiones a pesar de estar metido en este mundo vil y siniestro; eres de una pieza, ¿me entiendes? Y eso fuiste y eso fue todo lo que importó porque te estás muriendo. Lo siento, hijo. Lo siento muchísimo.

Juan Charvel le suelta la mano, pero Robert se aferra a él con más fuerza. Juan se zafa con delicadeza y luego se aparta de él y ve los ojos del moribundo mirarlo con algo que Juan cree que es desprecio o súplica y ve las lágrimas salirse de los ojos y acariciarle las sienes. Entonces Robert habla dejando escapar una vocecita adormilada y moribunda y Juan escucha aquello y se hunde en una oquedad fría y triste que lo desarma en un instante.

“No te vayas”, fue lo que le dijo; y eso fue lo último que dijo.

\*\*\*

La frágil estructura se viene abajo luego de la partida de Juan y Billy. El viento, pausado pero consistente, ha tirado de la tela hasta dejar al descubierto el cadáver de Robert y los ojos de este son como canicas opacas que observan en las alturas algunos haces de luz atravesar las cortas distancias que hay entre las hojas de los abedules allá arriba y las ve mecerse en movimientos accidentados sin nunca tocarse. La boca del muerto está abierta y seca y algunas moscas se le pasean por fuera y otras entran a la cueva oscura y van depositando sus huevecillos. Un coyote en los huesos y famélico lo ha olfateado y lo vigila a lo lejos, anda en círculos para cerciorarse de que el bulto no se mueve, luego avanza un par de metros, se detiene y mueve la cabeza a izquierda y derecha y avanza de nuevo. Le oletea primero los pies y sigue hasta llegar a la herida y la venda ensangrentada y ahí se detiene; retira la venda y abre la herida a mordidas. Cuando James Roy descubre el cuerpo de Robert, luego de entender que han abandonado al enfermo, encuentra al coyote con una pata delantera encima del cadáver, saciado y como cuidando el banquete. La valentía con la que aquel animal ha decidido cuidar su alimento sorprende al *sheriff*; el coyote le

gruñe y le ladra para que se mantenga a la distancia. James Roy nota la abertura en el costado del torso del muerto y cree ver algunos órganos asomarse brillosos y ensangrentados. Como por instinto le tapa los ojos a la niña, pero ella se ha quedado dormida, agotada por el estrés, sobre la cruz de su caballo y no ha visto a su hermano. Se aleja dejando al animal con su tesoro; nota las pisadas de los caballos en rededor del campamento que parecen retomar el camino principal a la salida de aquel bosque.

Cuando sale de ahí está en el cenit y la niña sigue dormida e iluminada por los rayos del sol. Desde la montura gira un poco hacia la grupa y saca una manta y unas pocas papas hervidas que ha tomado de los bultos de Leonor. Le pone la manta encima a la niña y se echa una papa a la boca que le sabe rancia. Recuerda que aún conserva un trozo de cecina que ha llevado consigo desde Higgins y que había olvidado por completo. Se toca la bolsa de la camisa y siente el trozo rugoso y delgado y lo saca. La niña se ha despertado acalorada; comienza a llorar de nuevo.

—Mamá —le dice al *sheriff*, y él, desde las alturas, la mira.

—No más mamá —le dice con acritud.

Ella no entiende y vuelve a llamar a su madre.

—Silencio —dice el *sheriff*—. ¿No tienes hambre?  
—pregunta.

—Mamá.

—No hay mamá, niña. ¿No tienes hambre?

Le ofrece el pedazo de cecina y la nena la toma con sus manos y comienza a chuparlo. James Roy piensa que aquello puede calmarla unos minutos; está dispuesto a alimentarse de las papas rancias en lo que llegan a San Angelo. La mira de reojo y ve que está recostada sobre su espalda en la cruz del animal y lleva la carne a su boca con una mano y con la otra se toca los pelos de la cabeza. Luego la niña voltea hacia

él y alza su mano libre y le roza las barbas. Nunca ha visto unas barbas como las del *sheriff*: sus hermanos eran más bien lampiños como el padre. Le agarra los vellos hirsutos con su mano pequeña y endeble y aprieta el puñito con una fuerza tan vana que parece una caricia; James Roy alza la barbilla para liberarse, pero la nena insiste. James Roy piensa que si eso la tranquiliza puede dejarla jugar un rato con sus barbas.

Desde que vio el cuerpo de Robert, James Roy entendió que la niña ya no era más un anzuelo para nadie; sin embargo, no sabe qué hacer con ella. Cree que hacerla por perdida en San Angelo será la mejor opción para ambos. Se pregunta si eso no es abandonarla a su suerte, pero decide que no; a pesar del entorno adverso en el que están inmersos, James Roy apela a la estupidez de las personas: algo llamará en ellos, se dice, por su condición de humanos sin esperanza se harán cargo de ella. La estupidez reinará, dice James Roy en voz alta cuando la carne húmeda y blanda le roza la boca porque la nena le quiere decir que ha terminado o que él termine de comerse la carne seca a la que le ha quitado toda la sal. James Roy abre la boca y accede a comerse el pedazo de carne.

Va consciente de sí y con la imagen de Billy y Juan atravesándole el cerebro. De pronto acelera al caballo y va a todo galope sobre el camino.

\*\*\*

El cuerpo dejó de presentarle resistencia y al final solo se limitó a dar uno o dos saltos espasmódicos cuando la vida lo abandonaba. Con la boca y las narices tapadas por las manos de Juan Charvel, el cuerpo de Robert peleó en un principio, pero luego pareció entender todo aquello y dejó que el mexicano

hiciera lo que debía hacer porque el mexicano le siguió hablando todo ese rato y aquello parecía una extremaunción del abandono o el pesimismo, y las lágrimas y babas que le caían en el rostro al enfermo venían de Juan Charvel y eran como los óleos santos mitificados por las ideas pesimistas del mexicano que se aferraba a aquello con el alma hecha trizas como migajas.

Y Juan ve su mano y recuerda la escena. A su lado va Billy con el caballo de la persona que asesinó horas atrás. Le enseñó lo básico para que pudiera montar al animal: con esta lo diriges, así lo detienes y así avanzas y ten cuidado con tus botas en los estribos. El chico ya no tiene venda y solo exhibe una costra de sangre sobre la frente. No es grave, dijo Juan al quitarle la venda; lo grave es lo que él sentía en ese momento. Avanzaba como sin quererlo y con el corazón enmudecido por la cara de la muerte que no se le quita de la cabeza; sin embargo, andaba como impulsado y comprometido a llegar al pueblo siguiente para alimentar al chico.

—¿Tienes hambre? —le pregunta y Billy asiente con la cabeza—. No te preocupes, hijo —le dice—, pronto llegaremos.

El camino hacia San Angelo se ha ido marcando por los viajeros que transitan por él. Poco a poco el pasto de citronela que se apreciaba a la salida del bosque deja de hacerse presente y la llanura solitaria y desértica se impone en la mirada. Ni una montaña se ve alrededor en donde solo se elevan como visiones dos o tres cactus a la distancia. Ante los ojos de Juan, las cosas en rededor danzan bajo el ritmo solar que aplasta sus humanidades sobre el camino que se descifra forzosamente en una larga línea horizontal que une al azul claro del cielo y el caramelo blancuzco del desierto. Sin sombra y con el mismo panorama enfrente, Juan duda un segundo y se detiene; Billy

sigue avanzando hasta que Juan le indica cómo detener al animal y el chico lo hace. Juan se le pone al lado. Extiende el brazo y con su mano le toca el rostro; lo ve pálido y flaco.

—Dime, hijo, ¿es cierto lo que dijo aquel loco en el bosque?

Billy no recuerda mucho de los gritos de James Roy porque estaba aturdido por el terror.

Juan nota el rostro confundido del chico y pregunta ahora claramente:

—Hijo, ¿tú mataste a otro joven? ¿Mataste a una persona antes de encontrarnos en el otero?

Billy entiende. Niega con la cabeza.

—Bien —le dice Juan—. Sigamos.

Avanzan un par de horas más por el monótono sendero. Al fondo se ve, al fin, un ligero cambio en aquella pintura estática cuando el camino comienza a elevarse por ligeros promontorios y luego una elevación pronunciada.

—Pasando aquella colina —le dice Juan al chico— está San Angelo.

Lo primero que notan antes de entrar al pueblo es una capilla evangélica solariega, a la orilla del camino noroeste hacia San Angelo. La estructura con su tejado de dos aguas está abandonada; el ojo de buey sobre el porche de la entrada aún conserva un hermoso vitral con figuras puntiagudas verdes, rojas y azules que parecen una rosa de los vientos; las dos ventanas de arco apuntado en el frontis no tienen vidrio y la puerta principal ha sido tapiada. En la cima hay un campanario sin campana. A Juan le parece extraño el abandono de un edificio de ese tipo en medio del infierno.

Llegan entrada la tarde a San Angelo. Entran por Chadbourne Street y continúan sobre ella hasta sentir el corazón y barullo del pueblo. Juan nota una larga hilera de caballos atados a las afueras de los edificios, cantinas

y prostíbulos. El mexicano alcanza a ver algunos postes de electricidad. Busca un sitio para atar a los animales y encuentra uno casi lleno, frente a una farmacia donde varios caballos se amontonan y se dan de coces accidentalmente. No hay otro espacio, piensa el mexicano, y le echa como puede los nudos al único poste en la acera. El tumulto de la gente los sorprende por un momento, pero siguen adelante y entran para comer algo a la primera cantina que ven.

Juan y Billy ya están en la barra y a sus espaldas se llevan a cabo dos partidas de *Texas hold 'em*: en una mesa hay cuatro tipos apostando y, en la otra, dos hombres, uno negro y otro blanco, ambos desaseados y con los nervios de punta ya en un juego avanzado. En esta última mesa hay una decena de tipos sucios con sus ropas mugrosas rodeando a los jugadores, todos de pie siguen muy de cerca el juego. Una jugada al negro no le gusta; le reclama en seguida a su contrincante, lanza la mesa haciendo volar las fichas y las cartas, saca su cuchillo y lo hace brillar bajo las luces tenues de la cantina y le lanza la cuchillada al blanco arrancándole el pómulo derecho con una sagacidad y rapidez que nadie prevé. El blanco se tira al suelo chillando de dolor y el negro aprovecha para abalanzarse sobre él y enterrarle el cuchillo en el ojo. Los testigos del juego reaccionan ya tarde y sujetan por los brazos al atacante y lo someten; después lo arrastran a las afueras de la cantina, le ponen una soga sobre el cuello y lanzan al restante sobre uno de los postes de electricidad y comienzan a jalar hasta que el negro deja de respirar. Solo Juan y el chico, que ha sido jalado por él, salen del lugar y miran la lengua del negro salirse por la boca sin vida.

Juan entiende de pronto que San Angelo no es sitio para ellos. Se queda estático un momento mirando al hombre muerto en la calle frente a los ojos indiferentes de la gente. Otro

hombre negro se abre paso sobre aquellos dos empujándolos por la espalda y mira al muerto con la soga en el cuello y lanza un alarido. Corre hacia él y le desata la soga; deja el cadáver y, arma en mano, camina al medio de la calle y suelta un tiro al aire.

—¡Hijos de puta! ¡Higuera!

Cuatro hombres armados salen de un edificio frente a la cantina y otros dos negros salen de la cantina. Juan comprende lo que está pasando, arrastra a Billy por la calle Chadbourne para intentar recuperar sus caballos; el tiroteo los obliga a ponerse pecho tierra y van deslizándose lentamente por los suelos de polvo como gusanos mientras los estallidos resuenan agudos como golpeteos entre maderas. Las maldiciones y amenazas dejan de escucharse después de un rato, cuando los negros han ganado el combate y todo parece acomodarse en la normalidad indecisa que reina en Chadbourne St. y que todo mundo vive impasible.

Cuando Juan cae en cuenta del silencio después del tiroteo, nota que está abrazando a Billy y que ambos están temblando. Levanta el rostro del polvo y mira calle abajo y ve a dos tipos tironear de los cadáveres para despejar la calle. Ya pasó, le dice a Billy, pero sabe que esas palabras también son para él. Se ponen de pie con sus ropas empolvadas y sucias y se dirigen hacia sus caballos. Antes de llegar a ellos lo ve: viene bajando por Chadbourne St. y lleva de la mano a una niña morena. Es James Roy. Charvel queda helado un segundo; luego reacciona y toma a Billy de la camisa y lo jala para esconderse detrás de unos toneles. Juan mira cómo el *sheriff* pasa de largo a un lado de los caballos amontonados y, al parecer, nunca nota a su animal oscuro que se mueve incómodo entre los demás caballos. En cuclillas avanzan entre los callejones de los establecimientos y llegan a las

zonas traseras de estos. No sabe qué hacer hasta que recuerda la capilla evangélica en ruinas: toma al chico del brazo y se encaminan hacia allá.

Juan se cerciora del abandono en el que está la capilla luego de asomarse por la ventana de arco apuntado: al final del pasillo ve una cruz cristiana con una de sus puntas rotas y en la pared izquierda una escultura blanca de María con sus brazos extendidos a la que le faltaban las dos manos; en el suelo se reflejaba la rosa de los vientos del ojo de buey y encima varias partículas de polvo se levantan. Una sola banca de madera tallada está a un lado del púlpito de madera. Hace entrar a Billy por una de las ventanas y luego él le sigue. Se quedarán ahí, le dice al chico que chillaba de hambre, hasta que llegue la noche, después irán por los caballos.

El avance del sol va moviendo en el suelo la rosa de los vientos del ojo de buey hasta que esta comienza a hacerse débil y luego desaparece. El chico se ha dormido en la banca de madera y Juan está a su lado y se muere de hambre. Entra en duermevela y cierra sus ojos y cree estar soñando cuando escucha un ruido al fondo de la capilla; es un sonido de madera arrastrándose sobre el suelo. Billy lo mueve y Juan despierta para enterarse de que alguien ha entrado y le apunta con un arma. Solo ve una sombra frente a él.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunta aquella silueta con una voz vieja y tranquila.

—Viajeros —responde Charvel con una calma que le sorprende a pesar de tener un cañón casi en la frente.

—¿Viajeros de dónde?

—Ya nos íbamos.

—¿De dónde vienen? ¿Son agentes de la ley?

—¿Le parecemos agentes de la ley?

—La verdad es que desde aquí no alcanzo a verles las caras —les dice a los dos en la banca y luego les lanza una cajetilla de fósforos—. Muéstrenme sus rostros —ordena la sombra.

Juan toma la cajetilla y desliza el cartón, luego saca el palillo frágil de madera y lo enciende con la madera de la banca y la fricción hace que aparezca la luz que ilumina el rostro del mexicano: sus ojos pequeños y su bigote aferrado al arco de cupido y cayendo disparejo sobre el bermellón y su barba desordenada sobre su quijada cuadrada se hacen visibles con la efímera llama.

—El otro —ordena la voz y Juan pasa el cerillo con su llama tambaleante sobre el rostro asustado de Billy.

—No —dice la sombra—, no son agentes de la ley.

—No, señor.

—¿Usted es mexicano?

—Sí, señor.

—¿Qué hace aquí? Debería volver a su país.

—Es lo que estoy intentando.

—¿Y este niño?

—¿Qué con él?

—¿Lo ha secuestrado? Él no es mexicano.

—No, señor.

—¿Entonces?

—Es un huérfano y yo me he hecho cargo de él —dice Charvel. Billy comienza a llorar a su lado.

—¿Por qué llora?

—No lo sé.

—Dígale que se calle, me pone nervioso el llanto de los niños.

—Tranquilo, hijo, ya nos vamos a buscar comida.

—¿Tienen hambre?

—Sí, señor.

—¿Usted cree en Cristo?

—No entiendo su pregunta.

—Mi pregunta es clara: ¿cree o no cree en el poder de Jesús, el nazareno?

—¿Qué pasa si le doy una respuesta que no le agrada?

—Usted no es creyente.

—Me temo que no, señor.

—¿Y por qué está aquí si no es para rezar y pedir a Dios?

—Hemos huido de un hombre, señor.

—¿Qué hombre?

—De un hombre que cree que somos unos asesinos.

—Ustedes no son asesinos, yo eso se lo puedo asegurar.

—Tiene usted razón.

—¿Entonces por qué los persigue ese hombre del que están huyendo?

—Para serle sincero, señor, no lo sé.

—Entonces no cree en Jesús y en su poder para hacer milagros.

—Nada en el mundo me ha dicho que Jesús pueda hacer milagros, señor. Así que no, no creo en milagros.

—¿No ha pensado en el infierno?

—Sí, señor, lo he pensado muchas veces.

—¿Y no le teme?

—Después de lo que he vivido, no.

—¿Usted cree que Jesús puede salvarlo de una bala el día de hoy?

—No lo sé, señor. Depende de qué tanta influencia tenga en su corazón el Jesús del que me habla.

—Yo he salvado a hombres gracias a Jesucristo, mexicano.

—Entiendo.

—No, mexicano, no entiende nada. Si quiero puedo meterle un tiro en la frente y luego cargarme a este muchacho y nadie vendría a buscar sus cuerpos.

—Eso es verdad.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿No cree que Jesús puede salvarlos ahora?

—Ya le dije: depende de usted; depende de si usted puede tomar las enseñanzas de Jesús y ponerlas en marcha esta noche.

—Ya lo he hecho en el pasado.

—¿Podría hacerlo de nuevo?

—Nunca me ha funcionado hasta ahora.

—¿Qué no le ha funcionado?

—Seguir las enseñanzas de Jesús, el nazareno.

—¿Si las sigue hoy cambiará algo para su futuro?

—La verdad es que no.

—¿Y si no las sigue?

—Tampoco creo que cambiaría nada.

—¿No quiere entonces pensar que Jesús le ha dicho que nos deje con vida porque no le hemos hecho nada?

—Yo he salvado a otros hombres.

—Ya me lo ha dicho.

—Y he matado a otros hombres y por eso vivo aquí. A mí también me están siguiendo.

—Pero nosotros no lo seguimos a usted.

—No siguen tampoco a Jesús, el Cristo.

—No, señor.

—A partir de ahora lo seguirán entonces.

—¿Cómo dice?

—Que necesito que me digan que creen en Jesús, el nazareno; que creen en su vida y en sus enseñanzas y que creen que Él los está salvando ahora mismo.

—Pero ¿qué valor tendría que diga esas palabras? Usted tiene un arma apuntándonos.

—Deben pensar que soy el Cristo ahora; que sus vidas son mías y que puedo hacer justicia desde mi posición. Él habla a través de mí.

—Lo que yo piense no puede cambiar su forma de ver sus creencias, señor. Eso no puede interferir en sus elecciones espirituales, ¿qué más da si creemos o no en su dios?

—Cállese. —El hombre se acerca y pone el cañón en la frente de Charvel.

—Sí, señor.

—¿Sí qué?

—Creemos en Jesús, el nazareno, y creemos que Él puede salvarnos de esta amenaza.

—Sí. Tú, di en voz alta lo que acaba de decir este: que Él los ha salvado.

—Él no puede hablar.

—¿Es retrasado?

—No, señor, simplemente no puede hablar.

—Entonces dígalo usted por él.

—Entiendo: creo en Jesús, el nazareno, y creo que él puede salvarnos de esta amenaza.

—Bien. Jesús no ha podido salvar a mi familia.

—No le entiendo.

—Me han informado que han asesinado a mi familia hace una semana. Los hombres que me están buscando mataron a mi familia.

—Lo lamento.

—¿En verdad lo lamenta?

—No lo sé, pero supongo que su familia no se merecía eso.

—No, mexicano, no se lo merecía. Los dejé desprotegidos por huir. ¿No le parece injusto?

—Sí me lo parece.

—Dígame, mexicano, ¿cree que yo también merezca ese destino?

—¿Cuál destino?

—La muerte.

—Eso no cambiaría nada.

—¿Cómo?

—Que usted muera o viva no cambia que su familia ya no esté con vida. Su muerte no agrega ni resta al deceso de su familia.

—¿Entonces me sugiere que siga con vida?

—Le sugiero que le dé tiempo a sus penas.

—¿Entonces usted es uno de esos que creen que el tiempo lo cura todo?

—No sé si todo, pero sí creo que la memoria es más débil de lo que pensamos y que poco a poco nos vamos adjuntando nuevos recuerdos por los cuales sentirnos más miserables.

—Mataron a mis hijas y a mi mujer y a mi madre y nadie lo evitó. Jesús no lo evitó, ¿ustedes no creen en Jesús?

—Ya hemos hablado de eso.

—Es cierto. Déjeme decirle algo, mexicano, hoy mi fe está dolida y afectada, pero no por eso ustedes tienen que sufrir.

—Gracias.

—No me agradezca a mí, agradezca a Cristo que les da la oportunidad de vivir como no se la dio a mi familia.

—Gracias, Jesús, el Cristo.

—Bien. Entonces, cuando salgan de aquí, piensen que Él los ha salvado.

—Así será, señor.

—Sí, que así sea.

—¿Puedo levantarme?

—Sí —dice la sombra y guarda el revólver en sus pantalones. Después, les da un pan duro.

—Gracias, señor.

—Agradezca a Cristo, mexicano. Ahora váyanse.

—Sí, señor.

Juan levanta a Billy y se encaminan hacia la misma ventana por la que entraron y salen sin decir palabra. La noche ha avanzado. Juan piensa en aquellas palabras del hombre al que nunca le vio el rostro y solo espera que James Roy se haya alejado de la zona, pero lo duda. Antes de tomar el camino hacia el centro del pueblo se escucha un disparo que viene desde los adentros de la capilla.

\*\*\*

—Dame la mano —le dice James Roy a la niña en cuanto desmontan del caballo agitado después de la carrera que ha pegado.

La nena obedece y siente sus deditos perderse en la mano callosa del *sheriff*. Avanza por Chadbourne y James Roy observa el movimiento del pueblo y concluye que es mucho más pequeño que Higgins y Carrizales. No ve mujer alguna, solo unas cuantas prostitutas a las afueras de una cantina. Se detiene y mira a la niña y ella lo mira y James Roy cree ver algo parecido a una sonrisa en los labios de ella, pero no: ha sido la luz del sol la que ha jugado con las sombras y la niña está seria como siempre. Él se siente decepcionado por un momento; luego piensa en esa sensación para dar paso a una vaga frustración. Retoman la marcha y, metros después, se

detienen de nuevo bajo la sombra de un toldo frente a una de las casas sobre Chadbourne. James Roy saca un lazo delgado y ligero de unos 40 centímetros y amarra un extremo a la muñeca de la nena; el otro extremo lo amarra a uno de los postes que sostienen el toldo. Observa a la izquierda y a la derecha y luego se hinca frente a la niña.

—En un momento vendrá una de tus tías por ti, ¿de acuerdo? Yo me tengo que ir.

Ella no entiende nada y empieza a llorar. James Roy se levanta, le da la espalda, da un par de pasos y luego se detiene. Vuelve el rostro barbudo y mira a la niña con una de sus manitas en la boca llena de baba; las lágrimas le salen a mares por los ojos morenos y le llegan a su cuello frágil, y su vestido azul está tan sucio que se ha tornado a un morado intenso. Eso es un ser humano, piensa James Roy.

El *sheriff* vuelve y se pone delante de la niña y ella le estira el brazo libre como pidiendo que la cargue de nuevo. James Roy saca su revólver de la cartuchera; su respiración es apresurada y poco profunda y siente la boca enfriársele rápidamente. Jala el martillo del arma; pone el cañón en la frente de la nena y las cejas gruesas sienten el helado del metal. Ella sigue sin entender: llora y de su boca húmeda y babeante sale la palabra “mamá” al juntar y separar los labios y aquella palabra, con sus emes y sus vocales, se le mete en la testa al *sheriff* como un invariable y uniforme goteo interminable.

Eres un ser humano, le dice en voz alta a la niña. Baja el arma y la mete de nuevo en la cartuchera. Siente un punzar en la boca del estómago; tiembla de arriba abajo, comienza a hacer arcadas y vomita las papas del día de ayer y la cecina de la mañana y el líquido amarillento con manchas rojas baña los pies desnudos de la nena. Él se yergue y sin dudar se encamina tambaleante por Chadbourne hasta la cantina que ha visto

minutos antes. El lloriqueo constante de la niña se pierde en los oídos aturridos del *sheriff* y desaparece por completo cuando está pidiendo un trago al cantinero en la barra.

Toma el *shot* y se lo zampa de un tirón; saca unas monedas del pantalón y las pone en la barra y da dos golpes con su puño en la barra y el cantinero, sin dudar, le llena el vaso. Luego otro y luego otro. De pronto siente la necesidad de una mujer: llama a una obesa con los pechos de fuera y le dice que lo lleve a las habitaciones. Se le atraviesa un apagón; imágenes vacilantes de un colchón sucio, una felación, una botella sin límite ni fondo, el amargor en la boca y un dolor en su hombro derecho y un ardor en su sexo y la noche y el hedor a orines y vómito. Cuando despierta, la mujer se ha ido; afuera es de noche. Busca los pantalones tanteando la cama, la prostituta solo le ha robado los dólares, encuentra sus armas en una silla. Se viste, todavía mareado, y se cuelga la escopeta de cañón recortado en el hombro y se ajusta la cartuchera a la cintura. Baja a la cantina y nota un silencio extraño merodear el lugar a pesar de que hay algunos ebrios desperdigados por las tres mesas del establecimiento. Nadie le dirige la mirada y él sale sin decir una palabra.

No hay nadie en la calle y los caballos que antes llenaban la vía no están y solo quedan dos animales nerviosos allá, al fondo del noroeste del breve camino que dirige a las afueras de San Angelo. Mira las casas, la farmacia y la ferretería frente a la cantina. Recuerda a la nena. Escucha el relinchido bravo de uno de los caballos al fondo de la calle. Voltea y cree distinguir a su caballo oscuro, con sus dos metros de alzada y con su fuerza indómita en las patas. Juan y Billy se le aparecen en la mente como un frío recuerdo irreal; tiene el estómago revuelto. Entiende por fin porqué está ahí. Maldice. A su derecha le llega el llanto de la nena, y la voz de un hombre en tono represor que

no distingue se atraviesa entre la lloradera; luego ve la silueta de un tipo obeso y grande que lleva a la niña de la mano. Los chillidos se acercan junto con la sombra del hombre de camisa de lana desabrochada y su enorme panza sudorosa brilla como una bola gitana de cristal. Después los gritos se pierden detrás de una puerta de madera porque ambos han entrado a una de las casas tipo hotel frente a James Roy; él se ha quedado paralizado. Escucha unas palabras en dirección a su caballo: es Juan Charvel que está intentando tranquilizar a su animal para montarlo. El *sheriff* lo ve desamarrar del poste las riendas del caballo y Billy, el mudo, está a su lado, más flaco que nunca. Una luz se enciende en las habitaciones de la casa de enfrente en donde han entrado el gordo y la niña; el sonido del llanto reaparece atravesando los vidrios de la ventana. Voltea hacia Juan quien ya está montado en la silla: él lo está mirando, silente como todo aquella noche. Con intensos dolores y saliendo de su estupor, James Roy mueve el hombro izquierdo hacia delante y su escopeta resbala hasta su mano. Juan se mueve encima del caballo, sin dejar de mirarle, temerario. El lloriqueo de la nena lo distrae como una súplica desde el infierno.

\*\*\*

Cuando derriba la puerta, el hombre tiene los pantalones hasta los tobillos y la niña Leonor está desnuda con su cuerpo huesudo en una esquina de la habitación; llora con un dolor absoluto, confundida, perdida, aterrada. Él no da tiempo al gordo de saber qué pasa a su alrededor; lo toma de los cabellos grasientos y, con una fuerza firme, lo jala hasta el piso. Con la culata de la escopeta le da dos golpes concisos en el rostro. Le ha arrancado de las encías podridas los pocos dientes que le quedaban y la sangre le brota como fuente desde la

nariz rota y los labios reventados. Con una sábana roída que está en la cama, James Roy cubre de pies a cabeza a la niña entumecida y ahora ella parece un fantasma enano y trémulo que espera estirando sus brazos, paciente, la huida de aquel infierno. James Roy se acerca al hombre que sigue en el suelo seminoqueado; apunta con la escopeta a los genitales desnudos del gordo y se los vuela de un tiro. Saca otras dos balas calibre 12 de su cartuchera y carga el arma, jala ambos martillos y le destroza el pie izquierdo; el *sheriff* repite la maniobra y continúa con el pie derecho y los perdigones le trituran cada uno de los dedos al hombre obeso que ahora parece un cerdo desangrándose. Carga por última vez la escopeta, toma a la nena aturdida en sus brazos y sale de la habitación. En el recibidor de la casucha el encargado le grita al *sheriff* que qué pasa y la respuesta le llega en forma de disparo en el pecho.

James Roy, con la nena en brazos, aún cubierta por la sábana, revisa en los cajones del recibidor ayudado por una de las lámparas de petróleo que están sobre el mueble. Consigue algunos dólares y luego lanza la llama encarcelada en el vidrio y esta se estrella en la pared de madera liberándose y multiplicándose sobre el lugar.

Antes de que se expanda el incendio sobre el hotel y vaya abrasando a las casas contiguas, James Roy está ya en la calle desierta. Juan y Billy se han esfumado, de nuevo, frente a sus ojos. Sale de San Angelo con el fuego a sus espaldas que enmarca las oscuras siluetas de él y Leonor, y su caballo galopa enloquecido sin rostro ni destino como su jinete porque una sólida idea de venganza se ha cernido sobre él como plomo y sabe y siente, en medio de la furia desatada, que aquel peso en su existencia solo desaparecerá con la muerte.



## VI

LLEVAN SEMANAS METIDOS en las montañas fronterizas. Durante los últimos días el sol marcaba el cielo una y otra vez coloreando el horizonte de rojo ante el vacío desierto. En las noches, el azul bañaba los cactus y los matorrales y la citronela solariega en la arena. El ciclo parecía interminable. Día y noche adornaban las amplias dunas que se replicaban a sí mismas pero que mostraban un rostro distinto con cada jugueteo del viento y con el cambio permanente los vivos salían o se escondían respetando todos sus turnos. En aquella inmensidad, el tiempo era más que una señal de cambio; todo parecía una ilusión enmarcada por los dos grandes periodos del día que se antecedían uno al otro como queriendo ganarse su espacio y su momento y ser los primeros en hablarle al mundo. Y sobre aquello, las tristes siluetas del hombre y del niño recibían todo estoicamente debajo de las rocas a la boca de una cueva que habían localizado casi por accidente cuando intentaban cazar a un roedor. Y ahí estaban como seres del paleolítico mirando pasar el otoño mientras hacia las afueras de la cueva la lluvia aparecía y luego moría y después resucitaba para que los restos del agua escurrieran

por la montaña que contiene a la cueva y el líquido sobrante pareciera acariciar las rocas haciéndolas brillar con los rayos de luna que se descubre ante la huida paulatina de las nubes y las gotas gruesas acumuladas en la boca de la cueva caían como la baba transparente cae del hocico de una bestia. En ocasiones, la pálida iluminación que se desplegaba al interior de la cueva se veía arrasada por breves segundos por la sombra de una tetera de buitres que atravesaba el cielo.

El frío empieza a hacerse patente en las noches y los dos duermen abrazados y se cubren con las mantas de estrellas que aún conservan. Sin embargo, Juan sabe que aquellas telas ligeras y rotas no podrán protegerlos de los vientos del invierno que se aproximan. Cada tarde, antes de que el sol guarde silencio detrás del horizonte, los dos salen a buscar alimento en rededor de la montaña. Previo a cada exploración, Charvel escala unos metros por la falda hasta posicionarse en una elevación rocosa que le da una perspectiva de kilómetros a la redonda. La blancura latente en los confines le quema las pestañas y lastima las pupilas; no obstante, se mantiene firme para otear el yermo y asegurarse que están seguros para explorar. Luego llama al chico y él sale con piedras y palos de madera puntiagudos. Han encontrado liebres, zorros, coyotes y un berrendo sonoreense moribundo al que le arrancaron la piel y con la que Juan ha empezado a confeccionar una especie de poncho para Billy, pero está maltratada y tiene que coserle las pieles de las liebres para darle mayor longitud. Cuando se lo prueba al chico, este parece un perchero de madera podrida al que le han colgado un abrigo de oso. Así de raquítica era la imagen del chico: sus pómulos salientes y las cuencas de los ojos oscuras y hundidas y las ropas colgándole de los brazos como espantapájaros. Siente lástima por él al verlo ahí, con su mirada abatida y con su sonrisa imborrable y perenne; sus

pantalones flojos se le caen de la cintura. Aquella compasión, sin embargo, debía caer también ante él porque no tenía mejor aspecto: la poca barba que le salía estaba ahora en todo el esplendor sobre las mejillas y la mandíbula, y el pelo crecido hasta los hombros sobresalía por su pequeño cráneo.

Pasaron los últimos días famélicos al igual que sus caballos que salían a pacer ante la mirada plácida de los humanos agazapados en su sitio. En ese tiempo juntaron la mayor cantidad de pieles que pudieron. Juan, con su hilo y aguja, intentaba unir las pieles para cubrirse, pero el resultado era siempre grotesco: decenas de pieles encimadas unas con otras y unidas con torpes hilachas.

Antes de la entrada del invierno Charvel escuchó, cuando lo tenía abrazado como si fuera una astilla en el corazón, los estridores de Billy en las noches. A partir de ese sonido que le recordó a su madre en el lecho de muerte, Juan comprendió que debían abandonar su escondite y buscar ayuda. La tos húmeda y flemosa que comenzó a expeler el chico no los dejó dormir en las noches y en el día le impedía salir a buscar el alimento con Juan.

Fue una mañana cuando asomaron sus rostros cada-véricos Billy el mudo y Juan Charvel por entre las montañas para abandonarlas para siempre. Parecían dos hombres de paja con sus ropas holgadas, sucias y picoteadas; cada uno llevaba sobre sus espaldas y hombros aquel mosaico mortuorio que confeccionó Juan por semanas: una pedacería de pieles de liebres, zorros y berrendos los cubrían y el aspecto que les daban era de unos monstruos flacos, encorvados y famélicos; una especie de dios de las liebres hambrientas era lo que parecían.

Está nublado esa mañana. Grises y espesas nubes en las alturas se acumulan y rugen sobre ellos. Comienza a nevar y

Juan le dice a Billy que espere un momento. Echaré un último vistazo, le dice, y desmonta y sube por el camino de rocas que ya conoce y que lo ponen en la elevación de rocas. A lo lejos, Juan Charvel mira la arena estática en el frío e imagina que los granos se han vuelto más pesados por el gélido ambiente que los cubre porque a la distancia ve los copos de nieve caer como ligeros agravios al desierto. Todo luce ahora oscurecido por el plomizo ennegrecido sobre las dunas que parece estar bajo y rozar el suelo de arena a la distancia; y sin embargo, casi en medio de la mancha oscura se abre un agujero que se asemeja a la entrada de un hormiguero y de ahí se desparrama la mancha blanquecina del sol y el claroscuro formado entre la nube negra y la luz clara fascina a Juan por un instante.

Respira hondo y vuelve a su realidad.

\*\*\*

Cruzó la frontera con la niña en la cruz del caballo. Pasó La Herradura, El Salado y Charco Largo y no encontró nada. Volvió al norte y pasó por Dryden y luego Sanderson sin éxito. En cada poblado y a cada viajero James Roy daba una descripción precisa y ambigua al mismo tiempo: un mexicano moreno y de bigote ralo va en un caballo oscuro como la noche; le acompaña un chico rubio, de labio caído con ligero retraso mental. Nadie le puede dar razón del paradero de ese par disparejo y extraño. Mientras, la niña y él se van acostumbrando a la presencia del otro como cuando se aprende a vivir con una dolencia que se sabe que ya no desaparecerá. Ella ha crecido sin detenerse y como si no hubiera un mañana; se cubre aún con la sábana maloliente del hotel del que la rescató James Roy y va ataviada cual virgen con la tela sobre la cabeza; en su rostro las cejas han

comenzado a separarse y la boca parece hacerse más pequeña; sus ojos brillan aún como guardando una esperanza de algo, tal vez de un cambio o bien la llegada de la muerte. Y, a pesar de ello, el viaje con aquel hombre serio, que la deja jugar con sus largas barbas antes de dormir y que es el asesino de su familia, le ha dado una larga lista de experiencias que va juntando en su cerebro: conoció el sabor del cerdo en Coahuila y el picor del chile en Texas, miró un atardecer larguísimo que parecía eterno en la frontera, vio una banda de aves comerse un jabalí en las montañas y las vio emprender el vuelo cuando ellos se acercaron, escuchó el llanto de los coyotes, la furia de los lobos y el vagar roto del viento sobre las dunas en las tardes; miró a James Roy observarla fijamente mientras ella fingía dormir y lo vio mover los troncos de la fogata y sintió que le echaba las sábanas con las que él se cubría en una noche particularmente fría; lo vio sonreír solo una vez cuando le quiso enseñar a cabalgar y ella cayó de la montura. Y no lo vio reír más pero lo siguió escuchando con sus órdenes porque solo eso era lo que salía de la boca de aquel hombre: la admonición y el regaño.

Leonor se la pasó temblando antes de llegar a Marathon. El invierno se les venía encima y el *sheriff* comprendió que tendría que comprarle algo de ropa a la nena so pena de verla morir en la llanura.

Previo a la entrada del pueblo, James Roy se topa con la carpa de un circo y unos letreros invitan a la función del Frank Frist and Brothers que se llevará a cabo esa noche. Una decena de jaulas albergan a leones y cebras a la orilla del camino; una jirafa y un elefante están amarrados al costado con grandes grilletes sobre sus patas. Leonor queda maravillada por el enorme tamaño del grisáceo elefante y con la altura inacabable de la amarillenta jirafa; los saluda y muestra sus frágiles dientes por primera vez desde que

James Roy la conoce. Te estás riendo, le dice el *sheriff*, y después le baja el brazo para matar el saludo entusiasta. Ella lo alza de nuevo y James Roy corta de nuevo el ademán. Entran al pueblo y ella sigue volteando hacia atrás buscando con sus ojos a las bestias.

Se detienen fuera de una tienda de suministros. Leonor va detrás de James Roy cubierta con la sábana y esta se arrastra por el piso como cola de novia. Un tintineo alerta al tendero y da la vuelta y desde el mostrador pregunta al *sheriff* qué necesita.

¿Tiene ropa para ella?, pregunta secamente James Roy. El hombre detrás del mostrador asoma el rostro encima del mueble y se percata de la niña con la tela mugrienta y que tiene en sus manitas una lata de conservas de duraznos que ha tomado de las alacenas exhibidoras. El hombre alza el rostro y le pide a James Roy que le dé un minuto y sale por una puerta detrás del mostrador y minutos después vuelve con una mujer joven. Es para ella, le dice el encargado. Ella saluda a James Roy con una sonrisa, sale del mostrador, se acerca a la niña que lleva todavía la lata de duraznos en las manos; la mujer joven se agacha un poco y apoya sus manos sobre sus rodillas e inclinándose le pregunta su nombre a la niña.

—Se llama Leonor —responde James Roy.

—¿Usted es su padre? —pregunta la mujer.

—¿Tiene ropa para ella o no? —replica el *sheriff*.

—Sí —responde ofendida la mujer y toma a la niña de la mano y la lleva detrás del mostrador.

—¿A dónde la lleva?

—Va a probarle vestidos, señor.

—No queremos nada elegante.

—Lo entiendo, señor. Ella volverá en unos minutos.

James Roy asiente con la cabeza y empieza a mirar las estanterías con las latas de conserva y va poniendo algunas en el mueble y, cuando coloca la última, las apunta con la barbilla y el tendero hace una suma. James Roy saca los centavos del bolsillo de la camisa y los pone en el mueble.

—¿No ha visto a un mexicano por aquí? —pregunta el *sheriff*—. Va con un niño rubio, de unos 13 años. El chico no habla, es un idiota.

—¿Mexicano? —pregunta el tendero al momento de contar las monedas.

—Así es. Lleva consigo un caballo oscuro.

—No, señor, no he visto ningún mexicano desde la expulsión de hace unos meses.

—Entiendo —dice el *sheriff*.

Pasan varios minutos hasta que la mujer reaparece con Leonor. La niña lleva ahora un vestido de cuadros azules y blancos; la falda de holanes cortos y grecas le llega a las rodillas y un moño grande en la espalda baja le ajusta la tela sobre el parco cuerpo. En sus pies lleva unos zapatitos de cuero y unas calcetas blancas le cubren las piernas flacas. James Roy nota que la han bañado; la mujer le ha quitado las coletas y le ha lavado los cabellos, en la cabeza le ha puesto un *mob cap* de tono azul claro. James Roy hace un resoplido por la nariz, siente que está sonriendo e intenta borrar la sonrisa y luego afirma que no pueden pagar por eso. La mujer le dice que el sombrero y los zapatos van con el vestido; sin embargo, James Roy recuerda que Leonor se está estirando como un cactus en el desierto y pide que le ponga ropa más grande. La mujer a regañadientes vuelve con la nena al vestidor y minutos después salen: ahora el vestido, del mismo corte y forma, llega a los tobillos a la nena y se nota una holgura en la cadera y torso; los zapatos le vuelan en los pies y el sombrero

le tapa los ojos. Al *sheriff* le parece una buena decisión a pesar de la apariencia; haga la cuenta, le dice al tendero y este le dice la cantidad. La cifra lo dejará en la bancarrota o al menos con pocos recursos y no sabe cuándo dará con Juan y Billy, piensa el *sheriff*. Mira en su alforja y ve los pocos billetes que le quedan después del trepidante viaje a México. Mira a la nena con su extravagante vestimenta; ella se acomoda cada dos segundos el gorro para apartarlo de su visión y ha tomado de nuevo la lata de duraznos en conserva. James Roy maldice para sus adentros y le dice al tendero que se cobre también la lata de duraznos.

Van de la mano durante toda la tarde mientras James Roy pregunta por el mexicano y el mudo. Antes de caer la noche, rentan una habitación en el hotel del pueblo. James Roy está recostado en la cama; ella lleva la lata de duraznos en las manos y se la da al hombre para que se la abra. Él se pone en la orilla de la cama, saca la navaja, abre la lata y se la devuelve a la nena; ella la toma con sus manitas y la pone en su regazo luego de sentarse en el suelo y comienza a comer; alza la mirada y ve al barbado que la observa. Le ofrece un trozo de durazno. Ambos comen en silencio hasta que les llega el sonido del circo a la distancia.

—¿Quieres ir a ver esos animales? —pregunta el *sheriff*. Leonor no entiende—. Los animales —repite él—, los de la mañana, ¿los quieres ver? —Ella afirma entusiasmada con la cabeza y con la boca llena de duraznos.

\*\*\*

Billy ya ha perdido el sentido cuando entran a un pueblo del que nunca supo el nombre. Va débil y ligero como la arena en la cruz del animal negro de James Roy; conduciendo va Juan

y con su otra mano dirige el caballo del chico. El mexicano pregunta por un médico, pero nadie quiere responderles a esos esperpentos de ponchos fúnebres. Solo un anciano desdentado y canoso lo lleva con el galeno cuando nota el estado del chico rubio. Ayuda a Juan a bajar al enfermo y entran al consultorio y lo acuestan en un camastro de cuero; están rodeados de frascos de un color café oscuro, llenos de drogas, jeringas y otros instrumentos; huele a alcohol.

El anciano sale de la habitación a paso lento. Voy por el doctor Ernst, le dice a Juan. Minutos después entra con el médico. Este último se le queda mirando a Juan.

—¿Cómo piensa pagarme? —le pregunta.

—Puede quedarse con un caballo que tengo ahí afuera —responde Juan. Le tiemblan las manos.

—De acuerdo —dice el médico y les ordena que salgan del consultorio. Luego de un rato sale y encuentra al mexicano sentado en los escalones de la entrada al consultorio y el anciano tiene su mano encima del poncho de pieles y dice palabras de consuelo—. Venga —le dice a Juan y él se levanta y entra con el médico. El anciano mira por los escaparates del consultorio—. Es neumonía.

—Ya lo suponía, pero lo traje aquí para que lo salve —replica caliente Juan.

—No será posible.

—¿Cómo mierdas no?

—Tranquilícese —dice el médico—. Ya está muy avanzada. No podemos hacer nada más.

—Pura mierda, viejo. Sávelo.

—Tranquilícese o llamo al *sheriff*.

—¿Es porque soy mexicano?

—Eso no influye en si el niño está enfermo o no. Si usted fuera el más yanqui de los yanquis, le diría lo mismo: el chico

se está muriendo. Lo dejaré un momento para que lo procese —le dice el galeno y sale del consultorio. En la entrada se topa de nuevo con el anciano—. ¿Cuál es el caballo del mexicano? —le pregunta el médico y el anciano apunta con la cabeza hacia los animales con los que llegó Juan—. Llévame el oscuro al establo —le ordena—.

Minutos después el mexicano aparece a sus espaldas, carga al chico enfermo y se va sin mediar palabra con el médico. Nota que se han llevado el caballo oscuro de James Roy y echa a Billy en la grupa del segundo animal. Se encamina hacia el letrero que anuncia *vacancies*. Desmonta y entra al edificio; un joven delgado atiende el lugar.

—Necesito una habitación.

El joven se les queda mirando un rato y luego intenta explicarle al mexicano que no puede darle habitaciones:

—Usted es mexicano —le dice—, y además trae a un muerto. Imposible.

—Él sigue vivo —replica Juan—. Puede tomar aquel caballo que amarré aquí afuera. Solo es una noche.

—¿Un caballo? —pregunta sorprendido.

—Sí, solo déjeme quedarme hoy aquí con mi niño.

El joven flaco sale un momento; regresa y pregunta si es el gris. Sí, responde Juan, y el chico le da una llave. Con Billy en los brazos, Juan sube las escaleras y a cada paso la madera rechina. Cuando llega a la habitación pone al chico mudo en el suelo, abre la puerta y lo toma de nuevo en los brazos. Lo echa en el colchón, regresa a la puerta para cerrarla y echarle llave. Toma una silla de madera y se sienta a un lado de la cama.

Sujeta la mano impasible de Billy; la siente tibia pero endeble como el cristal. Acerca la mano a sus labios y la besa, y las lágrimas bañan por fin los dedos blancos del niño que

tienen las uñas largas y enterregadas. Y Juan siente el calor en sus mejillas; los mocos le escurren por la nariz y su respiración entrecortada le infla el pecho y lo hunde en periodos desiguales y le besa la mano al niño que se le muere y pasea esa mano blanca por su rostro moreno como si lo acariciara o como si tuviera vida y como si le dijera que él sigue ahí a su lado aunque se esté muriendo, aunque él tenga la culpa porque lo quiere y lo quiso, porque el viaje ha terminado y porque no pudieron llegar, por eso está ahí para él porque ya no importa nada y, si por él fuera, también se iría con él porque está en medio de la vida más miserable y ridícula que hayan podido vivir: él y él, todos. El vacío es real.

Se levanta y se acuesta a su lado y lo cubre con sus brazos. Con la palma de la mano siente la respiración suave del niño; cada vez la siente menos profunda y su pecho se infla cada vez menos y su cuerpo pequeño se ve cada vez más exánime. El tiempo se achica y los minutos se sienten cortos; la noche entra en plenitud sin que nadie lo note como si hubiera deslizado sus manchas sobre los vivos con una dilación absurda y lo único persistente que pareciera marcar el tiempo real es la respiración esgarrada del niño; luego ya no hubo orden en el tempo y la respiración se fue perdiendo y alejando como un largo adiós.

Solo una palabra le dice Juan a Billy cuando lo tiene ahí abrazado.

Antes de que el primer rayo de sol aparezca, Billy deja de respirar. Ha muerto antes de un nuevo día.

—Estabas cansado, ¿verdad, hijo? —pregunta Juan Charvel al cadáver y tiene el rostro bañado en lágrimas.

\*\*\*

Con la tela de estrellas que le dio la anciana meses atrás y que ha usado de paliacate se cubre la cabeza y sus pelos largos se le salen por la nuca; sus ojos pequeños de musaraña se asoman por el espacio que deja en el rostro la tela de estrellas. Luego se ha puesto el poncho del chico sobre la cabeza y en los hombros lleva su particular pedacería de pieles. Baja al vestíbulo del hotel, mira al joven flaco de la noche anterior; se le acerca y le mete un tiro en la frente. Sale a la calle solitaria. Apenas ha salido el sol, pero ve el caballo negro de James Roy a las afueras del consultorio; hacia allá se dirige. El médico está llenando uno de los frascos cafés; se queda helado cuando ve aquel engendro entrar. Lo reconoce por los ponchos que trae ataviados. ¿Sigue vivo?, alcanza a decir con un hilo de voz telúrico; cuando le mira el arma en la mano ya es demasiado tarde. El balazo resuena al interior del consultorio y de este sale aquel ser monstruoso y hambriento con sus ponchos sobre su cuerpo bajo y esquelético.

Montado en el caballo negro se pierde en la llanura.

Cuando entra a Marathon hacia la noche ya va completamente enloquecido. A la distancia ve la carpa circense y escucha la música y el festín. Se acerca. La figura oscura de James Roy que lleva a una niña de la mano se antepone ante sus ojos como una aparición. Los ve entrar a la función. Desmonta y se pasea largo rato por los alrededores de la carpa y parece una fiera enjaulada. Una decena de enanos músicos caen en la cuenta de su misteriosa presencia y comienzan a rodearle tocando sus instrumentos para invitarlo a entrar al espectáculo: pequeñas personas pintadas de blanco con sus trajes holgados danzan tocando el bombo, trompetas, violines, y rodean al hombre como si se tratase de un ritual para invocar al maligno en la Edad Media. Él los intenta retirar con su mano como si fueran moscas, pero el ritual continúa

y los enanos insisten. Él desenfunda y los payasos pequeños salen corriendo despavoridos. Una vez solo, camina hasta la parte trasera de la carpa en donde están los animales; descubre a los leones en sus jaulas. Busca una rama en el suelo, cuando la encuentra saca de su bolsillo unos cerillos húmedos; luego de tres intentos consigue el fuego y enciende una llama en la rama y avienta esta hacia las alturas de la carpa. Junta broza con sus pies, la aproxima a la zona baja de la carpa y la enciende. Luego se sube a la jaula de los leones, quita los pestillos de acero en la parte superior y ve a las bestias salir nerviosas de la prisión, alejarse del fuego y perderse en los alrededores. Escucha los gritos al interior de la carpa. Siente el calor de las flamas. Se baja de la jaula para alejarse del ardor.

Iluminado por el fuego, el hombre ve las llamas alzarse en el desordenado vaivén del soplido nocturno y observa el espectáculo como si presenciara una epifanía allá lejos en donde sus recuerdos se queman para liberarlo de algo que nunca supo qué era.

Baja la vista: a unos cuantos metros va la niña de James Roy chillando de una forma tan pura que sus gritos le aceleran el corazón al hombre. Entonces se abalanza sobre ella.

\*\*\*

Una decena de enanos vestidos de payaso sale a la pista con trompetas *piccolo* y *pocket*, un tambor, un bombo y un par de violines. James Roy y la niña, a media altura de las gradas, los miran animar al público tocando fanfarrias. Terminan su número y la mitad de los enanos saludan al público y sonrientes vuelven a los bastidores de donde habían salido; el resto se queda en la pista para seguir amenizando los números. James Roy mira de reojo a Leonor, por el rabillo del ojo le

salta la imagen de ella, pequeña y cuadriculada por el nuevo vestido; la imagina riendo como cuando miró por primera vez al elefante. El siguiente número, dice el presentador, viene de Brasil; aparece en la pista una adolescente cubierta de vello en todo el cuerpo y comienza a hacer movimientos extraños con los brazos y amaga con lanzarse a las gradas. La nena se le aferra del brazo al *sheriff* y este siente aquel gesto de miedo a su lado tan cálido que le tiembla la boca. Luego de un rato la chica peluda se detiene, va al centro de la pista y agradece al público para después entrar a los bastidores como habían hecho algunos enanos minutos atrás. Los siguientes números consistieron en la mujer barbuda, el hombre más fuerte del mundo y el hombre de madera. Le siguieron los payasos Noisy y Nosey, y una comunidad de payasos sale a la pista: todos con su maquillaje base de color blanco, algunos con delineados sobre sus ojos y bocas dan expresiones tristes a sus rostros, unos más con ropas de vagabundo, narices de bola rojas falsas, bigotes largos falsos, moños y zapatos gigantes y sombreros de cono, bombines y peluquines adornan a esos seres amigables y terroríficos al mismo tiempo. James Roy la escucha aplaudir y escucha su risa por primera vez; en su pecho una interjección le cruza el alma en medio del sonido agudo y alegre de esa niña; voltea a mirarla con los ojos húmedos. Ella nunca lo nota, está concentrada en la pista donde un equilibrista sube por una escalera a las alturas para cruzar una soga larga y firme. Cuando el delgado artista cruza el cable de punta a punta, James Roy tiene su mirada en el suelo. Parece abatido. Aparecen los acróbatas y sus mazas, un hombre que lanza cuchillos y su edecán, Miss Helectra, y un hombre bala. La risa de Leonor le sigue taladrando el alma. Después llegan los leones con un domador; aparecen las cebras, unos monos, la jirafa y un pequeño oso bailarín.

James Roy cae en la cuenta de que nunca había visto bestias de ese tamaño y fiereza, sin embargo, no puede admirar nada más; desde hace mucho, piensa, se le ha secado el cerebro y su interior. Aquella risa como de hiena que ha soltado Leonor en toda la función le hace mirarse las manos y rascarse las barbas confundido. El elefante sale a la pista y lleva un vistoso adorno sobre la cabeza y el lomo que le hace parecer más grande de lo que realmente es; el número del gigante animal se limita a pararse en dos patas y a barritar ruidosamente. La nena está moviendo la cabeza en un éxtasis de emoción con su boca abierta en forma de o y sus trenzas se le mueven sobre los hombros como péndulos. James Roy respira, como aliviado de un mal, y entonces ve las llamas avanzar sobre sus cabezas y escucha el grito de uno de los enanos músicos: liberaron a los leones.

Una bestia nerviosa aparece en la pista sin saber hacia dónde ir y sin las indicaciones de su amo se abalanza sobre el que ha lanzado la alarma; luego otro felino se une al banquete y, al levantar sus cabezas, los animales tienen en el hocico y los colmillos el maquillaje blanco y la sangre del payaso enano y ahora ellos parecen unos payasos enfurecidos. Los de primera fila en las gradas se empujan en medio de la confusión y el terror. James Roy siente unos pedazos de plástico calcinados caerle en el sombrero; ya tiene a la nena en los brazos cuando la estructura de las gradas cede y todos caen. Ha puesto su cuerpo y la nena no recibe mayor daño. El golpe de la caída lo ha aturdido, sin embargo, alcanza a decirle a Leonor que salga de allá. Ella llora.

—Lárgate —le grita el *sheriff* y la niña sale corriendo a las afueras del circo. El fuego camina libremente por los techos y toma su justa y azarosa posición en la altura de la carpa.

Con sus manitas en el pecho y llorando aterrada, la nena ve un monstruo acercársele en las afueras de la carpa; su cabeza es como una bola de tela como la de sus muñecas y unos cabellos largos se le salen por la tela. El monstruo alza los brazos, saca sus garras y abraza a Leonor y la pone contra su cuerpo.

—Cállate, escuincla —le dice el monstruo. Luego le pone el cañón de un arma en la sien. El monstruo y la nena ven salir a James Roy de la carpa incendiándose, herido y cansado. Harto.

\*\*\*

No hay manera, piensa James Roy cuando ve a los hombres a caballo detrás de la pequeña figura ataviada con el puñado de pieles y que sujeta a Leonor, de que este y aquellos vayan juntos. Les ve el rostro iluminado por el fuego a su espalda; llevan los rifles Springfield desenfundados y le apuntan. Reconoce a unos de los fiscales de Higgins entre los jinetes, es el que no mató. Aquel bárbaro que tiene a la niña no se ha percatado de la presencia de los oficiales detrás de él y suelta unos gritos desahogados que en su aturdimiento James Roy no entiende. El loco se dirige a él, pero James Roy está atento a los de atrás y alza las manos. Entiende que esos hombres están ahí por él. El monstruo se desenmascara y muestra el rostro descompuesto del hombre: sombras oscuras le cubren los párpados y las ojeras profundas le hunden los ojos; una baba seca está fija en la barbilla tesa como una piedra. Sin la mordaza de la máscara de la tela de estrellas, James Roy lo escucha claramente:

—Está muerto.

Los oficiales escuchan a aquella figura.

—Ese trae a una niña —grita un oficial que se ha adelantado.

El hombre cae en cuenta de la amenaza en su entorno.

—Atrás —grita.

—Libere a la niña.

—Atrás —repite.

Jala el martillo; se pone el arma en la cabeza. James Roy corre como un venado herido hacia el hombre, pero sus brazos buscan urgidos a Leonor. El hombre aprieta el gatillo. Un clic vacío se escucha y el hombre se da cuenta de que sigue vivo, a un lado de todos aquellos hombres que siente como ajenos, en un lugar que lo detesta y del que quiso huir. Siente los brazos de James Roy sujetándolos a él y a la niña. Los tres caen al suelo; el fuego sigue imparable a su costado; los oficiales los rodean.



## VII

UNA VAGONETA DE ACERO NEGRO avanza lentamente sobre las dunas. Dentro van dos hombres. Están envueltos en las sombras. No pueden verse el rostro, solo escuchan sus voces.

—Nos van a matar.

—Qué más da, yo ya perdí todo.

—¿Alguna vez tuviste algo?

—Una meta, al menos: largarme de aquí.

—Fracasaste.

—Tú también.

—Dices mierdas.

—Él está muerto y no fuiste tú quien lo mató.

—Yo no buscaba su muerte.

—¿Entonces qué?

—Quería que sufriera.

—Entonces ganaste.

—No, yo no gané nada.

—Todo lo que hiciste no valió para nada.

—¿Es pregunta?

—Sí y no.

—Entonces no lo sé.

—Ibas a seguir buscándonos.

—No lo sé.

—¿Cómo no lo vas a saber si han pasado los meses y seguías detrás de nosotros?

—A veces creo que simplemente todo era un gran paseo.

—¿Paseabas con esa niña?

—Sí. Ahora creo que ellos se harán cargo de ella. Creo que esa era la razón del viaje.

—¿Encontrarle una niñera? Es una tontería, nos buscabas a nosotros. Buscabas venganza de no sé qué cosa. Tu corazón buscaba la sangre, eso no puedes negarlo.

—La sangre ahora ya no es nada para mí. Antes era casi un motor; ahora se me aparece como un pretexto, un asunto de las cosas de la vida.

—¿Entonces matar para ti sí significaba algo antes?

—¿Me lo estás afirmando?

—Da igual si es pregunta o no, dime qué piensas de lo que te digo.

—¿Que si matar tiene un valor?

—Sí.

—Ahora no lo sé. Antes te habría estrangulado con mis propias manos, aquí mismo sería tu tumba, pero hoy ya no me importa más.

—¿Tú crees que soy una cosa para matar, que no podría defenderme de un ataque?

—Tú no eres un asesino.

—Pero he matado.

—Pero no tienes la sangre de los asesinos de estas tierras. ¿Crees que no los he podido identificar en todos estos años? Tú eres otra cosa.

—Sin embargo, soy un asesino.

—Y sé que tu primer muerto te destruyó la cabeza.

—Me partió el alma.

—El primero siempre es el más difícil.

—¿Tú recuerdas a tu primera víctima?

—¿Víctima?

—Sí, ¿esa persona se te aparece en los sueños como un monstruoso portador de las heridas que has causado?

—Yo ya no recuerdo gran cosa de mis muertos. Además, no hay víctimas en las circunstancias en las que estamos. Estás aquí, en esta zona del mundo y no puedes pretender cambiar lo que ha sido ley desde hace años.

—Yo no pretendo nada de eso. Pero me cuesta trabajo entender cuánto vale una vida humana y creer que todos tenemos amartilladas nuestras armas a expensas de la muerte. Este es nuestro mundo, pero ¿es el mundo el que da la pauta para cómo debemos comportarnos? ¿O somos los hombres quienes diseñamos el orden moral del mundo? ¿Cuál es entonces la relación con nuestro mundo y nuestras elecciones?

—La moral humana no es cosa de todos los días; sí lo es el cuidar de sí mismo y de los suyos.

—Ese es el asunto. No quieres, pero debes matar: el mundo te ha encadenado a sus caprichos. Su orden natural nos ha puesto en este embrollo extraño de vivir o morir. Y sin embargo, ¿no somos nosotros los que dictamos qué está bien y qué está mal? ¿No tenemos al menos esa libertad?

—Mi experiencia me ha dicho que los tiempos siempre serán peores y uno hace lo mejor que puede con lo que tiene y en donde está: en esta maldita balanza de hacer o no hacer.

—Y tú has decidido hacer.

—Yo no he decidido nada.

—El mundo ha decidido por ti.

—Nadie ha decidido por mí.

—Eres libre.

—No sé si realmente es así: si no he decidido nada no significa que necesariamente alguien haya decidido por mí. No creo que así funcionen las cosas.

—Pero algunas decisiones se tomaron en tu vida.

—Oh, sí, sí, sí. Pero nunca me detuve a evaluarlas, nunca tuve tiempo para eso.

—¿Quién decidía entonces?

—Da igual ahora: mira en donde estamos. Nos van a matar.

—Así es. El mundo nos ha puesto aquí, entonces: la justicia está marcada por cómo es el mundo, no porque hayamos pensado con claridad que decidir algo u otra cosa sería la mejor opción para llegar a la justicia o ser libres. Es el mundo el que sigue dictando las circunstancias de nuestras decisiones.

—Creo que yo pensaba eso antes.

—¿Qué?

—Que el mundo era como era; que el mundo era de cierta forma y debíamos adaptarnos. Así estuve por años. Aquí nacimos, me decía, es lo que tenemos.

—¿Ya no piensas eso?

—No lo sé. Siento como un dolor interno; como que algo no se ha hecho bien. Esa sensación que se tiene cuando sabes que las cosas debieron ser de otra manera. ¿No te ha pasado que después de hablar con alguien piensas que debiste decir otra cosa? Algo así, pero con las acciones.

—Creo que podría ser arrepentimiento.

—No lo creo.

—Créelo.

—¿Qué eres, un médico de la moral?

—Nada más lejos. Pero muchas veces he sentido eso que me explicas: ese algo que no está bien; es un dolor, una

especie de quedad en el interior. Después notaba que era arrepentimiento, o simplemente melancolía.

—¿Melancolía?

—Es como recordar algo de tu pasado, pero de una manera triste, como extrañar el dolor.

—Eso es absurdo.

—Bueno, hay gente que la padece.

—Yo no sé si padezca melancolía, pero algo no ha estado bien.

—Ya no tienes tiempo de arreglarlo.

—No, ya no.

—¿Nos llevan al pueblo?

—Completamente sí. Creo que era mi destino desde que lo atravesé la primera vez.

—Entonces sí crees en el destino.

—¿Qué más da en lo que crea ahora?

—Pues tiene todo que ver con tu arrepentimiento: si todo está definido, ¿para qué arrepentirse?, pero si crees que has sido libre, entonces tu arrepentimiento te comerá la consciencia.

—Lo que pasa es que no sé nada ahora mismo; no he sido yo los últimos meses. Pero estoy seguro de que tú sí que te has arrepentido de todo.

—Estoy igual de confundido que tú: creo que fui un prisionero de las circunstancias, fui arrastrado por todo, tú incluido.

—¿No crees entonces en el destino?

—No es fácil decirlo. El destino no es una argucia lejana de algún dios caprichoso, tampoco es una moneda tirada al aire con dos posibilidades; no es un sí o un no.

—Creo que eso es precisamente el destino: es un sí o un no, y no hay vuelta atrás.

—Pero alguien puede pensar que el orden de la naturaleza es lo que representa el destino; puede suponer que, si se siembra una semilla y se riega constantemente por la lluvia, entonces algo brotará. Pero puedes pensar, por ejemplo, que el hecho de que la semilla pueda brotar se debe también a que ha habido sol de manera recurrente y que los rayos solares han alimentado su necesidad de existir. Agrega que la lluvia pudo llegar a derramarse sobre el suelo de la semilla porque desde los mares las nubes han venido cargadas de agua. ¿Qué más agregamos a la cadena?

—¿Es pregunta?

—Sí.

—Que nadie desentierre la semilla.

—Exacto. Podemos decir que la semilla vivirá si tiene la suerte de que un animal no la desentierre. Pero esto último puede pasar por accidente, por un error de, digamos, un coyote que buscaba un ratón para comer y que, por accidente, sin quererlo siquiera, saque la semilla con sus patas. Se dirá que no es accidental: el coyote ha seguido la razón de su hambre; se dirá que el ratón cometió el error de pasar tanto cerca de la semilla como cerca del coyote. Entonces no hay accidente.

—Todos son causas encadenadas: la semilla, la lluvia, el sol, el hambre y la torpeza del coyote, la falla del ratón. Eso lo saben hasta los campesinos más pobres.

—Cierto, pero ¿nosotros?

—¿Nosotros qué?

—¿Estamos también dentro de esas causas encadenadas?

—Yo alguna vez pensé eso. No con esas palabras, pero pensé eso. ¿Tú también lo has pensado?

—Creo que sobre nuestros destinos podemos ser como la semilla, tirada a la suerte, sembrada por algo o alguien

y esperar a que no nos saque a la luz un coyote antes de que nazcamos.

—Es absurdo: no es una opción real, somos más que una simple semilla arrojada a la tierra.

—Sí, exacto. Hay otra opción que nos dice cómo es el destino de los hombres: somos una pasión, unos gustos personales, unas inclinaciones naturales. Piensa que la naturaleza sigue un orden y nada la rompe en camino a su último estado; sin embargo, en ese camino estamos nosotros dentro, es decir, nosotros padecemos todo ese camino hacia el final del estado de las cosas y de los eventos en este mundo. El papel que tenemos nosotros en esa marea de cosas se resume a esto: ser libres. Tenemos libertad de hacer y elegir. Estamos, por una parte, encadenados porque la naturaleza va a seguir su camino y sus causas. Y, por otra parte, nuestras manías, nuestros deseos, nuestras inclinaciones son un mundo aparte que a su vez obedecen, como una semilla sembrada, regada e iluminada, a su relación interna.

—Entonces, si existe algo como nuestros gustos y pasiones, y estos son importantes, las inclinaciones y pasiones son una mierda; somos simplemente unos animales con pasiones de mierda porque de eso está hecho el mundo.

—Bajo el escenario de las relaciones causales hay solo una oportunidad en la que la libertad puede ejercerse: cuando las inclinaciones y los eventos del mundo se unen con una determinación implacable.

—Eso no tiene sentido. Lo que pasa afuera nos afecta las pasiones, y luego lo vertimos en el mundo, y ese mundo de mierda que vamos construyendo nos motiva las pasiones de mierda.

—El mundo es como es porque nosotros somos así.

—Entonces la libertad está para que podamos alimentar el mundo de mierda.

—Eso lo creo. Además, si esa comunicación entre nuestras pasiones y el mundo existe, no debemos sentirnos culpables de nada. No tenemos que preguntarnos por la moral.

—Pero si es así, ¿por qué crees que estos hombres han arriesgado su vida de esta manera?

—¿Quiénes?

—Todos ellos. Desde el justiciero hasta el borracho de la cantina más inmunda de estos poblados. Todos arriesgan sus vidas día y noche en este matar o morir.

—No les queda de otra.

—Viven aún en esta mierda porque creen en el futuro.

—¿Y eso qué tiene que ver con nuestra libertad y la moral de la que hablas?

—Si aún vives hacia el futuro es porque crees que hay esperanza de una redención moral en este mundo; no solo en este pueblo o en aquel rancho, sino en este mundo.

—¿Por eso te quisiste volar los sesos hace unas horas?

—Prefiero hablar de los otros. ¿Te has preguntado cómo viven sus vidas?

—Todos son unas bestias.

—No, las bestias no ven el futuro, ni les interesa. En cambio, cada uno de ellos ve su vida como una secuencia de imágenes conectadas y creen que el día de mañana habrá otra secuencia más que se conectará directamente con su pasado. Creen en la continuidad de sus vidas y en la redención de sus actos. No se sienten inmortales en esta tierra, porque muchos de ellos creen en una vida al final de la vida. No es así, más bien la regular cadena de imágenes consecutivas les ha informado que el final no es algo verdadero, no es algo que vaya a ocurrir porque las acciones del ayer determinan las

acciones del mañana: son imágenes conectadas, concatenadas entre sí y así lo perciben.

—Pero es porque ellos no han conocido otra cosa más que eso: un día le antecede al otro, el pasado determina el mañana. Así es su vida. Un rancharo que se duerme temprano porque a primera hora tendrá que ordeñar al ganado; otro organizará un viaje para cerrar un trato para aumentar sus ganancias. Así es la vida: una acción se precede de otra acción y así es. No es porque crean en un futuro.

—Mal. Lo hacen porque creen en el futuro, si no para qué ordeñar a la vaca. Ellos creen que sus acciones tendrán un sentido.

—Pero es un futuro diferente, es como algo que han aceptado, es decir, la noche le antecede al día y así es y lo aceptan.

—¿Entonces por qué existe el arrepentimiento? Lo que digo es que esos actos que me has dicho están atados a algo: a una expectativa de un futuro mejor y en ese futuro mejor podrán justificar sus acciones. Las acciones, los actos están pensados en el futuro porque no han conocido otro modo de operar sus vidas, es cierto: piensan en el futuro, pero los actos de hoy están determinados no por su hechura misma, sino por el mañana. Conexiones es lo que ven. No les parece posible, dentro de su larga cadena de hechos, que la acción misma sea el fin de la acción. No pueden. No entienden que el futuro es una posibilidad, no un hecho en sí mismo que nos espera y que se ha ido construyendo por nuestros actos. El futuro soñado no es una hiladora que podemos mover a capricho y nuestros actos no son el hilo que maniobramos. Todo está conectado, eso es cierto, pero cada acto es un fin en sí mismo. Y eso confunde a los hombres. El futuro es nada. El destino son los actos. El acto mismo es el destino.

—Entonces al final no somos libres.

—La libertad se hace en el acto, no en el futuro, no en el pasado. Las personas que mueren confundidas y arrepentidas por la moral pensaban que les esperaba el mañana para redimirse, pensaban que los actos de hoy se hacían para el mañana. Se debieron preguntar cuando dejó latir su corazón “¿y mi mañana?”. Nada. Encontraron el vacío, la muerte segura, fría y potente que nos cubre a todos el alma y está expectante ante cualquier descuido.

—Pero si esos hombres ya están determinados por el mundo, que hemos dicho que es una mierda, es precisamente por eso: porque lo hemos hecho nosotros, pero eso que hemos hecho nos hace ser y reaccionar.

—Y es por eso que nuestros actos deben ser el fin y no una causa: porque es en ese momento cuando abandonas la cadena. Y por eso también cada acto en estos territorios adquiere un valor moral en cuanto nace; un acto cualquiera se eleva a la categoría moral en este páramo desierto, en estas dunas palpitantes. Dar la mano a un extraño es nada en el paraíso, en cambio lo es todo en el infierno. Una sonrisa al extraño vale más aquí que en las nuevas ciudades del este, bajo el auspicio de la modernidad. Ningún acto hecho sobre estas tierras es ajeno a la valoración del mundo. La ayuda al enfermo aquí nos eleva a la categoría de dioses; salvar a las personas de su trágico final nos pone a la par de los dioses. Por ello el héroe solo puede estar por aquí, en la bruma confusa que sus acciones representan para el otro: cuando algo pasa en el desierto, ese algo es moral. Nada queda fuera del arbitrio del ámbito moral en este complejo meridiano de sangre.

—Nunca, en mis ideas más locas, pensé que fueras tan chalado.

—Lo mismo digo de ti.

—Maldito desgraciado.

—Maldito cabrón.

—Se han detenido.

—Sí.

—Se acabó.

—Se acabó.

—¿Somos libres?

—¿Somos libres?

—¿Lo somos?

—Antes de que alguno de los dos pudiera seguir hablando, abrieron la celda y se hizo la luz.



## EPÍLOGO

**AY HIJA MÍA, VÁMONOS YA.** Dejemos todo atrás que tú no tienes la culpa de lo que te ha hecho ese hombre: masacrar a tu familia, dejarte medio huérfana porque de padre ya lo eras, pero matar a tu madre, como según me lo dijo la gente del pueblo, oh, no. No, no, no. Quién sabe, oh, dios mío, lo que quería hacerte a ti, pero ya estás conmigo, solo conmigo y ya nos vamos. Dejemos atrás todo, ¿me entiendes? Esa vida a la que estabas ya atada por ese cabrón, porque me enteré de todo, de todo. Ese hombre pasó por ti y por tu madre y se las llevó, pero él ya era un prófugo, hija, lo estaban buscando y lo vieron todos pasar por el pueblo como yo lo vi y me ignoró, y tú y tu mamá iban en la mula y yo los vi y pensé que eran una familia, pero ya me explicaron después cuando me interrogaron, porque sabían que él era mi amante y que podría conocer sus pasos, pero qué iba a saber yo de lo que quería hacer y así se los dije a ellos: no sé nada, aunque sea mi amante, yo no sé nada porque su locura es imbatible, les dije, es como indescifrable, no sabremos lo que hará y haya dicho y hecho porque quién hubiera dicho que iba tras tus hermanos, aunque ya se imaginaba, dada la búsqueda que

empezó a hacer para atrapar al chico mudo y al mexicano, pero, como tus hermanos estaban con ellos, la salida fácil era llegar a ellos a través de tus hermanos y así lo hizo porque los atraparon a ti y a ellos dos, a él y al mexicano, quiero decir, en el incendio del circo, y si yo te platicara el olor a carne quemada que nos llegó hasta acá, porque arrasaron con todo, porque eso es lo que dejaba ese cabrón a su paso: la destrucción, el caos. Y es hora de irnos porque no hay nada acá para nosotras, nadie nos ayudó, ni el médico cobarde hijo de puta que nunca dio el rostro desde el asesinato de tu hermanita que descuidé un momento y terminó muerta, pero luego mejor te digo quién la mató a mi niña. Ese médico cobarde e idiota que se enamoró de mí, pero no hizo nada para cuidarme y ni siquiera me quiso escuchar cuando lo fui a buscar y pasé aquellas semanas en medio de la mierda, sola como un perro más del pueblo. Así son ellos, hija, así son: todo lo que ha pasado ha sido por esos cabrones. ¿Lo ves? Ellos fueron los que destrozaron toda mi vida pero siempre hay forma de devolverles algo como ya lo hicimos, corazón: todo se puede. Por algo cuidé a mis niñas tanto tiempo de cabrones malditos, ¿creen que no puedo disparar un arma? Si ese maldito me la enseñaba y me explicaba cómo cargarla, porque le encantaba su escopeta desde que él mismo le cortó el cañón durante semanas con una segueta ahí en el cuarto y me decía “qué tal se ve, eh, qué tal la ves”, y luego, cuando la tuvo lista, salía a disparar a los patios y el ruido era espantoso y nos ponía a todas nerviosas. Yo lo amé, ¿sabes, hija mía? Lo amé y le di todo lo que tenía, mi amor, mi cuerpo y mi alma, hasta mi dinero y mi mente porque pensaba todo el día en él y mira cómo me pagó el malnacido: me quiso matar. Cómo no lo advertí si cuando me hacía el amor se tornaba violento, pero yo pensaba que todo aquello era parte de sus modos, además

de que yo ya venía de una vida tan miserable y llena de malos tratos que aquello no era nada. Pero todo explotó aquel día, cuando me quiso matar y golpeó a una de mis chicas. No lo entendí primero, luego, poco a poco, me fui dando cuenta de todo, hija: era un cabrón como todos. Por eso los maté, a él y al mexicano. Cuando me dijeron que los habían atrapado pensé que por fin se haría justicia, pero, hija, ¿has visto en dónde estamos paradas? No hay justicia, la justicia se hace por una y para una porque qué importan los demás. A mí y a ti nos dañaron esos cabrones. Entonces me dijeron que ya los tenían y que iban al pueblo y entonces yo me levanté del lodo y el fango, porque ahí estuve los últimos meses, y entender por fin que aquella figura estaría una vez más, solo una vez más, frente a mí me llenó de vida y lucidez y fui con Gibbons y le pedí mis ropas y un baño y me preparé, porque meses antes estuve sola como la loca del pueblo, aunque yo entendía todo y simplemente no me apetecía vivir con toda esa gente ni tenía ganas de ser traicionada de nuevo. Tú no estabas contemplada al principio y solo fue hasta que me dijeron que los habían atrapado a él y al mexicano y que tenían a una niña pequeña y entonces entendí: hay que salvarla, salvarla como no pude con tu hermanita. Vi entrar la vagoneta negra, hija, y tú venías en la silla de un oficial, tan débil y tan triste y tan flaca y tan alta, y a un costado de la silla colgaba la escopeta corta de él, iba silenciosa y oscura, lista para disparar y de ahí colgaba la cartuchera de él también. Entonces abrieron la celda móvil y los vi ahí a los dos, sucios, y no vi miedo en sus ojos ni arrepentimiento y se miraban como viejos amigos, pero esos no eran amigos ni mucho menos, ellos eran enemigos y se debían de odiar según todas las historias que se contaban del mexicano y tus hermanos y de él, y tanto era así que uno de los alguaciles dijo riéndose cuando abrieron la vagoneta “milagro

que no se hayan matado entre ustedes, par de mierdas”, y todos rieron a su alrededor porque así de fuertes eran los rumores: se le vio con la niña preguntando en tal pueblo por un mexicano asesino que va con un chico mudo, luego se le vio en México preguntando por el mexicano despiadado y luego decían que mató a un hombre en este pueblo y a otras mujeres en aquel pueblo y que los mataba a los hombres reventándoles los genitales con su escopeta e incendiaba todo y los rumores llegaban al pueblo como no sé si amenazas o recuerdos y vaticinios o quién sabe qué cosas, pero siempre nos enterábamos porque así son los dichos y las leyendas. Y los bajaron y él no me vio acercarme con mi hermoso vestido granate, y yo te miré a ti y el alguacil que te traía en su caballo seguro pensó que yo era una de las putas de Gibbons, que sí lo era pero ya no, y no dijo nada cuando te tomé de los brazos y te bajé y en eso tomé la escopeta y la cartuchera a un lado de la silla y nadie vio eso porque son unos inútiles que se concentraban, como siempre, en ellos y me dejaron de lado y pude tomar el arma y cargarla. Debían ser como cinco oficiales que se juntaron alrededor de la vagoneta y luego medio pueblo se acercó y yo entre la multitud me acerqué también y los oficiales nos gritaban que nos alejáramos, que aquellos dos eran hombres peligrosos. Los bajaron, te digo, los bajaron y ellos no sonreían ni nada, pero no les vi miedo tampoco y menos confianza en sus ojos, ellos no eran ya más seres humanos. Entonces entendí. Me abrí paso entre la multitud y él me vio contigo en brazos y abrió como platos sus ojos café, hermosos ojos con sus pestañas tan largas y le caía el rizo en la frente y su barba estaba llena de lodo y me vio y no sé qué pensó cuando me vio, pensó que era un fantasma o una aparición, te pregunto, hija, ¿pensó que era una aparición? ¿Pensó que todo era un sueño o una alucinación? Nunca lo

sabré porque le corté el habla y la cabeza de un momento a otro. Sé que me vio y eso es lo mejor que me queda, me vio, abrió los ojos, te digo, y le desaparecí el rostro para siempre y luego, después del disparo, toda la bola de gente se dispersó como moscas y hasta los oficiales se fueron a buscar refugio los muy cobardes. El mexicano, al que yo veía por primera vez en mi vida, me observó un rato y no se movió el muy maldito y tenía las manos atadas y quiso dar un paso y entonces yo le solté el segundo disparo en el pecho y le dejé un hoyo ahí y también se murió. Te tomé a ti y me subí al caballo en donde venías antes de apuntar a los otros como amenaza y ellos se fueron a esconder los muy cobardes. Ya estaba hecho. Y es muy probable que ya vengan por nosotras, pero antes nos enfrentaremos a ellos, hija, y antes sabré yo que él me vio, hija. ¿Qué habrá pensado cuando me vio ahí, parada con su escopeta y contigo en brazos? Eso ya no tiene importancia. Vámonos.

Fotografía: Geraldine Olivo



*Guillermo Gaxiola.* Nació en Ciudad Obregón, Sonora, en 1985, es licenciado y maestro en Filosofía por la Universidad de Guadalajara. Sus dos tesis de grado giran en torno a la relación de la filosofía con la literatura: *Borges y el idealismo: un análisis sobre el tiempo*, la cual ganó el Premio “Agustín Yáñez” a la mejor tesis de licenciatura y fue publicada por Ediciones Arlequín en el 2012, y *Virginia Woolf y la teoría de la mente* para el grado de maestro en Filosofía en 2015. Tiene interés por las posibles conexiones entre la filosofía y la literatura, por lo que sus trabajos de ficción buscan atar o desatar esas relaciones.

*Sobre las dunas* puede leerse en clave de novela antifundacional y extralimítrofe. La obra de Guillermo Gaxiola subvierte la tradición narrativa del viaje al origen: en sus paisajes atroces no hay ya terruño al cual volver y los confines que demarcan las fronteras e identidades se convulsionan constantemente. Escrita con una prosa y una trama magnéticas, la lectura de esta novela no pasará inadvertida.

*Tryno Maldonado*

Novela del viejo oeste mexicano; *Sobre las dunas* nos ofrece el polvo del desierto y de la condición humana en una historia donde se conjunta lo real con lo fantástico, y donde los ecos rulfianos del México profundo se mezclan con el sombrío sur de William Faulkner y Cormac McCarthy. Una novela antigua y moderna a la vez.

*Mauricio Carrera*

Novela antifundacional; *Sobre las dunas* parece un duelo de estilos entre Cormac McCarthy y Samuel Beckett, cuya originalidad se nota en el balance entre diálogos y narración. La atmósfera y una estructura impecable son el territorio ideal para que personajes trágicos y bien logrados deambulen en ese limbo infernal: metáfora exacta de lo contemporáneo.

*Jaime Mesa*

A sketch-style illustration in shades of brown and tan. It depicts a man wearing a wide-brimmed hat and a child sitting on a horse. The man is looking towards the right, and the child is looking back over their shoulder towards the left. The style is reminiscent of a pencil or charcoal drawing.

**SDC**

**105 Años**  
de la Fundación del Instituto Literario  
del Estado de México